

AMOR Y DINERO

Erskine Caldwell



Lectulandia

Roderick Sutter, un escritor mediocre de novelas románticas históricas, conoce en Florida a una «chica-coctel» de una belleza extraordinaria. A partir de ese momento su vida cambia completamente. Se obsesiona con ella, a pesar de haberla visto sólo una noche, hasta el punto de no poder concentrarse en su nueva novela. No se dará por vencido hasta lograr lo que busca y comienza una persecución desde Sarasota a Nueva Orleans, Houston y finalmente Colorado Springs, pero en vano.

Durante todo el libro el elemento de suspenso está presente en la figura de la misteriosa y reticente mujer que se aleja de él constantemente. Se sabe que ella está ocultando algo, pero el misterio se va construyendo capítulo a capítulo. Erskine Caldwell logra con *Amor y dinero* una novela llena de tensión, intercalada con episodios de humor.

Lectulandia

Erskine Caldwell

Amor y dinero

ePub r1.0

Titivillus 19.06.16

Título original: *Love and Money*
Erskine Caldwell, 1954
Traducción: Jorge E. Jenkins

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Uno

Al cabo de dos días y dos noches de ajetreado bullicio en Sarasota envié un telegrama a Harvey Farthing apremiándole a que arreglara sus asuntos para salir de Nueva York aquel fin de semana y viniera a pasarse unos días en la Florida. Era de nuevo el comienzo de una de mis épocas de paralización —algo que entonces me ocurría casi todos los años—, y la única persona a quien me interesaba ver y hablar era Harvey, por lo que no dudé en acudir a él.

Harvey Farthing se enorgullecía de planear sus asuntos, tanto personales como de negocios, con semanas de anticipación y con la mayor precisión. En su vida de negocios se rodeaba solamente de personas capaces de respetar y de mantener una exactitud inalterable. Su vida personal se regía por un horario —por ejemplo, quince minutos para vestirse por la mañana y veinte minutos para un coctel—, y muy raras veces alteraba su estricta manera de vivir.

Pero estábamos a principios de abril, y después de quince años de conocer a Harvey sabía que le gustaría tener un pretexto para venir a la Florida en aquella época del año. Ya antes nos habíamos reunido en numerosas ocasiones, sin previo aviso, casi siempre al final de la primavera, en Cayo Hueso, en Marathon y en Forth Myers, y por eso estaba seguro de que cambiaría sus planes de fin de semana y se reuniría conmigo esta vez en Sarasota.

Pero no encontré respuesta de Harvey al regresar al hotel aquella noche, ya tarde, y antes de dormirme pensé si no habría recibido mi telegrama, o si por alguna razón le había pasado inadvertido. Él siempre reaccionaba con rapidez y decisión.

A la mañana siguiente, a las siete en punto, sonó el teléfono. Yo no había dejado dicho que me llamaran para despertarme, y en seguida reconocí la voz sonora y potente de Harvey Farthing. Fue estupendo despertar y oír su voz tan familiar. Lo primero que hice fue preguntarle si estaba en Nueva York o en Sarasota. Naturalmente me puse muy contento cuando me dijo que se encontraba allí mismo en el hotel.

—Te veré abajo en el café dentro de veinte minutos, Rick —dijo él, en su acostumbrado tono terminante.

Conociendo a Harvey como le conocía, estaba seguro de que tenía ante sí una libreta y un lápiz y anotaba minuciosamente nuestra conversación, para que, en caso de surgir alguna duda sobre dónde y cuándo tendríamos que encontrarnos, poder repetir palabra por palabra lo que habíamos hablado.

—Supongo —continuó diciendo— que el restaurante de un hotel norteamericano de primera clase debería abrirse a más tardar a las siete y media de la mañana. Este país se encontrará al borde de la decadencia si alguna vez los restaurantes de los hoteles encuentran que les resulta antieconómico abrir a una hora decente de la mañana, a causa de las personas a las que se les pegan las sábanas. Poderosas civilizaciones del pasado se han desmoronado por razones menos importantes.

—Espera un momento, Harvey —protesté—. Vas demasiado aprisa. ¿Por qué has de apurarte tanto a esta hora de la mañana? No hay motivo para este desasosiego. Consíguete un periódico o cualquier cosa.

—Ya lo hice, Rick. Acabo de echar un vistazo a las noticias del día. Una tromba devastadora azotó a la comunidad de Oklahoma ayer tarde y mató a doce personas: cinco de ellas eran niños. No sucedió nada de importancia en Washington durante la noche. Los precios de cierre de la Bolsa en Wall Street eran tan fluctuantes como de costumbre. Un grupo emprendedor de contribuyentes locales ha presentado una demanda al gobernador del Estado para que se lleve a cabo una concienzuda investigación de las tarifas de los servicios públicos. ¿Estás levantado y vestido ya, Rick?

—No —le contesté de manera poco amable—. Es temprano todavía. Mira tu reloj otra vez.

—Sé qué hora es —respondió él, un poco impaciente—. Antes de llamarte hace unos minutos sincronicé mi reloj con la señal horaria de la Western Union, y sólo tengo una diferencia de cinco segundos con la hora exacta para esta zona del país, de acuerdo con los cálculos solares del observatorio y el meridiano de Greenwich. ¿Sabes tú cuál es la hora correcta?

—No me importa —le contesté—. Es todavía muy temprano, sea la hora que sea.

Hubo un silencio de varios segundos en el teléfono, y me imaginé que Harvey estaría escribiendo algo en su libro de notas: tal vez una transcripción de nuestra conversación, o quizás algo que quisiera hacer cuando regresara a Nueva York.

—Rick —dijo a poco—, estoy aquí desde la medianoche, y ya es hora de hacer algo. Descansé bien en el avión durante el viaje, después di un paseo por el parque que está junto a la bahía y que olía a jacarandá, subí a mi habitación y he dormido profundamente durante seis horas, respirando el aire fragante de la Florida. Es suficiente reposo para un hombre de cualquier latitud en el mes de abril. Duerme profundamente diez horas diarias en diciembre y sacarás un buen promedio para el resto del año. El hombre racional se da cuenta de que la naturaleza lo ha previsto así. Fíjate en el oso, que duerme todo el invierno. Considera la somnolencia perezosa... Te veré abajo dentro de quince minutos, Rick.

—¿Cómo está Charlotte? —le pregunté rápidamente, antes que pudiera colgar el teléfono.

—Goza de buena salud y está de excelente humor. Charlotte es relativamente feliz: tan feliz y tan alegre como cualquier mujer norteamericana bien equilibrada, de su edad y con su temperamento. Ha adquirido un sentido de mujer independiente y responsable; por consiguiente, posee el dominio necesario y sufre de pocas frustraciones. Como es fundamentalmente inteligente, ha logrado ajustarse a una vida sexual normal. También está ocupada en numerosas actividades fuera de casa, que absorben sus energías competitivas. Una de sus actividades le proporciona un sueldo, y éste le permite satisfacer su instinto adquisitivo. Estoy muy satisfecho con la vida

emocional, mental y física de Charlotte, que le ha traído la felicidad que toda mujer se merece.

—Al oírte hablar, Harvey, cualquiera pensaría que te has casado con la única mujer casi-perfecta que hay en Estados Unidos.

—Es probable —dijo él, sin titubear—. El hombre que se casa con una mujer incapaz de alcanzar el total florecimiento de su sexo es un verdadero tonto. La naturaleza ha proporcionado al hombre la intuición necesaria para darse cuenta de estos síntomas y augurios, que son guías infalibles para la perfecta selección de una mujer.

—Supongo que sentirás verdadera pena por el resto de los que habitamos este mundo.

—Soy comprensivo, Rick. Me doy perfecta cuenta de que probablemente no existen suficientes mujeres superiores para andar por todas partes.

Me estaba preguntando cuánto tiempo más podría mantener a Harvey en el teléfono antes de tenerme que levantar para vestirme. Ya la pausa en la conversación se había hecho muy larga, y me di cuenta de que tenía que decir algo rápidamente.

—¿Cuánto tiempo puedes permanecer en Sarasota? —le pregunté, apurado.

—Vamos a ver... Hoy es viernes. Viernes, sábado, domingo. Espero tomar un avión que me lleve de regreso a Nueva York el sábado a medianoche, a más tardar. Eso sería mañana por la noche. Cuando recibí tu telegrama pude posponer algunos de mis compromisos para el domingo por la mañana a las nueve. Haciendo eso podré atender normalmente a mis compromisos del lunes. ¿Cuánto tiempo llevas aquí, Rick?

—Unos cuantos días —respondí.

—¿Qué has estado haciendo?

—Fui un día al golfo a pescar, y otro día fui a tomar el sol a Siesta Key. Eso es todo.

—¿Pescaste un tiburón?

—No: dos cabrillas.

—Mala suerte —dijo él, con pena—. Espero que la próxima vez cojas un tiburón. ¿Tienes algunos amigos aquí?

—No conozco a nadie en la ciudad, excepto a Ronnie, del «Orange Blossom Bar». Te lo presentaré.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

—Ya veremos... Primero hemos de hablar. Por eso quería que vinieses, Harvey.

—¡Eso es, Rick! —exclamó, en tono excitado—. ¡Así me gusta oírte hablar! Me puse muy contento al recibir tu telegrama, pues lo he estado esperando desde la víspera de Año Nuevo. Han pasado tres meses desde entonces, y estamos a comienzos del cuarto. Me sentía preocupado, naturalmente, y por eso estaba tan ansioso de saber de ti. Empezaba a creer que iba a tener que seguirte la pista por algún lugar de Estados Unidos, aunque no sabía por dónde comenzar.

Se calló entonces, y yo estaba seguro de que apuntaba algo en su libreta de notas.

—Rick, estoy encantado de que tengas algo que decirme —continuó—, y quiero oírlo todo. Quizá desees quedarte en Sarasota durante algún tiempo, ahora que la temporada turística ha finalizado, que el circo se ha marchado y que los sudorosos jugadores de *baseball* están de regreso en sus lares. Consíguete una comfortable casa en la playa y unos sirvientes expertos, instálate y comienza a trabajar. Es una época del año maravillosa para empezar a trabajar, Rick. La primavera es para gente como nosotros, que Dios nos bendiga. Algunas veces me digo a mí mismo que una naturaleza benévola creó esta época del año sólo para personas como nosotros. ¡Que nuestros corazones sepan agradecerlo hasta el fin de nuestros días! ¡Te veré abajo dentro de diez minutos, Rick!

Eran casi las ocho cuando bajé al restaurante del hotel. Harvey llevaba su cartera —nunca le había visto sin aquella abultada cartera de piel negra y áspera— y estaba leyendo unos papeles y tomando café cuando le divisé sentado ante una ventana bañada por el sol. Inmediatamente puso los papeles a un lado, se levantó y me dio un largo apretón de manos.

Hacía más de un año que había visto a Harvey por última vez, pero al parecer no había pasado un día por él: incluso me pareció rejuvenecido. Su rostro largo y delgado mostraba el mismo resplandor característico de intensa concentración, y el brillo penetrante de sus ojos azules era tan llamativo como siempre. El único cambio que pude notarle fue que su cabellera, de un castaño claro, era más abundante y la llevaba menos aplastada que un año antes. A pesar de que Harvey y yo éramos casi de la misma edad —teníamos treinta y pico largos—, entonces más que nunca parecía él varios años menor que yo.

La actitud amistosa, simpática y afable de Harvey demostraba lo contento que estaba de que yo le hubiese pedido que viniera a pasar el fin de semana en Sarasota. Vestía como siempre lo hacía, tanto en Nueva York como en la Florida o en California, o cuando correteaba por las lomas de su finca de Vermont, cubiertas de enebro y mojadas por el rocío de la mañana. Él poseía probablemente unos seis o siete trajes —un sastre de Filadelfia tenía orden de hacerle dos al año—; pero cualquiera de ellos, por lo que yo podía apreciar, era igual a los demás. Los prefería de estambre grueso y en tonalidades nunca más claras que el gris oscuro, y de un corte severo, que le hacía aparecer como la caricatura de un figurín para hombres, del siglo pasado. Los cuellos de sus camisas blancas le apretaban tanto que siempre parecía que le estaban ahogando. Usaba zapatos negros muy lustrosos y sencillos, con cordones rojos. Aquellos escandalosos cordones eran la única excentricidad que se permitía en el vestir.

—Te aconsejo que pidas una papaya, Rick —me dijo Harvey cuando nos sentamos a la mesa—. Es un manjar delicioso. Esa camarera que lleva las costuras de las medias tan derechas me la recomendó. Yo la probé, me gustó, y ahora te la recomiendo. Cuando se está tan cerca del trópico, no hay nada como comenzar el día

con frutas exóticas del trópico. Pero cuando te encuentres en ciertos parajes nortños, tales como la península del Labrador, en lugar de papaya pide tortas calientes de harina de trigo y frituras de bacalao, porque si no te echarías a perder el día.

—Lo tendré presente la próxima vez que vaya a visitarte a tu hacienda de Vermont —le dije—. Y me acordaré de enfadarme si no me sirves todos los días, en el desayuno, tortas y frituras de bacalao.

—Rick —repuso ansiosamente, apoyándose sobre la mesa—, Rick, muchacho, no quiero que te pase siquiera por la mente el ir a visitarme en mucho tiempo, así me encuentre en Vermont, Nueva York, o cualquier otro lugar. Te lo digo en serio, Rick. Hay que empezar a trabajar en el nuevo libro que vas a escribir. Eso te tendrá atado, completamente abstraído, durante un año aproximadamente. Después Charlotte y yo estaremos encantados de verte en Nueva York, Vermont o en cualquier lugar del mundo donde nos encontremos.

Se hizo un largo silencio. Harvey me estuvo observando atentamente todo el tiempo, como para comprobar qué efecto me habían causado aquellas palabras suyas, dichas sin rodeos. Yo no pronuncié palabra.

—Tú sabes que siempre estoy encantado de verte en el intervalo entre un libro y otro, como estás ahora —continuó diciendo— porque es mi deber hacer que empieces a escribir un nuevo libro, es decir, después que hayas descansado suficientemente del esfuerzo y de la tensión causados por el último que has escrito. Siempre ha sido mi política proporcionar al escritor el cuidado, el entrenamiento y toda la atención que se concede a un valioso caballo ganador, de pura raza. Ahora dime, Rick: ¿cuándo podremos tenerlo listo para su publicación? ¿En la primavera o en el otoño del próximo año? Tu novela más reciente se publicó a fines de la pasada estación. No sería una buena práctica editorial y publicitaria dilatarla más de eso: un año y medio, o a lo más dos años. La razón de fijar ese lapso entre obra y obra es que no queremos que tus lectores te olviden ni que tú te olvides de tus lectores. Ahora dime algo acerca del nuevo libro, Rick. ¿Ya le has escogido un buen título? ¿Va a ser una novela histórica con el mismo corte y estilo de siempre? ¿En qué lugar esta vez? ¿Qué época? ¿Hay en él algunos personajes históricos célebres? ¿Cómo se llama la protagonista?...

—No vayamos tan aprisa, Harvey —protesté yo, moviendo la cabeza—. Vayamos por partes.

La camarera se acercó a la mesa, y yo ordené papaya, huevos al plato y café. Cuando se retiró, Harvey la miró, seguramente para cerciorarse de que las costuras de sus medias seguían derechas.

—Tienes razón, Rick —me dijo, echándose hacia atrás en su silla, con una agradable sonrisa—. Tengo el defecto de adelantarme más de la cuenta algunas veces. Me alegro de que hayas hablado como lo has hecho. Y a propósito, y para que lo sepas: las costuras de las medias de la camarera todavía siguen derechas. ¿Crees que tal vez las lleva pintadas en las pantorrillas?... Tu último libro sigue vendiéndose

bien por todo el país. La venta va a ser tan buena o mejor que la que haya podido tener cualquier otra novela tuya en los últimos tiempos. Esperamos causar una verdadera conmoción batiendo todas las marcas de derechos de reproducción... Tal vez la fecha ideal para hacer ese negocio sea dentro de unos seis meses... Ya sabes, naturalmente, que tu agente está a punto de cerrar la venta de los derechos cinematográficos, por una suma sorprendentemente alta. Como ves, tienes sobrados motivos para estar satisfecho con el mundo.

Harvey me miró como invitándome a decir algo.

—Tengo un buen agente y un buen editor —dije yo—. No puedo quejarme, Harvey. Tengo suerte de tener a Jack Bushmillion por agente y a ti como editor. Es una combinación ideal.

—Y nosotros somos muy afortunados de tenerte a ti, Rick —dijo él seriamente, inclinándose hacia mí otra vez—. Tú has sido el puntal de nuestro catálogo de publicaciones durante no sé ya cuánto tiempo (quince años al menos), y ese puntal se amplía y fortalece cada vez que publicamos una de tus novelas. Cuida bien tu salud y también tu vida privada. Tu salud es más importante para mí que cualquier otra cosa. Mucho ojo con las juergas y la bebida, y no te dejes engatusar por alguna falda. Ése es el abecé del éxito de los escritores como tú, Rick. Una botella descorchada y una atractiva damisela de afiladas uñas han causado la ruina de más de un escritor en reposo. Siempre me ha causado estupor ver cómo hay verdaderas plagas de mujeres que parecen poseer una intuición especial para estas cosas. Me refiero a la facilidad con que se enteran, sin saber cómo, de que un autor está descansando entre novela y novela, y en cuanto le han descubierto... ¡Allá va eso! Unos retoques al maquillaje, un tironcito a la falda, y comienza la inevitable persecución. ¿Cómo diablos puede darse cuenta una mujer de que un escritor acaba de terminar una novela y está buscando el argumento de la próxima? De todos modos es un riesgo insuperable, y por ese motivo lo más razonable es armarse y prevenirse.

Se detuvo y me miró fijamente por largo rato, sin rastro de sonrisa.

—Gracias por tan sabio consejo, Harvey —le dije jovialmente y riéndome un poco de su seriedad—. Lo tomaré muy a pecho, porque de sobra sé el tiempo y la energía que has gastado probando los pros y los contras de tu filosofía práctica.

Harvey echó más café en su taza y lo bebió a sorbos lentamente mientras me observaba con sus ojos azules y penetrantes. Terminé la papaya y comencé a comer los huevos al plato.

—Rick —dijo él de repente—, no trato de ocultar el hecho de que estamos ganando mucho dinero a costa tuya... Estoy orgulloso de ello, como podría estarlo cualquier editor de fama, y es parte de mi tarea procurar que no te desmandes. Recuerda siempre que estoy pronto a acudir a tu llamada, y con mucho gusto, cuando necesites algún consejo sobre tu vida privada. Creo firmemente que mientras más famoso se hace un escritor, más necesita del consejo y comprensión de un amigo con respecto a las mujeres y a otros asuntos personales.

Me miró, como esperando alguna palabra de aprobación antes de continuar.

—Te agradezco tu interés por mi bienestar, Harvey —manifesté.

—¡Magnífico! —dijo él, asintiendo—. Ahora, antes que me vaya de Sarasota, quiero saber qué adelanto querrás esta vez, y si lo preferirás todo junto, o por pagos mensuales o trimestrales. Dilo sinceramente, Rick, porque no queremos que te preocupes por la parte económica. Estamos dispuestos, como siempre, a proporcionarte cualquier adelanto razonable a cuenta de tu participación en los beneficios: más que cualquier otro editor. Dime solamente cuánto quieres y cómo lo quieres, y Jack Bushmillion y yo nos ocuparemos de lo demás. Después de todos estos años de amistad y de hacer dinero, de ninguna manera consentiré que las novelas de Roderick Sutter las publique nadie más. Y ahora: ¿de qué trata la próxima, Rick?

—Trata de trescientas cincuenta páginas —contesté, tan seriamente como pude.

Harvey me miró fríamente durante un momento. Era evidente que estaba molesto.

—Ésa es una excelente longitud, de acuerdo con las exigencias del mercado, para una novela histórica del tipo de las que tú escribes, Rick. —Me observó con expresión inflexible y severa e insistió—: Vamos a ver si me dices de qué trata.

—Por eso quería hablar contigo, Harvey —repuse inmediatamente—. Todavía no he decidido sobre qué tema voy a escribir esta vez, y no quiero que me obligues y trates a estas alturas de forzarme a tomar una decisión. Quiero tener la libertad de escoger el tema cuando llegue el momento. Déjame que lo resuelva cuando lo juzgue oportuno, Harvey.

—Rick, jamás se me ocurriría ejercer influencia alguna sobre un escritor de tu habilidad y prestigio para que escriba de esta o de aquella manera. Tú escribes, yo publico y el público lee. Ése es el abecé de mi filosofía.

—De todos modos, esta vez espero escribir una novela distinta. Ya estoy completamente decidido.

—Siempre escribes novelas diferentes, Rick —afirmó él, con seriedad—. Por eso has figurado en nuestro catálogo, año tras año, como el principal escritor, y por eso continuarás así durante los próximos diez o quince años, o tal vez más. Siempre surges con un tema emocionante que invariablemente se apodera de la imaginación de los lectores (deja que los críticos digan lo que quieran), y así es como queremos que sea. No pienses por un momento que pretendo indicarte lo que debes escribir y cómo tienes que hacerlo. Lo que es más: no intentaré nunca convencerte para que escogieras un lugar o una época en la que yo creyera que te ibas a sentir molesto y desgraciado, aunque me imaginara que eso pudiera traducirse en ganancias extraordinarias.

—Me complace que veas las cosas como yo, Harvey —le contesté—. Confiaba en que así fuera.

—Puedes contar siempre con mi sincera cooperación, Rick —afirmó.

Y volviéndose hacia la ventana contempló pensativamente la luz del sol matutino

reflejándose en las aguas azules del golfo. Docenas de barcos pesqueros se movían perezosamente por la brisa del sudoeste. De pronto Harvey se volvió a mí y una sonrisa apareció en su delgado y estirado rostro.

—¿Qué te parece como escenario el golfo de Méjico? —sugirió al mismo tiempo que acentuaba la sonrisa—. ¿Has pensado alguna vez en eso, Rick? Solía haber piratas que navegaban por el golfo, y nadie sabe a cuánto asciende el botín que llegaron a robar a gentes decentes y trabajadoras. Nadie sabe cuántos de esos galeones piratas se hundieron a lo largo de esos cayos y arrecifes a causa de las tormentas. Algo de ese oro, millones y millones, se encuentra todavía en estos momentos en los cascos podridos de esos galeones hundidos. ¡Piensa en eso! ¡Piensa en lo que sucedió al hundirse un barco pirata allí, en medio de un huracán tropical, hace cien años! ¡Se le ponen a uno los pelos de punta nada más de imaginarlo!

Me observó, como esperando a que su entusiasmo se apoderara de mí en cualquier momento.

—Es tu estilo de novela, Rick —continuó diciendo en tono alegre—. Cómo se convirtieron esos piratas en una chusma insolente y bruta dada al pillaje navegando al principio en un galeón que llevaba millones y millones de oro y plata en barras, y que luego se les hundió en las profundidades del golfo. Quizá los barcos fueran goletas o corsarios, y no galeones, después de todo; pero de eso te puedes informar a su debido tiempo. De todos modos eran barcos tripulados por piratas, y cuando alguno de ellos se hundía a causa de una tormenta tropical, bastaba para que los hombres se tornaran agrios y vengativos. Y cuando los más fuertes y valientes alcanzaban la orilla a nado, ¡imagínate la indignación de aquella chusma vociferante que clamaba venganza!

Asentí, pero no hice comentarios.

—Rick, piensa en la conmoción de los habitantes de aquellas playas y ensenadas al llegar semejantes brutos a sus orillas de aguas color esmeralda, vestidos con los llamativos trajes que usaban en aquella época memorable de hace cien años. ¡Qué imagen tan vívida acude a mi mente después de un siglo! ¡Qué panorama tan inolvidable para los lectores de novelas históricas! Como sin duda sucedió, el más fuerte y el más valiente de los piratas fue en el fondo una persona muy decente... Un hombre llamado tal vez Eratosthenes Cutlass... Y Eratosthenes hizo cuanto pudo por meter en cintura a aquella chusma salvaje y vandálica. Y el acto más noble en la vida de Eratosthenes Cutlass ocurrió cuando rescató a una linda y virginal jovencita de negros cabellos y la llevó en sus brazos, a salvo, tierra adentro. Y esto lo hizo porque aquélla era su manera de ser. Pero acuérdate, Rick, de que no vas a escribir esta novela para que la lea yo: la vas a escribir para la querida ancianita de Newburyport y para su hermana mayor, que vive en San Mateo.

Se detuvo un instante, respiró profundamente, y por encima de la mesa me cogió por un brazo y me sacudió con entusiasmo.

—¡Bendito sea Dios! ¡Vaya fondo para una novela romántica! ¡Y qué amalgama de personajes para poblar la escena! Piensa en las tremendas posibilidades que tiene,

Rick. ¿En qué otra parte del mundo podría haber sucedido todo eso? Únicamente aquí, en las playas selváticas de este paraíso tropical, bañado por los rayos del sol. ¡Piensa en las pobres víctimas de la voracidad y rapiña de aquellos hombres! ¡Imagina el horror que estremeció el pecho de toda jovencita cuando tales bandidos mal nacidos llegaron a aquellas playas!

Harvey soltó mi brazo y se echó hacia atrás en su silla. Movía la cabeza lentamente hacia arriba y hacia abajo una y otra vez, con gesto de satisfacción, mientras una sonrisa de agrado aparecía en su rostro largo y delgado.

—¡Qué comienzo tan estupendo, Rick! Y es un tema digno de tu talento. No sé cómo decirte lo mucho que me gusta. Todavía va a ser tu novela favorita... ¡Buena suerte, Rick, y que Dios nos bendiga!

Dos

Poco después de medianoche, y tras haber permanecido sentado en el malecón durante una hora o más, me fui del parque que bordeaba la bahía a vagar por la ciudad.

Los árboles de jacarandá del parque estaban florecidos, y los caminos y aceras aparecían salpicados de pétalos azules. Un perfume dulce y penetrante saturaba el aire húmedo. Entre los botes de vela y de motor anclados en la ensenada había algunos yates y barcos de recreo escasamente alumbrados, en los cuales se celebraban fiestas, y una músicaailable conocida se mecía lentamente sobre el agua en la noche perfumada y estrellada. De vez en cuando, y surgiendo de algún lugar en la oscuridad, una risa juvenil parecía mezclarse con el susurro del agua y de la música sensual.

Cuando llegué a la carretera que separaba al parque de la ciudad vi las resplandecientes luces amarillentas sobre la puerta de entrada del «Orange Blossom Bar», y me dirigí hacia ellas. No había ningún otro lugar al que yo pudiera ir a aquella hora de la noche. Exceptuando los hoteles, bares y dos o tres cafés nocturnos, todo lo demás de aquella parte de la ciudad estaba ya cerrado.

A veces uno, en esas épocas del año en la costa del golfo, desearía que las noches fuesen interminables. Aquella noche en particular, solo e inquieto como me sentía, ansiaba que no llegara nunca el desagradable resplandor de la mañana. Siempre han existido noches claras y estrelladas en todas las partes del mundo, y las seguirá habiendo; sin embargo, cuando uno se encuentra solo en una noche así, siente, sin saber por qué, que a ninguna hora ni en ningún otro lugar podrá encontrar tanto solaz y placer como en la soledad que le rodea.

Lo que menos deseaba yo hacer entonces era irme a mi cuarto del hotel y dar vueltas en la cama, desvelado e inquieto hasta el amanecer. Pensaba todavía en la conversación y en las discusiones que Harvey Farthing y yo habíamos tenido, y seguía tan indeciso como de costumbre acerca del tema que elegir para mi nuevo libro. Cada vez que me preparaba a escribir una novela transcurría un período similar de incertidumbre, descontento y tensión nerviosa, que debía soportar hasta que el argumento de la novela se fijaba claramente en mi mente. A menudo, cuando he vivido esas tortuosas semanas de indecisión, he estado a punto de prometer solemnemente no escribir otra novela en el resto de mi vida. Sin embargo, cada vez que comenzaba una novela sabía, por la profunda satisfacción que me embargaba, que me vería obligado a escribir una más.

Existe una infinita variedad de gentes y cosas, tanto reales como imaginarias, sobre las cuales un novelista puede escribir; pero probablemente por haber tanto donde escoger resulta a veces difícil seleccionar un argumento. Muchos escritores, al parecer, escogen el tema que más les llega al corazón. Otros, en cambio, seleccionan el que promete mayores ganancias. Harvey estaba seguro de haberme dejado

convencido para que escribiera la novela que con tanto entusiasmo me había propuesto. Me lo dijo en el aeropuerto, mientras aguardaba el avión que debía llevarle a Nueva York. No obstante, todavía no lograba convencerme a mí mismo de que el tema que me sugirió fuera el que yo deseaba desarrollar. Sabía que, si el presente período de dudas y vacilaciones resultaba como de costumbre, pasaría más de un mes antes que llegara a una decisión.

Cuando entré en el «Orange Blossom Bar», Ronnie estaba ocupado preparando bebidas para un grupo escandaloso de siete u ocho personas: un grupo de jóvenes deportistas de ambos sexos que, evidentemente, pensaban correrse una juerga aquella noche. Con objeto de rehuir el bullicio de los desconocidos me senté a una de las mesitas situadas en un rincón poco alumbrado del salón.

Tess, la chica que servía los cocteles, que se hallaba al otro extremo del bar hablando con Ronnie, se acercó a la mesa y me preguntó qué deseaba tomar. Le contesté con cierta brusquedad y poco amablemente que iba a esperar un rato antes de pedir nada. Me miró fijamente unos instantes, y luego, sin decir palabra, dio media vuelta y, con un insinuante ondular de caderas —como más tarde tuve ocasión de recordar—, regresó a su lugar acostumbrado en el bar.

Permanecí allí sentado, contemplando malhumorado las ramas de flores de azahar que pendían del mural que decoraba las paredes del local. Me sentía displicente, alicaído y totalmente desgraciado.

Un rato más tarde el grupo de jóvenes y muchachas salió a la calle, entre alegres carcajadas, y se dirigió a otro bar. Poco después Ronnie terminó de limpiar y poner en orden todo lo que habían dejado tirado y se acercó al rincón donde yo me hallaba.

Ronnie era un hombre de corta estatura, moreno, de poco más de cuarenta años, con el nacimiento del pelo muy bajo y anchos hombros, y una musculatura que daba la impresión de que en alguna época de su vida había sido boxeador o luchador. Generalmente tenía aspecto enfurruñado, pero cuando sonreía su expresión resultaba más atractiva.

Hice un breve gesto a Ronnie cuando se sentó. Al principio no dijo nada, pero me observaba inquisitivamente.

—¿Qué te sucede, Rick? —me preguntó de pronto, con su habitual aspereza.

Se inclinó sobre la mesa y me empujó amistosamente con el puño.

—Parece como si te ocurriera algo verdaderamente grave.

Por mi parte encendí un cigarrillo antes de contestarle.

—Me siento tal como me ves, si es que se me ve mal —le dije, moviendo la cabeza.

Ronnie estudió mi cara con un movimiento rápido de los ojos.

—¿Dónde está el amigo que vino contigo esta tarde? ¿Se fue a otra parte?

—Tomó el último avión de regreso a Nueva York. Harvey es un hombre muy ocupado, Ronnie. Dice que de ninguna manera puede perder el tiempo innecesariamente en la Florida. Lo llama un desperdicio de energía y recursos

humanos.

—Hay mucha gente que no puede descansar cuando viene a la Florida en un viaje rápido. Lleva tiempo el aprender la forma de hacerlo. El problema mío es que he aprendido demasiado bien a descansar. Podría hacerlo ahora constantemente si no tuviera que ganarme la vida.

Hice un gesto de aprobación.

—¿Ese amigo tuyo es también escritor?

—No; es un editor. Es otra rama de la especie humana. Si Harvey perteneciera a la familia perruna, probablemente sería un bóxer baboso, fanfarrón y cascarrabias. Si los escritores pertenecieran a la familia perruna, serían o perros falderos, o inquietos y malolientes sabuesos.

—Oye —dijo él, con interés—: ¿trabajas tú para él, o él para ti, o qué? A menudo me he preguntado cómo trabaja la gente como tú.

—Ni una cosa, ni la otra: ésa es la contestación correcta —le contesté, riendo.

—Es lo que yo pensé —comentó él—. Lo mismo le pasa a todo el mundo en todas partes. Todos vivimos de una manera incierta.

—Pero resulta diferente siendo un escritor.

Me sentía satisfecho de poder hablar con alguien, y después de haber cambiado aquellas pocas palabras con él ya era yo otro. Ronnie fue siempre un buen oyente.

—Te diré lo que ocurre, Ronnie. Un escritor nunca sabe con seguridad para quién trabaja. Tienes que depender de ti mismo, y que Dios te ayude desde el principio hasta el fin. Escribes un cuento o una novela, y puede que no veas a nadie leyéndola. Muchos te dirán que han oído hablar de ella, o que tienen intenciones de leerla, o cualquier cosa por el estilo. Pero no es muy corriente que encuentres a alguien leyendo una obra tuya. Eso es lo que a veces te hace pensar si alguien, aparte el impresor, lee lo que tú escribes. Pero a ti no te pasa eso, Ronnie. Nunca tienes que preocuparte por esas cosas. Tú preparas un coctel o sirves una bebida, la pones en el bar, y puedes quedarte allí y ver cómo alguien se lo toma.

—¡Ya son demasiados a los que he visto bebérselos, Rick! —exclamó, con una enérgica sacudida de cabeza—. Y ¿sabes una cosa? He estado pensando en irme a los cayitos y vivir como me dé la gana. ¿Tú sabes?... Pescar cuando quiera, dormir cuando quiera y comer cuando me parezca... ¡Eso es vivir! Es de la única manera que puede uno disfrutar de una vida feliz en este mundo. Si fuera inteligente, dejaría el empleo ahora mismo, y mañana a esta hora estaría en los cayos.

—Ronnie —dije, riéndome de él—, estarías de regreso aquí dentro de un mes, o antes. Te encontrarías muy solo en los cayos sin nadie que te hiciera compañía, excepto las pulgas y las gaviotas.

—Sí, pero a partir de mañana también me voy a encontrar muy solo aquí.

Se volvió y miró anhelante a Tess, que se encontraba al otro extremo del local. La camarera, que se hallaba de pie, muy erguida junto al bar, era más bien alta, delgada, de ojos oscuros, y tenía un andar rítmico y armonioso. Hasta sus más ligeros

movimientos poseían la gracia de los de una consumada bailarina, que aun cuando camina parece hacerlo al compás de la música. Mientras la observaba recordé vivamente el fascinante movimiento de sus caderas cuando dio la vuelta para alejarse de mi mesa. Ahora me daba cuenta de que hasta el menor gesto de su cabeza o brazos estaba lleno de ritmo y cadencia. Al mirarla hasta me parecía oír los compases de una suave melodía.

Ronnie acercó su silla a la mesa y de nuevo me golpeó suavemente en el pecho con el puño.

—Rick —me dijo, en un tono de voz lastimero—, si ha existido alguna vez una chica que le haga a uno sentirse triste cuando no está presente, esa chica es Tess. La voy a echar mucho de menos. Ella es distinta, Rick. De eso no cabe la menor duda. Puedes comprobarlo por ti mismo.

Volvió la cabeza y la miró largamente antes de hablar de nuevo.

—Rick, he estado observando a las camareras de bares ir y venir durante los últimos diez o doce años, y a otras mujeres también (buenas y malas, inteligentes y tontas, altas y bajas, ricas y pobres), y sé lo que te digo. Cuando uno empieza a hablar de mujeres tiene que poner un ejemplo que demuestre cómo es la mujer que posee todas las cualidades que uno desea hallar en ella. Pues bien: esa mujer es Tess. Esa chica puede hacer de uno lo que le parezca con sólo decir «Bu». A mí me lo puede decir cuando guste. Nunca había conocido a otra como ella, ni creo que esto pueda volver a suceder. Encontrar a otra igual en lo que me queda de vida sería demasiado pedir.

—¿Piensa dejar este empleo? —le pregunté.

—Peor que eso, Rick —me respondió, hablando en un tono como si el mundo se fuera a acabar—: se marcha de la Florida.

—Ronnie, te expresas como si realmente te gustara Tess.

—¿Gustarme? —respondió Ronnie, moviendo la cabeza—. A nadie puede simplemente gustarle Tess. Ése es sólo el comienzo. Con ella es todo o nada.

—¿Acaso ella y tú...? Bueno: ya sabes lo que quiero decir, Ronnie.

Volvió la cabeza y me miró fija y displicentemente. Era difícil poder leer sus pensamientos a través de su hosca expresión.

—No he querido insinuar nada malo, Ronnie —me apresuré a aclarar—. No he querido insinuar lo que estás pensando.

Se sacudió mi disculpa con un gesto rápido del brazo.

—Ella no siente interés por mí —dijo a continuación, moviendo la cabeza lentamente—. Eso es lo triste del caso. Le destroza a uno el corazón, Rick. Pero, por lo que he podido averiguar, no siente interés por nadie. Aunque no lo creas, todas las noches se marcha sola a su casa. ¿Qué te parece? ¿Qué razón puede tener una chica como ella para comportarse así? Tú sabes por experiencia que no es difícil conseguir acercarse a una mujer, de un modo u otro, si uno pone verdadero empeño. No puedo comprenderlo.

Y, dejando caer los hombros en actitud de desaliento, se levantó y regresó al bar con paso lento. Unos minutos después Tess volvió a mi mesa.

—¿Desearía tomar ya un *whisky* con soda? —me preguntó, sonriendo.

La contemplé durante unos segundos sin decir palabra.

—¿Cómo adivinó lo que yo quería? —le pregunté.

—Porque eso fue lo que usted ordenó la última vez.

—¿Y todavía lo recuerda?

—Siempre procuro recordar.

—¿Todo?

—Sí.

Dirigí la vista hacia el bar. Ronnie nos miraba con recelo, como si sospechara que estábamos conspirando contra él. Tenía el gesto más enfurruñado que nunca.

—¿Recuerda usted mi nombre? —le pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Ronnie me lo dijo.

—¿Y usted no lo ha olvidado?

—Por supuesto que no.

—¿Qué más le dijo Ronnie acerca de mí?

—Me dijo que usted escribía libros.

—¿Lee usted novelas?

—De vez en cuando.

—¿Ha leído alguno de mis libros?

—No.

—Le gusta responder con sinceridad, ¿verdad?

—Siempre.

—¿Sabe que es muy bella?

Una leve sonrisa apareció en su rostro, pero no respondió.

Yo la veía cada vez que iba allí, pero como el bar estaba siempre lleno de gente y ella tenía que atender a los clientes, ésta era la primera vez que tenía verdadera oportunidad de hablarle.

—¿Quiere que le sirva un *whisky* con soda? —me preguntó.

Le respondí afirmativamente y entonces se dirigió al bar para dar la orden a Ronnie.

Mientras Tess esperaba en el bar la observé, preguntándome por qué antes no me habría fijado más detenidamente en ella. Poseía un tono de voz vibrante y agradable, que realzaba cualquier palabra que pronunciaba. Era una muchacha sorprendentemente bella —a partir de aquel momento ya no tuve la menor duda—, y estaba seguro de que el hecho de que resultara tan extraordinariamente atractiva se debía en parte a su esbelta figura, que parecía ceder a su más ligero movimiento. Además sus delicadas facciones eran marcadamente femeninas. Tenía abundante cabello oscuro, algo corto, que servía de marco a su cara, y sus flexibles caderas,

envueltas en una entallada falda negra, eran redondas y firmemente moldeadas. Tess aparentaba tener veinticuatro o veinticinco años, y yo estaba seguro de que a lo sumo tendría uno o dos más.

La observé fascinado y boquiabierto hasta que regresó a la mesa con la bebida. Hacía mucho tiempo que no veía una mujer tan atractiva y apetitosa.

Después que Tess puso el vaso en la mesa le pregunté si era cierto que pensaba marcharse, como me había dicho Ronnie.

Afirmó con la cabeza, con un movimiento que pareció recorrerle todo el cuerpo como una corriente.

—¿Ha conseguido un trabajo mejor en otra parte? —le pregunté.

—No, no lo creo —contestó, con indiferencia; pero aun así el sonido de su vibrante voz resultaba cautivador.

—De todos modos usted habla como si supiera lo que hace.

—Por supuesto que sé lo que hago. Pero es que no sé nada todavía acerca de mi próximo empleo.

—¿Cómo es eso?

—Porque me voy de la ciudad, y no sabré nada de mi futuro empleo hasta que lo encuentre.

—Parece tener la certeza de que encontrará uno en otra parte.

—Sí que la tengo.

—¿Adónde va?

—A Nueva Orleans.

—¿Por qué?

—Porque quiero.

—¿Reside usted en Nueva Orleans?

—No; ni más ni menos que en Sarasota o en cualquier otro lado.

—¡Pero eso no es posible! —exclamé, moviendo la cabeza—. Todos tenemos nuestro hogar en alguna parte del mundo. Hasta las ardillas y los conejos tienen sus hogares.

—¿Lo tiene usted? —preguntó, con una sonrisa provocativa.

—Desde luego —contesté, vacilando un poco.

—¿Dónde?

Tan pronto me lo preguntó percibí la sonrisa ligeramente irónica que brotó de sus labios.

—Pues ahora en Sarasota —le contesté a poco—. Después, no sé. Viajo mucho por todo el país. Así es la vida.

—Entonces usted lo comprende —dijo alegremente, y sonrió todavía más—. Tenía la impresión de que usted me comprendería.

—Pero usted no tiene que viajar por todo el país, ¿verdad?

—¿Por qué no? —repuso, alejándose.

Tess regresó a su puesto acostumbrado, a un extremo del bar. Terminé

rápidamente la bebida que me había traído, y luego, tan pronto como me miró de nuevo, le hice un movimiento con la cabeza señalándole el vaso vacío. Poco después me trajo el segundo *whisky* con soda. Veía a Ronnie observándonos atentamente mientras ella se inclinaba y colocaba el vaso sobre la servilletita de papel que tenía ante mí. A medida que pasaba el tiempo se enfurruñaba más y más, y me daba cuenta de que le molestaba verme hablando con Tess. Pero aun sabiendo que él podía resentirse y enemistarse conmigo, yo estaba determinado a tratar de verla a solas. Es más: aunque Ronnie me hubiera amenazado, yo habría buscado la manera de ver a Tess de todos modos, sin importarme lo que pudiera suceder. Su atractivo iba en aumento a cada minuto.

—¿A qué hora termina su trabajo esta noche? —le pregunté apresuradamente cuando ya se retiraba—. Me gustaría acompañarla a su casa... Quiero decir donde usted vive.

Se rió de lo que yo había dicho.

—Vivo a sólo dos calles de aquí. No es un trayecto lo suficientemente largo para usted, ¿verdad? Estoy segura de que le gustaría más acompañar a su casa a alguien que tuviera un hogar, y que viviera lo bastante lejos como para que el viaje resultara interesante y provechoso.

No le contesté en seguida. Mirándola directamente a los centelleantes ojos sentí cómo mi respiración se hacía más acelerada. Si no me hubiese dado cuenta de que Ronnie nos vigilaba atentamente, le hubiera tomado una mano entre las mías. Sabía que estaba hechizado, y la única sensación que sentía por encima de todas las demás era un anhelo desesperado de estrecharla entre mis brazos. No sé durante cuánto tiempo nos estuvimos mirando los dos así, pero poco después un movimiento de su brazo me volvió a la realidad. Y temiendo que se marchara antes que pudiera convencerla me incliné sobre la mesa.

—Me dejará que la acompañe, ¿verdad, Tess? —le pregunté.

—¿No sería mejor otra? —dijo, con una sonrisa provocativa—. Estoy segura de que hay muchas chicas que estarían encantadas de hacer lo que usted quiera.

—No —le respondí—. Nadie mejor que usted.

Frunció el ceño ligeramente.

—¿A qué hora estará lista para marcharse? —le pregunté.

—Por lo regular me marcho sola.

—Lo sé. ¡Pero por esta vez, Tess!...

Me miró profundamente.

—¿Suele usted quedarse hasta estas horas de la noche esperando a alguien?

Negué moviendo la cabeza.

—Ésta es una excepción, y usted también lo es.

Tess sonrió con indecisión. Yo continué sentado, esperando ansiosamente.

—Por lo regular me marcho a las dos —contestó ella por fin, bajando la voz—. Si a esa hora todavía le conviene...

—Aquí estaré —le respondí. Dejé rápidamente dinero sobre la mesa y me levanté—. Volveré a las dos.

Dos chicas de poco más de veinte años de edad llegaron y se sentaron a una mesa cercana. Miraron para todas partes, como esperando encontrar a alguien que quisiera sentarse con ellas y luego les pagara las bebidas. Yo estaba convencido de que las había visto anteriormente en algún lugar de Sarasota; probablemente en algún restaurante, donde trabajarían como camareras.

—Todavía puede cambiar de parecer —dijo Tess, acercándose y hablando muy bajito—. Podría llevar dos chicas en vez de una, y además no tendría que esperar hasta las dos.

Negué con la cabeza rotundamente.

Con una mirada de despedida, Tess me dejó y fue a tomar otras órdenes.

Sólo había una salida, y ésta era la puerta del fondo del bar. Cuando me levanté de la mesa estaba frente a Ronnie, y cada paso me acercaba más a donde él se encontraba, erguido como una estatua de piedra. Cuando llegué junto a él me di cuenta de que seguía con el mismo gesto de mal humor.

—Te veré más tarde, Ronnie —me oí decir—. Voy a salir a tomar un poco de aire fresco.

—¿Qué has dicho? —me preguntó, alzando la voz.

—Que te veré más tarde —le respondí, nervioso.

—¿Volverás aquí más tarde? —preguntó, con desconfianza.

Afirmé con la cabeza, pues no podía contestarle de otra manera.

La expresión seria y malhumorada de su rostro parecía haberse petrificado. En silencio levanté la mano en un torpe ademán de saludo. Frío e impersonal, con una mirada fulgurante, me devolvió el gesto con un movimiento de cabeza casi imperceptible.

Dando en mi apuro un ligero traspié, empujé la puerta rápidamente y salí a la calle.

Tres

Cuando llegué a la zona de aparcamiento del hotel en busca del coche que alquilé cuando llegué a Sarasota ya eran casi las dos. Me alegré de haberlo dejado allí en vez de haberlo mandado al garaje de la agencia que los alquilaba, porque a aquellas horas de la noche probablemente habría estado cerrado y hubiera sido difícil conseguir otro automóvil hasta por la mañana.

Poco después de haber conducido el coche hasta enfrente del «Orange Blossom Bar» abrió Tess la puerta y se dirigió hacia mí. La reconocí en seguida, a pesar de que se había cambiado de ropa. En vez de la falda negra y blusa blanca llevaba un ligero vestido veraniego, hecho de una tela con óvalos rojos, y una chaqueta corta de lana. Del brazo le colgaba un bolso de piel roja. Como si pensara que la iban siguiendo, volvió la cabeza, mirando por encima del hombro.

Tess sonrió, pero no dijo nada mientras entraba en el coche. Justamente al arrancar, Ronnie salió a la acera. Yo miré hacia atrás y le vi allí parado, observándonos malhumorado mientras nos perdíamos de vista.

—A Ronnie no le gusta esto —exclamé—. Me dijo que lleva casi un mes invitándola continuamente, pero que usted no ha querido salir con él. Después de lo que me dijo hace un rato sé que no le gusta verla ahora conmigo. Espero que no trate de buscar pendencia.

—Eso no puede evitarse —repuso Tess, como si hablara de un hecho inalterable de la naturaleza—. Lo siento por Ronnie, pero no puedo hacer nada. Así son las cosas. No salgo con nadie que trabaje en el mismo lugar que yo.

—¿Ni siquiera con el jefe?

—Ni siquiera con el jefe.

—Usted parece seguir reglas muy estrictas.

—Por supuesto que sí —afirmó.

—¿Está ahora rompiendo alguna por salir conmigo?

—No, desde luego que no. Yo no he dicho que no salga jamás con alguien.

—Entonces he tenido la suerte de invitarla en un momento oportuno.

—¡Quizás! —exclamó.

No tenía la menor idea de dónde vivía Tess, ya que todo lo que me había dicho era que vivía a dos calles de allí; pero yo no tenía intención de averiguarlo tan pronto, y ella tampoco lo mencionó. Con Tess sentada al otro extremo del asiento, abandonamos el centro de la ciudad y nos dirigimos lentamente por la carretera de la costa hacia el sur.

Las casas a ambos lados del camino estaban a oscuras, y sólo vimos dos o tres automóviles durante el trayecto. De vez en cuando pasábamos las luces de la calle, que parpadeaban débilmente entre el follaje espeso de las palmas y los mangles. El calor acogedor de la noche, la soledad de las calles y el inicio de aquella amistad debieron hacer sentir a Tess lo mismo que a mí: que un viraje afortunado e inesperado

de nuestras vidas nos había atraído mutuamente. Sin embargo todavía no podía descubrir sus sentimientos, porque ella era muy reticente, y no cabía duda de que no deseaba exteriorizar sus pensamientos íntimos. Me había ilusionado con la idea de que antes que finalizara la noche me revelaría algo de su vida.

Al llegar a la carretera construida sobre el mar, que conducía a Cayo Siesta, una isleta larga y arenosa situada a cerca de un kilómetro de la costa, pregunté a Tess si le gustaría ir hasta la playa. Desde que hablé con ella en el bar deseaba convencerla para que fuera allí conmigo.

—Está bien: vamos —consintió ella de inmediato—. Me gustaría volver antes de marcharme. He ido varias veces a nadar.

Quería averiguar qué día tenía planeado marcharse de Sarasota, y a qué hora, pero no me atreví a hablarle de su viaje. La luna redonda y plateada brillaba sobre el golfo de Méjico, y la noche resplandecía bajo la clara y reluciente luz. Lejos del golfo, hacia el oeste, pequeños cúmulos de nubes blancas como la nieve pasaban constantemente por el cielo.

Después de atravesar la estrecha isla detuve el coche al final de la calle y apagué las luces. No había ningún otro coche aparcado a la vista, y me alegré: estaríamos solos en la playa. Ofrecí un cigarrillo a Tess, y después de encender el suyo y el mío permanecimos en silencio durante un buen rato, observando cómo rompían las espumosas olas sobre la ancha y arenosa playa. De vez en cuando oíamos el susurro de la resaca cuando se retiraba el agua formando remolinos y pequeñas olas, bajo la luz de la luna. Una suave brisa rozaba las hojas de las palmas y silbaba quedamente a través de los pinos.

Me acerqué más a Tess y le apreté la mano.

—Sé lo que les gustaría hacer a algunas personas en una ocasión como ésta —le dije.

—¿Qué? —preguntó, con curiosidad.

—Quitarse los zapatos y meter los pies en el agua.

—No está fría, ¿verdad?

—Probablemente, ni fría ni caliente.

—¿Le gustaría hacerlo? —preguntó en seguida.

—¿Y a usted?

—¡Vamos! —me contestó, con ímpetu juvenil.

En seguida se quitó los zapatos y las medias y los puso a un lado del asiento. Luego, sin esperarme, salió del coche y se dirigió hacia el agua. Yo me descalcé en un santiamén y la alcancé antes que llegara a la playa. Cogidos de la mano nos metimos en el agua hasta los tobillos, mientras las olas salpicaban nuestras piernas. A la luz de la luna, con la brisa alborotándole los cabellos, parecía una niñita hechizada por el mar. Su mano sufrió un pequeño estremecimiento.

—¿Qué le ocurre, Tess? —le pregunté, apretándole la mano todavía más.

—No es nada.

Penetramos más en la espumosa resaca.

—Me alegro de que me permitiera regresar al «Orange Blossom Bar» para que la acompañara esta noche a su casa —le dije.

—Pero usted no me llevó a mi casa.

—No era mi intención hacerlo en seguida.

La vi sonreír alegremente.

—Dígame por qué se va de Sarasota —le pregunté entonces—. Debe de tener una razón muy importante.

—No hay nada raro en ello —me respondió, como si fuese un asunto demasiado trivial para discutirlo—. Así es como yo vivo, eso es todo.

—¿Volverá usted?

—¿A Sarasota? No lo sé. Quizás algún día; pero por el momento no.

—Quisiera que no se fuese ahora, Tess —manifesté, esperando poder convencerla para que cambiase de opinión—. Por favor, no se marche ahora que acabo de conocerla. No sabe cuánto la echaría en falta. Quisiera llegar a conocerla mejor. ¿No podría quedarse un poco más? ¿Aunque fuera una semana?

Tess sonrió, mostrándome su rostro tentadoramente bello a la luz de la luna, pero no respondió. Quise rogarle que se quedara, y decirle lo hermosa que era, y cuánto me gustaba estar en su compañía; pero antes de poder decirle nada retiró su mano de la mía y se introdujo más en el agua.

Subiéndose el ligero vestido por encima de las rodillas se fue metiendo más y más, hasta que tuvo que subir el vestido por encima de la cintura. Yo permanecí donde estaba, sin poder enrollarme los pantalones más arriba de las rodillas, observándola ansiosamente. Tess aparecía pequeña e indefensa a aquella distancia, y tuve miedo de que se alejara demasiado. Por allí cerca el banco de arena terminaba de repente y la profundidad aumentaba peligrosamente. La llamé varias veces, pero no podía oírme por el bramido de la resaca.

De repente se volvió y, como si la hubiera asustado un tiburón, vino chapoteando hacia mí. Fui corriendo a su encuentro, la tomé en mis brazos y la estreché fuertemente. Se reía excitadamente y le faltaba un poco de aire. Durante los breves instantes que la estreché entre mis brazos sentí el palpitar de su corazón contra mi pecho. Luego, sujetándola todavía, la conduje hasta la arena seca. Nos sentamos en la playa, y empezó a echarse arena por los pies con la alegría de una adolescente.

—¿La asustó algo, Tess? —le pregunté—. ¿Era un tiburón?

—No lo sé. Pero de repente me sentí tan sola y tan insegura que no pude soportarlo un segundo más. Quería gritar, llamar a alguien. Era como una pesadilla a medianoche, cuando uno cree estar solo en el mundo. ¡Es una sensación espantosa! ¡Es terrible! Siempre me asusta.

—¿Le ocurre con frecuencia? —le pregunté—. Quiero decir, ¿se siente sola a menudo?

—No lo sé —respondió, moviendo la cabeza—. No me gusta hablar de eso.

Cogía la arena a puñados y se la echaba por los pies y las piernas.

—Yo también me sentía inquieto al verla alejarse —le dije—. Me pareció que era una imprudencia y traté de llamarla, pero no me oyó. Le ruego que no vuelva a hacer eso si no va acompañada.

Me dirigió una rápida mirada, pero no dijo nada, aunque su rostro mostraba una expresión de gratitud.

—¿Se marcha mañana? —le pregunté.

Asintió con la cabeza, profundamente absorta en su juego con la arena.

—Ya es mañana —dijo a poco—. Eso quiere decir que me iré hoy, ¿no es así?

Durante largo rato observé cómo jugaba con la arena.

—¿Va a Nueva Orleans? —pregunté después.

—Sí.

—¿Y dónde vivirá?

—Todavía no lo sé.

—Vive como quieras, ¿no es así?

Sonrió fugazmente.

—Por supuesto.

—Pero usted tiene que saber adónde se dirige —insistí seriamente—. Y me lo podría decir si quisiera, ¿no es verdad?

No me contestó.

—Tess —le dije, suplicante—, desearía que me lo dijera. ¿No lo cree usted lógico? ¿Cómo, si no, podría encontrarla en Nueva Orleans?

—¿Y por qué habría de hacerlo?

—Para volver a verla una y otra vez.

—Ya me verá algún día.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que algún día puede que nos encontremos, por coincidir en el mismo lugar y a la misma hora, tal como ha sucedido esta vez. ¿No cree usted en esas coincidencias?

—No.

—Pues suelen ocurrir.

—Eso es lo que usted dice.

—Pues ahora hemos coincidido en Sarasota, lo cual prueba mi aserto.

—Ése es un marcado ejemplo de algo que acontece sólo una vez en la vida.

Yo observaba cómo cogía puñados de arena y los iba apilando sobre sus piernas. Se hizo un largo silencio entre nosotros. Me di cuenta de que esperaba a que yo dijera algo, cuando levantó la cabeza y me miró tímidamente.

—¿Qué clase de empleo la espera en Nueva Orleans? —le pregunté.

—Soy dependienta de bar.

—¿Eso quiere decir que tendría que recorrer todos los bares de Nueva Orleans buscándola? Por lo menos hay un millar de bares en esa ciudad, contando los buenos, los malos y los regulares. Suponiendo que me pasase tres o cuatro semanas

buscándola, ya para entonces usted se habría marchado de allí.

—Probablemente —respondió, sonriendo ligeramente.

—Entonces dígame cómo puedo encontrarla. ¿En qué clase de bares suele trabajar usted?

—Siempre trabajo en una sola clase.

—¿Y qué clase es ésta?

—La que emplea muchachas para servir cocteles —respondió ella, con orgullo—, y no esos que tienen camareras y «chicas-B» para entretener a los parroquianos.

—¿Existe alguna diferencia entre una de esas «chicas-B» y una que sirve cocteles?

Ella me miró molesta.

—¡Por supuesto que sí! —contestó, como si la hubiera insultado—. No necesito explicarle la diferencia, porque usted sabe cuál es. Y no creo que jamás me confundiese con una de esas individuales.

—De todas formas nada de eso me facilitaría el encontrarla en Nueva Orleans, o en cualquier otro sitio.

—¿Y tendría que ser fácil?

—No; no me importaría si al fin pudiese encontrarla.

Hundió profundamente las manos en la arena y la apiló en un montón bastante alto, sobre sus pies. Después alisó los costados, dándoles palmadas con entusiasmo infantil. Resultaba fascinante observar sus rítmicos movimientos. Parecía como si cada uno de sus ademanes obedeciera al compás de una lejana música.

—Ronnie también la va a echar de menos —le dije—. Habla como si tampoco quisiera que usted abandonara Sarasota. Así, pues, somos dos los que la echaremos de menos, y no me sorprendería nada que hubiera otros muchos en las mismas condiciones.

—¡Pobre Ronnie! —exclamó, acariciando delicadamente la montaña de arena que había formado. Hubo una larga pausa y continuó—: Pero ya se le pasará, porque él es así. No tardará en encontrar otra que le interese.

—Él puede que sí, pero yo no —afirmé.

—¿Por qué no?

—Porque a mí me interesa usted, y no quiero que trate de endosarme otra. Eso es algo que no le agradecería nunca.

—Pues eso sería, precisamente, lo mejor y lo más considerado que podría hacer. —Hablaban en tono serio—. Sería lo mejor, se lo aseguro.

—¿Por qué dice eso, Tess?

—No se lo puedo explicar, pero es así. Tal vez algún día lo comprenderá.

—Supongo que también será porque ésta es su manera de vivir —repliqué tristemente.

Tess no respondió, y me pregunté si la habría disgustado. Evitó mirarme y por largo rato reinó el silencio, durante el cual me limité a observar sus delicados

movimientos mientras seguía moldeando la arena.

—Escúcheme, Tess —le dije al fin, incapaz de aguardar más para preguntarle lo que desde medianoche quería preguntarle—: ¿está usted casada, divorciada, soltera, comprometida..., o qué? ¡Tengo que saberlo!

—Ésa es una pregunta muy personal para hacérsela a una joven —me contestó, frunciendo el ceño.

—Lo hago a propósito.

—¿Supongamos que yo le hiciera una pregunta similar?

—Sería cortés y la contestaría.

Se quedó callada, y comprendí que se preparaba para hacerme la misma pregunta. Sin quitarle la vista de encima esperé a que se decidiera a hablar.

—¿Está usted en una de esas clasificaciones que ha mencionado? Quiero decir: ¿en cuál de ellas? —me preguntó tímidamente—. Me dijo que sería cortés y me respondería. —Volvió la cabeza como para no mirarme directamente—. Me gustaría saberlo.

—Estuve casado una vez y me divorcié. Actualmente estoy soltero.

Puso gesto de sorpresa y exclamó:

—¿Y eso por qué? —Su voz revelaba ansiedad.

—Quizá se debe a que los escritores se ven y se portan mejor a cierta distancia que de cerca.

—Por favor, no bromeo —repuso, en un tono de voz dominante.

—¡Si no bromeo!...

—Entonces ¿es eso todo cuanto puede decir?

—La joven con quien me casé llegó a la conclusión de que prefería divorciarse a estar casada conmigo. No puedo exponerle los hechos más claramente.

—¿Y eso es todo?

—Es todo lo que creo que pueda interesarle.

—Pero no me ha dicho si está o no comprometido. Actualmente, quiero decir.

—Actualmente no estoy comprometido.

Tess hundió las manos en la arena.

—Bien: de todos modos, no importa —observó, como si nada de lo mío le interesase.

—En ese caso no sé para qué se ha molestado en preguntármelo —observé.

Me sentí molesto y un poco enfadado, y los dos guardamos silencio un rato. Notaba que de vez en cuando me miraba de reojo. De pronto, y todavía molesto, cogí un puñado de arena y lo tiré al montículo que había moldeado y alisado con tanto cuidado. Tess se volvió a mí con expresión de asombro.

—¿Por qué hizo eso? —preguntó.

Sin contestar a su pregunta le dije a mi vez, bruscamente:

—¿Está tratando de mantenerme alejado de usted?

—Claro que sí —me respondió vivamente—. Eso es lo mejor, ¿no le parece?

Un momento después me sonrió, y mi enojo desapareció.

—No, Tess. Yo debo estar a su lado. A menos que usted prefiera venir al mío.

Tess se rió y se puso en pie, esparciendo la arena que le había llevado tanto tiempo moldear. Echó a andar por la playa sin esperarme. Se habría alejado unos diez o doce metros cuando me levanté y fui al coche a buscar su chaqueta. Regresé corriendo hasta alcanzarla, y sin decir nada le puse la chaqueta sobre los hombros. No protestó cuando le cogí la mano y se la estreché mientras caminábamos por la orilla del agua.

Un poco más tarde llegamos a una abra donde las mareas se habían llevado la arena y formado una profunda caleta. Altos pinos crecían casi al borde del agua, y debajo de los árboles el terreno era firme y seco. Nos sentamos bajo uno de los árboles, inclinado por el viento. Poco después Tess se recostó en la tierra, poniéndose los brazos debajo de la cabeza. Permaneció allí echada, mirándome soñolienta mientras la luz de la luna, que atravesaba las ramas de los pinos, se reflejaba sobre su cuerpo como el dibujo de un encaje. Me parecía más deseable que nunca y ansiaba tomarla entre mis brazos y besarla. Me observaba interrogadoramente, con los ojos entornados.

—Dígame lo que piensa, Tess —le dije, inclinándome sobre ella.

Transcurrió el tiempo mientras Tess permanecía callada e indecisa. Era como si estuviera debatiendo consigo misma si debía contarme sus pensamientos íntimos. Tenía los ojos completamente abiertos y fijos en mí. El graznido de algún pájaro tropical desconocido flotaba sobre la caleta.

—No me imaginaba así esta noche cuando vinimos a la playa, Rick —murmuró, con voz tierna, al cabo de un rato. Era la primera vez que le oía pronunciar mi nombre—. No era mi intención acompañarle, pero supongo que tenía que pasar así. Yo trato de evitar estas cosas, pero estoy muy sola. Demasiado sola, Rick. Usted lo sabe. Y cuando se está tan solo como yo lo estoy, y no se puede ahuyentar la soledad, la única cosa en el mundo que ayuda es el estar en compañía de alguien. Eso fue lo que me asustó en el agua: de pronto me sentí sola en la inmensidad del mundo. Y por eso trabajo siempre de noche en vez de por el día: evita que sienta esa espantosa sensación de soledad cuando las sombras lo envuelven todo. Es la sensación más terrible que se puede sentir, Rick. ¡La conozco tan bien, y desde hace tanto tiempo!...

—¿Por qué está tan sola, Tess? —le pregunté—. No tiene por qué estarlo. Yo no la dejaría.

—No diga eso, Rick. No debe decirlo.

—Ya está dicho. Ahora, por favor, cuénteme el motivo de tanta soledad, Tess. Debe existir una razón.

—No puedo contárselo —respondió tajantemente—. Después de todo, no tengo por qué darle explicaciones.

—Si le demuestro que hay una buena razón, ¿me lo dirá?

—No servirá de nada su demostración —contestó, moviendo la cabeza—. No

remediará nada.

Sonrió soñolienta y le cogí la mano. Me acerqué más, y cerró los ojos al mismo tiempo que entreabría los labios en una muda invitación. No hizo esfuerzo alguno por detenerme cuando pasé mis brazos alrededor de su cuerpo, y un instante después sus labios se juntaron ávidamente a los míos. Después sentí sus brazos alrededor de mi cuello, y permanecimos allí echados y unidos en un abrazo mientras sentía el calor de su beso recorriendo todo mi ser. Mucho más tarde, silenciosa y satisfecha, se durmió, y poco después hice yo lo mismo.

Cuando desperté amanecía, y ya el cielo se teñía con los primeros rayos de sol. Besé a Tess en las mejillas, en la frente, en el cuello y, por último, en la boca.

Ella abrió lentamente los ojos.

—¿Sabes dónde estamos? —le pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Sí, Rick.

Oímos de nuevo el graznido del extraño pájaro.

—Hemos pasado aquí toda la noche —añadió Tess, en un vibrante susurro, mientras contemplaba el cielo matutino—. Y fue un sueño muy lindo, Rick: tú me lo proporcionaste. No me sentí sola ni un momento durante toda la noche. Lo recordaré mientras viva.

Me senté junto a ella, oyendo el suave murmullo de la resaca y observando cómo pescaban los pelícanos lejos de la playa.

Tess puso su mano sobre la mía y la apretó tiernamente.

—¿Estás contenta de que hayamos pasado aquí toda la noche? —le pregunté.

—Sí, Rick, estoy encantada.

Ya a aquella hora había como una docena de pelícanos que pescaban, zambulléndose de la forma peculiar en ellos.

—¿Quieres marcharte ya? —le pregunté.

—No me queda otro remedio —contestó—. He de hacer aún las maletas, y debo estar lista para partir al mediodía.

—¿Cómo vas a Nueva Orleans?

—En avión.

—¿Y no has cambiado de parecer? ¿Te vas de todas maneras?

Movió la cabeza y dijo:

—Sí, me voy.

—Tess, ¿me harás saber dónde te hospedas en Nueva Orleans?

—No lo sé —me contestó, cerrando los ojos por un momento. Cuando los abrió negó con la cabeza—. No, no puedo decírtelo.

Se sentó entonces muy erguida y con las dos manos se echó hacia atrás el pelo.

Sentí que me temblaban las manos en aquel amanecer, observando los cautivadores movimientos de su cuerpo, tan cercano al mío, y comprendí que jamás me abandonaría el recuerdo de aquella escena.

—Por favor: dime que me harás saber tu paradero, Tess —le rogué.

—Espera un poco, Rick —respondió.

—¿Cuánto?

Se quedó callada durante unos segundos.

—Quizás un mes, o unas cuantas semanas.

—No puedo esperar tanto, Tess. Tengo que verte mucho antes de eso.

Volviéndose un poco miró el agua pensativamente. Yo aguardaba, esperanzado.

—Rick —dijo al cabo, con cierta emoción—, quiero que me prometas una cosa.

¿Lo harás?

—Primero tendrás que decirme cuál es la promesa.

—Está bien: te lo diré. Quiero que me olvides. No quiero que trates de buscarme nuevamente. Cuando me marche, ése debe ser el fin. Lo digo en serio: el fin. Eso es lo que tienes que prometer.

Yo estaba moviendo la cabeza resueltamente cuando ella me besó y se puso en pie rápidamente.

Cuatro

El lunes por la tarde, al día siguiente de haberse marchado Tess a Nueva Orleans, fui a ver a Rob Mizemore. Si ella no se hubiese ido, por supuesto que me hubiera quedado en Sarasota. Como me sentía solo sin ella e inseguro acerca del futuro, me pareció una oportunidad ideal para visitar a Rob. En los últimos doce o catorce años mis viajes para visitarle se habían convertido en peregrinaciones anuales, y el pasar una tarde o una noche en su compañía resultaba siempre una experiencia memorable. De no haber sido por el estímulo que Rob me brindó en mis comienzos, tal vez no hubiera tenido el deseo ni la determinación de pasar por los años de aprendizaje que necesité para llegar a convertirme en escritor.

Ahora era el doctor Robert Mizemore, director de su departamento en la universidad y autor de varias obras de crítica literaria, pero cuando le conocí era un maestrillo de alumnos de primer año, rubio, pelado al estilo alemán, y daba clases de enseñanza superior por primera vez. Después de quince años sus cabellos eran más escasos, pero más largos y también más oscuros, y su posición académica se había consolidado extraordinariamente en su especialidad. Durante aquellos años alcanzó también una excelente reputación como crítico literario de gran sagacidad y discernimiento. Rob era guapote, de constitución robusta, cuarentón, soltero y con apariencia de sabio.

El viaje en avión desde Sarasota fue de corta duración, y poco antes del oscurecer estábamos Rob y yo sentados en su biblioteca, atestada de libros, bebiéndonos cada uno un *whisky* con soda, y, en el silencio reinante, observándonos el uno al otro después de un año sin vernos. Me había dicho por teléfono que no tenía ningún compromiso aquella noche y que, como siempre, tendría mucho gusto en que fuera a verle.

La biblioteca del apartamento de planta baja que habitaba Rob, en la tranquila ciudad universitaria, daba a un verde prado, más allá del cual había un pequeño lago de forma oval, bordeado por robles simétricamente espaciados. A lo lejos podían verse algunas de las afiladas torres de los edificios de la universidad, y, dominándolas a todas, la torre gótica del reloj. Era el lugar apropiado para hogar de un profesor universitario y crítico literario —especialmente al anochecer de un agradable día de primavera—, y había sido escogido cuidadosamente, siendo considerado como lugar de meditación, de estudio y de recreo. A Rob le habían ofrecido cátedras en colegios y universidades más importantes, y con aumento de sueldo; pero, como él decía, ninguno podía ofrecerle la belleza pastoril y tranquila de que gozaba cuando se sentaba ante la ventana de su biblioteca y contemplaba, a través del prado, el lago brillante como un espejo y los majestuosos robles.

Nunca había instado a Rob a que me dijera por qué había permanecido soltero, y él no me hablaba de eso. Estoy seguro de que si le hubiese preguntado por qué no se había casado nunca, me habría respondido: «Nunca se me ha declarado una chica».

Fuese lo que fuese, creo que la realidad es que temía perder el modo de vida que tanto apreciaba y verse obligado a renunciar a su soledad y a alternar socialmente con otros profesores y sus esposas, en casi diarias cenas y partidas de *bridge*. Ésa no era la clase de vida que le hubiera gustado a un hombre como Rob Mizemore, y, por tanto, con seguridad su matrimonio no habría pasado de tener más que un éxito superficial. Sin embargo Rob no se aislaba del todo; una o dos veces por semana visitaba a alguna joven, por lo regular una maestra de escuela, una estudiante graduada, o una empleada —invariablemente inteligente y bella—, y pasaba una velada cenando y bailando con ella en algún club u hotel.

Llevábamos un rato sentados, en la creciente oscuridad de la biblioteca, cuando Rob, con su calma habitual, me preguntó para qué había ido a verle aquella vez. Vestía, como de costumbre, prendas dispares: unos pantalones de franela gris, sin planchar, una gruesa chaqueta de lana, zapatos negros muy usados, una camisa blanca almidonada y una increíble corbata a rayas rojas y amarillas.

—Me imagino que has venido con el propósito de siempre, Rick —observó, sonriendo y mostrando su blanca dentadura—. Sin duda tienes una nueva colección de problemas profesionales y personales. Nunca te he visto sin ellos, y no puedo creer que vinieras a verme de hallarte feliz y contento con tu vida y con tu trabajo. Hasta creo que serías capaz de crearte problemas y complejos, si no los tuvieras, con objeto de sentir que la vida vale la pena de vivirla. ¿Estoy en lo cierto, Rick?

Moví la cabeza en señal de asentimiento.

—Completamente, Rob.

Desde la primera de mis periódicas visitas a Rob Mizemore aprendí a esperar de él simpatía y bondad, que de pronto, y sin la menor transición, se tornaban en antipatía y crueldad. No obstante aquella variable actitud, le respetaba no sólo por su paciencia y amistad, sino por su habilidad para comprender tan cabalmente los disgustos y dificultades que me llevaban a pedirle su consejo y estímulo.

A veces con amabilidad, y más a menudo sin ella, Rob tenía un modo de incitarme y de aguijonearme que siempre hacía que partiera de allí con el firme propósito de alcanzar la alta cima del objeto logrado, que él sustentaba para todos los escritores. Sus ideales eran elevados y casi inasequibles; pero todo escritor que conocía a Rob personalmente, o era objeto de alguna de sus críticas o ensayos literarios, consideraba tales críticas y sugerencias como un reto personal para crear la próxima vez un cuento corto o una novela mejor.

Él siempre afirmó que, aunque sus críticas literarias las leían miles de lectores de revistas, el único fin que perseguía con ellas era el de comunicarse directamente con una sola persona: el autor del libro reseñado.

—Algunas veces me pregunto, Rick, cuánto tiempo más continuarán tus visitas anuales —continuó diciendo, como si hablara consigo mismo—. Es de esperar que, más tarde o más temprano, terminarán. Eso es inevitable. Debido a mi franqueza y sinceridad, uno de estos días te irritarás, te enojarás y te pondrás de mal humor, y ésa

será la última vez. Nuestra amistad se desintegrará en un torbellino de violentas maldiciones y reproches. Sí, es inevitable.

Se calló y movió lentamente la cabeza de un lado al otro, con gesto de profunda pena.

—Lo sentiré cuando suceda —siguió diciendo—, y tú también lo sentirás; pero ninguno de los dos podrá hacer nada por evitarlo. Nos separaremos en una desagradable atmósfera de animosidad, y quizá no volvamos a vernos ni a hablarnos jamás. Es triste tener que esperar que acontezca una cosa así.

Rob frunció el ceño, en la ya escasa luz, como si empezara a sentir el dolor de una amistad cortada.

—Por supuesto —afirmó, todavía con el ceño fruncido—, podría terminar de manera diferente; pero no creo que ninguno de los dos quiera halagar al otro con el único objeto de conservar la amistad. Cualquier cosa de esa naturaleza que hiciéramos produciría una situación falsa y no mantendría una amistad sincera. Prefiero nuestras relaciones actuales, Rick. Continuarán siendo tempestuosas y sujetas a ruptura sin previo aviso, pero serán positivamente agradables mientras duren.

Sin decir nada me levanté y volví a llenar nuestros vasos. Rob me observó pensativamente hasta que volví a sentarme. Después se inclinó hacia adelante en su silla y dijo:

—Has engordado unos cuantos kilos, especialmente por la cintura, ¿no es verdad?

—Dos o tres —le contesté—. Pero desaparecerán en los próximos meses.

—¿Significa eso que piensas empezar a trabajar pronto?

Asentí con la cabeza.

—Dime, Rick —preguntó, con interés—: ¿cuál es tu problema esta vez?

—El mismo de siempre —contesté—. Con variaciones.

Hizo un gesto comprensivo con la cabeza.

—Te preocupa tu próxima novela, y, con objeto de aliviar la angustia de no poder empezarla, buscas a una mujer: cualquiera que llene los requisitos.

—Esta vez te equivocas, Rob —repuse en seguida—. Se trata de una mujer singular, pero bien definida.

—Solamente con el propósito de poder identificarla —replicó al instante.

—Como tú quieras —le dije.

Sonrió apaciguadoramente.

—¿Quién es ella, Rick?

—Se llama Tess.

—¿Rubia o morena?

—Morena.

—¿Bonita de cuerpo y mente?

—Mucho.

—¿Qué sucedió?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que qué sucedió a lo largo del camino del amor.

—Que ella se marchó.

—¿Por qué?

Me quedé callado, preguntándome a mí mismo por qué se habría marchado.

—¿Por qué se fue, Rick? —insistió.

—No lo sé —le contesté—. Tal vez porque quiso irse de todas maneras.

—¿Y antes de marcharse no satisfizo tus apremiantes deseos?

—No sé a qué te refieres.

—Sabes perfectamente a qué me refiero: si se desnudó y se metió en la cama contigo.

—No; pero...

—No quiero oír excusas; quiero oír hechos concretos.

—¿Qué más quieres saber?

—¿Piensas ir tras ella?

—No puedo, al mismo tiempo, escribir una novela y perseguir a una mujer por todo el país.

Pasaron unos instantes antes que Rob dijera algo. Me miraba pensativamente desde su asiento, en la penumbra que nos envolvía.

—Eso quiere decir que la seguirás por todo el país hasta que alguno de los dos, o tú o ella, se dé por vencido —observó al fin—. Y mientras tanto no escribirás nada. —Hizo girar su vaso con la mano para mover el hielo—. Me pregunto cuánto durará. ¿Una semana?... ¿Un mes?... ¿O qué?...

Me mantuve callado, pensando si lo que Rob pronosticaba se convertiría en realidad.

—El deber y el deseo, el deseo y el deber —dijo Rob, moviendo lentamente la cabeza mientras me miraba—, caen dentro de la categoría del amor y del dinero, pero son voces más aliteradas, hablando en un sentido literario. Todos los hombres van a parar a los mismos y antiquísimos problemas básicos de la existencia humana. Es tan inevitable como la pared de piedra contra la cual, tarde o temprano, la mujer golpea su adorable cabeza.

—¿Qué pared de piedra es ésa? —le pregunté, curioso.

—Pues el amor y el dinero —me respondió—. En el hombre es el deber y el deseo. Un hombre, el masculino, tiene que discutir consigo mismo a fin de evadir el deber y entregarse al deseo. Cuando una mujer, el femenino, no puede tener amor trata de convencerse a sí misma de que el dinero ocupará su lugar.

Rob se sumió en un largo silencio. Cuando habló de nuevo, su voz era alta y penetrante.

—¡Decídete, hombre! ¿Qué es lo que más deseas en este instante: una nueva novela o un nuevo amor? Te conozco bien después de tantos años y conozco tu capacidad. No puedes tener ambas cosas al mismo tiempo. ¡Escoge, hombre!

No respondí, porque no era necesario. Ya sabía Rob, cada vez que iba a verle a causa de estar atravesando otra de mis malas rachas, que, de ser capaz de tomar una decisión, lo hubiese hecho antes de ir a visitarle. Las circunstancias variaban cada vez, pero la causa era siempre la misma.

—No tienes respuesta —dijo con severidad—. Bien: déjame que te explique. Todos los hombres, excepto desgraciadas excepciones, buscan a la mujer, pero sólo los jóvenes conocen el éxtasis. Con éxtasis o sin él, es un anhelo que no puede negarse. Después de los veintinueve tomamos lo que podemos, que para nosotros ya no es muy excitante. Yo busco a la mujer porque hay veces que la necesito, de la misma forma que necesito la sal y la música. La deseo mentalmente, moralmente, espiritualmente y físicamente. Satisface una necesidad y llena un vacío. Siento un gran respeto y admiración por la mujer (además de por su instinto maternal) porque tiene la suficiente habilidad, capacidad e imaginación para colmar nuestras aspiraciones. Y lo más admirable es que todo eso lo hace aparte su misión fundamental de la maternidad. Debería alzarse una estatua de ella, para venerarla, en cada cruce de caminos, en cada aldea, en cada parque público. En toda la existencia humana nada hay que pueda sustituirla en la vida de un hombre normal. Pero yo no hago lo que tú haces, Rick. Yo no la utilizo y luego la echo a un lado como haces tú. Tú quieres tenerla en ciertas ocasiones y en determinados lugares, según te convenga, como una toalla de papel en un lavabo público, o una servilleta en un restaurante, y luego se acabó y la despidas. Ella no es más que el papel estrujado que arrojas al cesto después que has revisado y retocado tu novela por última vez y te preparas para enviar a tu editor el original terminado. Después vuelta a empezar con una nueva resma de papel, y ya quieres una mujer nueva. Tú utilizas a la mujer, Rick, lo mismo que utilizas el papel. Haces garabatos en ella. La estrujas en la palma de la mano. La tiras. Del mismo modo que puedes comprar más papel cuando estás a punto de comenzar un nuevo libro, puedes conseguir también una nueva mujer cuando la anterior ya ha cumplido tu propósito.

Se volvió ligeramente en su silla y contempló por la ventana el ancho y verde prado. Comenzaba a anochecer. A lo lejos, por entre el follaje, se veían brillar las luces de los edificios universitarios. De los altos robles se divisaban solamente las siluetas, y el lago parecía una mancha negruzca. Durante varios minutos Rob guardó silencio. Yo esperé, sabiendo que volvería a hablar cuando se volviera de la ventana. La campana del reloj de la torre dio la hora.

—Hace unos días leí una novela interesante, Rick —me dijo mientras el sonido melodioso de la campana se desvanecía en la noche. Se colocó en la silla hasta quedar nuevamente frente a mí en la penumbra de la habitación—. La escribió un joven autor. Es el primer libro que le han publicado y lo he catalogado como una autobiografía. El personaje central, un joven de la misma edad que el autor, tenía la costumbre de huir cada vez que se encontraba en dificultades. Le faltaba voluntad, coraje y habilidad para enfrentarse con las simples realidades de la vida, como, por

ejemplo, qué clase de helado pedir en la cafetería, cómo ganar el dinero necesario para comprarse un traje, y como eso, todo. Me ha hecho pensar qué le sucederá al joven escritor algún día futuro, cuando no pueda empezar o terminar un libro a su entera satisfacción. ¿Huirá también? Me imagino que sí. Eso significa que eventualmente, por razones económicas o por lo que sea, tendrá que abandonar su carrera de escritor y buscar otra clase de trabajo: un tipo de ocupación que sea menos exigente en sus demandas emocionales. Es triste imaginarlo, porque el libro revela el evidente talento de su autor; pero cosas así son de esperar. En el mundo no hay lugar para un escritor que «no quiere» o «no puede» escribir.

—Rob, yo he pasado muchas veces por esas épocas de «no puedo» o «no quiero». Pero, de una manera u otra, siempre he podido superarlas. Más tarde o más temprano, siempre he podido, gracias a Dios, empezar y terminar una novela.

—Ya lo sé, Rick —dijo, asintiendo con la cabeza—. Y siempre será así. Es característico en ti. Pero me apena, porque es la verdad.

—¿Por qué había de apenarte, Rob? Yo me siento orgulloso de que sea así.

—Rick, tú sientes una ineludible necesidad de relatar historias a través de la palabra escrita, y por eso escribirás novela tras novela, valgan o no éstas la pena. El asunto es el siguiente: ¿qué es mejor, escribir una novela mediocre o no escribir nada?

Esperé a que Rob contestara su propia pregunta. Tal vez se la contestó en silencio, aunque no profirió palabra en voz alta. Ya había oscurecido completamente, y Rob encendió una de las lámparas de la mesa. Nos miramos extrañamente en la repentina claridad de la habitación.

—Te puedo ver mucho mejor ahora, Rick —dijo, echándose hacia atrás en el hundido sillón de cuero y examinándose en actitud crítica, a la brillante luz del cuarto—. No has cambiado mucho en tu aspecto exterior. Todavía aparentas ser vanidoso y engreído, más aún quizá que la última vez que estuviste aquí. Supongo que tu vida particular sigue siendo un desbarajuste tan grande como tus novelas. Eres inestable, incapaz de permanecer casado y de ser un ciudadano respetable. En resumidas cuentas: no se me ocurre decir nada bueno de ti, excepto que usas ropa presentable y que probablemente pagas tus impuestos. Con todo, en mi opinión eres egoísta, despreciable y odioso. Sin duda en tu escasa mentalidad estás convencido de que el hecho de ser escritor te otorga unos privilegios que la gente corriente no puede disfrutar.

Los claros ojos grises de Rob se clavaron en mí. No había la menor insinuación de una sonrisa en su rostro de piedra. Era el astuto y perspicaz crítico, impersonal y positivo. En momentos como aquél no tomaba en cuenta para nada los sentimientos humanos.

—Supongo que la próxima vez que hagas la crítica de un libro mío insinuarás algo de lo que acabas de decirme —repuse, sintiendo que me invadía una repentina oleada de furor—. Pero es más probable que lo digas con todas sus letras y en

términos que no dejen lugar a dudas.

Movió lentamente la cabeza.

—No. La gente que lee las críticas de tus libros, y los compra, es tan indiferente a tu carácter, o a la falta de éste, como lo eres tú. Ellos van en busca de emoción. Lo único que quieren saber es esto: ¿está la nueva novela histórica de Roderick Sutter repleta de acción, «suspense» y apasionadas escenas de amor? Yo doy a los lectores de mis críticas lo que quieren, lo mismo que haces tú con tus novelas. Y eso me hace tan canalla como tú.

No era extraño oír a Rob Mizemore zaherirse a sí mismo como lo hacía en aquella ocasión. A través de los años había llegado a comprender que aquél era uno de los métodos que utilizaba para hacerme sentir más profundamente sus críticas.

—Eso es interesante, Rob —le dije, riendo un poco—. No pensé que admitieras la existencia de un parentesco entre los dos.

—¡Claro que existe un parentesco entre los dos! Estamos estrechamente emparentados. Somos primos hermanos en la sinvergüencería.

—Tienes mala opinión de los dos.

—Me tengo a mí mismo en gran estima, pero no siento ni pizca por ti. Ése es el privilegio de un canalla. Por el solo hecho de ser escritor y de que te hayan publicado algunos libracos ya tienes la petulancia de suponer que mereces consideración y atención especiales. Eso demuestra que no eres tan sólo petulante, sino jactancioso y repugnante también. En realidad no eres más que un ser inferior que está ocupando un lugar necesario en este mundo de Dios. Te crees una especie de dios todopoderoso por el solo hecho de haber escrito algunas noveluchas mediocres. Por cada tipo como tú hay cientos y miles de hombres y mujeres que hacen un trabajo infinitamente superior en las humildes labores de la vida. Esto nos conduce a la respuesta de la pregunta que formulé hace un momento. La respuesta es ésta: si no puedes escribir en el futuro mejores novelas de las que has escrito en el pasado, debes desistir de la empresa aquí mismo y en este instante.

Rob se puso en pie y se dirigió al otro extremo de la biblioteca. Se detuvo allí, contemplándome con expresión de profundo desprecio.

—He leído todos tus libros, con sus insustancialmente concebidas, poco imaginativas y chapuceras tramas de tierras imaginarias. No puede encontrarse en todos ellos juntos ni un ápice de filosofía de la existencia humana.

No me detuve a pensar si tal vez la acerba crítica de Rob encubría la intención de sacudirme para que realizara un esfuerzo mayor. Estaba muy indignado.

—¿Por qué razón tiene que ser una novela un almacén de sabiduría filosófica? —le dije, alzando la voz. Sentía acrecentarse el furor que me invadía. Ya no me importaba si Rob había tratado deliberadamente de enfurecerme, como había hecho siempre en el pasado, con marcado éxito—. ¿Por qué no ha de tener ningún valor una novela por el solo hecho de no estar condimentada con la filosofía predilecta de algún tonto? ¿A quién, con excepción de ti, puede interesar ir vadeando por los cenagales

de falsos aforismos contenidos en una novela? ¿Por qué no puede ser una novela el relato de una historia y no un receptáculo para viejos refranes y adivinanzas? ¡No se compra uno un par de zapatos y espera encontrar que lleven como complemento un reloj despertador!...

Por un instante una ligera sonrisa pareció asomar a su rostro, pero desapareció rápidamente.

—¿Cómo puede un hombre cuerdo razonar como un idiota? —dijo ásperamente, yendo y viniendo por delante de mí—. Sólo piensas en términos materiales: zapatos, relojes despertadores, y tu propio estilo de pacotilla, de ficción histórica.

—Si tienes un concepto tan pobre de mis libros, ¿por qué los lees y los reseñas? —le contesté, gritando. Me puse en pie—. Y si tienes esa opinión de mí, ¿por qué malgastas tu tiempo conmigo?

Rob, con sus claros ojos grises fijos en mí sin pestañear, no respondió. Permaneció erguido, observándome con fría impassibilidad. Creí, sin embargo, vislumbrar un viso de satisfacción tras su dura expresión.

—Estoy cansado de venir aquí para que me reprendas y me llames escritor de tercera categoría.

Me contestó, con calma y premeditación:

—Quizá prefieras que te llamen escritor de segunda clase, Rick.

Nos miramos ferozmente por largo rato.

—Me equivoqué al venir aquí esta vez —dije, dando la vuelta y dirigiéndome hacia la puerta. Él permaneció donde estaba, sin hacer ademán de detenerme—. Lo pensaré dos veces antes de cometer el mismo error. ¡Adiós!

—¡Adiós, Rick! —exclamó él, en su tono cordial y amistoso.

Yo me volví y le miré. Una amplia sonrisa iluminaba su rostro.

—¡Buena suerte, muchacho! —me gritó, con expresión de afecto y comprensión.

Cinco

Ya era noche cerrada cuando regresé a Sarasota después de mi visita a Rob Mizemore, y a la mañana siguiente me disponía a dar un paseo por el parque cuando al cruzar el vestíbulo del hotel se me acercó uno de los botones y me dijo que alguien deseaba verme. Cada vez que visitaba a Rob me quedaba perturbado y nervioso durante varios días, lo cual era sin duda parte de su plan, y una caminata sin rumbo fijo siempre me ayudaba a pensar en el futuro con más claridad. Sentí un repentino enojo contra quienquiera que fuese el que se atrevía a estorbar mi aislamiento.

Antes que pudiera preguntar al botones quién deseaba verme, un hombre de unos cuarenta y cinco años, muy alto, de rostro alargado y abundante cabello, cruzó el vestíbulo a grandes pasos y me tendió la mano. Una sonrisa efusiva arrugó sus curtidas mejillas. Estaba chillonamente vestido con una chaqueta de lino color malva, pantalones de lona verde y sandalias de piel granate. Observé que su abundante cabellera tenía vetas color caoba.

—¡Así que es usted el famoso escritor! —me dijo con un afable saludo que sin duda llegó de un extremo al otro del vestíbulo, por el estridente tono de su voz.

Y al mismo tiempo me apretó la mano con la suya, sacudiéndola con energía.

—¡Vaya, vaya! Me estaba preguntando cómo sería usted. Y resulta que es tal y como debe ser un famoso autor. No necesita colgarse un cartelito para que la gente sepa quién es. Me siento muy orgulloso por el privilegio de conocerle. Éste es un día memorable para mí y lo recordaré mientras viva. Se lo digo con sinceridad.

Mientras continuaba estrechándome la mano, con la izquierda sacó del bolsillo una tarjeta y me la dio.

—Permítame presentarme: soy Morpho Daugh. Si hace veinticuatro horas que está en la ciudad, ya debe de haber oído hablar de mí. Es un hecho que todo el que viene a Sarasota, aunque sólo sea por unas horas, oye mencionar mi nombre. Soy como un poste de señales, y a veces un faro.

Se rió complacido, radiante su rostro alargado, y por fin soltó mi mano, con una última sacudida.

—Todos gastamos nuestras pequeñas bromas, ¿no es así? Yo tengo por costumbre dejar una impresión duradera en las personas con una maliciosa bromita. Incliné el cuerpo hacia adelante y me empujó ligeramente con su huesudo codo.

—¿Cuál es su bromita, muchacho? ¿Eh?

Me percaté de que yo también estaba sonriendo con él. Se hacía difícil sentir desagrado por su actitud cordial y amistosa. Parecía ser la clase de persona que sinceramente encuentra agradable a todo el mundo y que al mismo tiempo da por sentado que no existe nadie que no simpatice con él. Volvió a empujarme con el codo, como para indicarme que ahora me tocaba hablar a mí.

—Encantado de conocerle, señor Daugh —le dije.

—Llámeme Morpho —dijo, señalando con un largo y huesudo dedo la tarjeta que

acababa de darme—. Es un nombre poco corriente, ¿verdad? Lo llevo con orgullo por dos razones: primera, porque mi madre me consideró lo suficientemente importante como para darme un nombre que nadie más tuviera, y segunda, porque parece hecho a la medida para la clase de negocio que tengo, ya que invariablemente deja una profunda y permanente impresión en las personas que lo escuchan o ven impreso por primera vez. Soy corredor de fincas, ¿sabe? Mi lema es éste: «Primero, servicios públicos; segundo, bienes raíces». ¿Qué le parece como lema? ¿Bueno, eh? Yo mismo lo inventé. Además favorece mucho el negocio. Eso salta a la vista, porque mi apariencia revela prosperidad.

Con una amplia sonrisa que arrugó la curtida piel de su cara me tomó del brazo y me condujo hacia la calle. Una vez en la acera abrió la portezuela de un convertible amarillo y me invitó a subir. Después, con sus largas zancadas, dio la vuelta hasta el otro lado del coche y entró en él.

Yo no tenía ningún plan especial para aquella mañana —el paseo por el parque hubiera sido un modo de pasar el tiempo mientras pensaba en el futuro—, y la compañía amable de una persona como Morpho Daugh prometía ser, al menos, tan interesante como cualquier otra cosa que hubiera hecho. Ya no sentía ningún resentimiento hacia él. Ignoraba por qué razón Morpho Daugh había ido a verme al hotel, pero estaba seguro de que tenía algo que ver con el corretaje de fincas.

—Rick, quiero llevarle en una excursión de placer a través de nuestra bella ciudad —dijo, con orgullo—. Creo que es, sin excepción, la ciudad más linda del mundo, y lo digo sinceramente. He viajado varias veces por distintos lugares del país, y le aseguro que no encontrará otra ciudad donde el valor de la propiedad se mantenga más firme durante todo el año, y, además, vaya en aumento a medida que pasa el tiempo. Todavía no sé de nadie que, habiendo sido inteligentemente aconsejado, haya resultado perjudicado por haber invertido dinero en terrenos o propiedades aquí en Sarasota, siempre que haya puesto su confianza en un corredor sincero, conocedor y consciente, y se haya dejado guiar por su experto consejo. ¡Sí, señor! ¡Sarasota está en el mapa y allí se va a quedar!

Puso en marcha el motor del automóvil y comenzamos a deslizarnos despacio calle abajo. Era una mañana radiante y soleada, y la suave brisa del golfo, con sabor a sal, acariciaba nuestros rostros. En aquel momento me alegré de haber subido al coche con Morpho Daugh en lugar de haber ido a caminar por el parque.

—Ahora permítame que le diga la razón de todo esto —me dijo, en tono circunspecto y enfático—. He recibido una llamada telefónica de un tal señor Farthing, de Nueva York, el cual me ha pedido, como el corredor más renombrado en Sarasota, que haga lo humanamente posible por conseguirle a usted una casa de alquiler, con todas las comodidades, y en la que se pueda instalar lo más pronto posible. En vista de la urgencia de su tono decidí que lo mejor sería que usted mismo escogiera inmediatamente una casa confortable. Yo puedo ofrecer un servicio rápido en cualquier circunstancia, así es que no se impaciente en lo que respecta al tiempo

preciso para conseguir lo que necesita. Cuando usted se decida por una casa puede contar con que el contrato quedará firmado, sellado y entregado en el término de una hora. Por eso le digo que puedo ofrecer un servicio rápido en cualquier circunstancia. El señor Farthing me explicó, con detalles, algunos de sus deseos y necesidades, y si omitió algo puede usted decírmelo. Tiene aproximadamente media hora para pensarlo. ¡Adelante, pues!

El convertible amarillo se disparó repentinamente a toda velocidad y doblamos una esquina sin esperar al cambio de luces del semáforo.

—¿Cuándo le telefoneó Farthing? —le pregunté después que hubimos recorrido una o dos manzanas.

Morpho aminoró la velocidad del coche.

—El señor Farthing me telefoneó anoche —me dijo—. Ya estaba a punto de acostarme cuando recibí su llamada. Me hubiera puesto en contacto con usted anoche mismo, pero era bastante tarde, y decidí esperar hasta hoy por la mañana.

—¿Qué le dijo?

—Me explicó que él es su editor y que había estado aquí a visitarle recientemente. ¿Bien? Me habló de la necesidad de buscarle una casa adecuada a la mayor brevedad posible, ya que está usted impaciente por comenzar a escribir un nuevo libro y no puede perder un día más. Me dio la impresión de estar sumamente interesado en su bienestar... ¿No es así?

—Si ésa es la impresión que le dio, supongo que así será —le dije. Sabía que Harvey llegaría hasta el extremo que fuera necesario para que yo empezara a trabajar en mi nuevo libro, y no me sorprendía que hubiera telefoneado a un corredor de fincas, en un esfuerzo por evitar que siguiera retrasándome.

—El señor Farthing me recalcó por lo menos una docena de veces que era absolutamente necesario que usted alquilara una casa confortable en la playa, con contrato por un año, y en la cual pudiera trabajar con ininterrumpida y absoluta tranquilidad. Me aseguró que usted no celebraría fiestecitas ruidosas de esas en que los muebles terminan destrozados, porque usted es un escritor serio y ordenado y se comporta respetuosamente en todo momento. Me alegré mucho de saber esto, ya que siempre me gusta poder asegurar a los arrendadores que los inquilinos no acostumbran celebrar esa clase de fiestecitas los sábados por la noche. Desde luego yo soy una de esas personas que opinan que todos los hombres tienen derecho a echar una canita al aire de vez en cuando; pero lo que deben hacer es ir a echarla a casa de otro. En fin: el señor Farthing insistió en que el factor tiempo es importantísimo, y, como yo soy el más renombrado corredor de fincas de Sarasota, por eso solicitó mis servicios, para que le aconseje y ayude con eficacia en todo lo que necesite. Quiero que sepa que todos aquí en Sarasota nos sentimos honrados de tener entre nosotros a un escritor tan famoso y conocido como usted, con el cual compartiremos nuestras alegrías y felicidad. Somos gente hospitalaria. Amamos a nuestro prójimo y somos buenos vecinos. Con gusto le aceptaremos como uno de nosotros si acata la

costumbre de la comunidad de no estropear las plantas. Lo que tiene que hacer es recordar siempre que los cuartos de baño son para bañarse. ¿Qué le parece, eh? ¿Cree que podrá cumplir con todos los requisitos, Rick?

—Puedo intentarlo —le dije.

—¡Así me gusta! Y ahora, antes que se me olvide, quiero decirle que he leído muchos de sus famosos libros y he disfrutado con su lectura. Me gusta su estilo viril de desarrollar una trama. Sin embargo, en ningún momento pude imaginar que tendría el gran honor de servirle personalmente. Es un gran privilegio. Se lo digo sinceramente.

Marchábamos más despacio y hacia el sur, en dirección a Cayo Siesta. Observé que Morpho miraba de vez en cuando la hora en su reloj. Eran aproximadamente las diez y media.

—Entonces quedamos en que el señor Farthing ha sido muy exacto al explicarme lo que usted desea y necesita —observó.

—En parte sí —le dije—. Es cierto que necesito encontrar una casa en algún sitio e instalarme en ella durante un año más o menos; pero en este momento no estoy seguro aún de si deseo quedarme en Sarasota o irme a otro lugar. Lo he estado pensando todos estos días, pero estoy tan indeciso como al principio. De momento no sé lo que quiero hacer.

Morpho movió la cabeza con ademán comprensivo.

—Haga lo que haga, Rick, no vaya a dejar Sarasota para ir a un lugar inferior. Me apenaría que hiciera una cosa así, porque luego se arrepentiría. Se lo digo sinceramente. Le estoy hablando como un buen amigo, no como un corredor de fincas. Decida lo que decida, no se vaya a un lugar inferior.

Me miró con gesto grave, moviendo la cabeza. Le respondí asintiendo con la mía.

—Bien: encontrar en Sarasota una casa que le convenga es asunto fácil, en el que nos ocuparemos en seguida. ¿En qué parte de Sarasota se sentiría más contento? Eso es algo que debemos considerar cuidadosamente. Seleccionar la casa que vamos a habitar es tan importante como seleccionar la mujer con la cual vamos a vivir. Ya sabe lo irritante que resulta estar atado a una mujer que no nos conviene. Bien: algunas personas prefieren Cayo Longboat; pero a mí personalmente me gusta Cayo Siesta. Entiéndame: no es que quiera expresarme con ligereza sobre la clase de gente que vive en Cayo Longboat. Tienen sus razones para hacer lo que hacen, aunque uno no esté muy de acuerdo. Ellos tienen sus preferencias, nosotros las nuestras. Ésa es la manera democrática de ver las cosas. Sin embargo la ubicación depende enteramente de usted, así es que le ruego que se exprese con entera libertad. Sarasota está hecha a la medida para un famoso escritor como usted, sea cual sea el lugar que escoja para escribir. Hay gente, mar, tierra, cielo, vegetación y clima. En conjunto, este ambiente no podría mejorarse ni por el hombre, ni por la naturaleza. Tengo media docena de atractivas residencias en Cayo Siesta, y confío en que alguna de ellas sea exactamente lo que usted ha pensado. Todas estas casas son modernas, están bien amuebladas,

tienen persianas graduables y están situadas frente al mar, para poder gozar de la brisa marina y del sol. Como es de suponer, las hay de todos los precios: acomodables a todos los bolsillos, por así decirlo. Pero, como usted sabe, mientras más esté dispuesto a pagar, mejor será la casa que consiga. Lo mismo sucede con todas las cosas, ¿verdad, Rick?... Con los automóviles, con las apuestas de caballos, con las mujeres, y hasta con los zapatos. Bien: trataremos ciertamente de complacerle, Rick. No tema: Morpho Daugh se encarga de eso. Y voy a dejar todo lo demás y me dedicaré a buscar la casa ideal. Considero que es un gran honor poder serle útil. Y quiero que sepa que lo digo sinceramente.

Recorrimos la carretera construida sobre el mar, que une la tierra firme con el cay, y, con un repentino golpe de volante, nos detuvimos frente a un bar. Morpho descendió del coche y de una zancada se plantó a mi lado.

—¡Escuche! —me dijo, en tono excitado—. Acaba de ocurrírseme que debemos detenernos a descansar un rato. —Hizo un ademán con la cabeza, como si viera por vez primera el bar situado al final de la carretera—. Entremos en ese café tan mono y hablemos de nuestros planes. Yo siempre he sido de la opinión de que antes de realizar un propósito hay que trazarse un plan, bien pensado de antemano. —Una sonrisa impaciente se dibujó en su rostro mientras abría la portezuela del coche—. Son más cerca de las once que de las doce; pero no creo que sea perder el tiempo esperar a que transcurra una hora, de manera que entremos y aprovechémoslo.

Penetramos en el local, construido con troncos de palma, y nos sentamos ante el bar. Morpho era, por lo visto, un asiduo cliente. Saludó al cantinero con familiaridad y le preguntó por su esposa e hijos. Después pidió ron con jugo de lima, para los dos. Yo estuve a punto de indicar que no quería aquella bebida, recordando el ron por las mañanas en Cayo Hueso; pero Morpho se había mostrado tan entusiasmado dando instrucciones al cantinero para la preparación de las bebidas que no me atreví a decir nada.

Tan pronto como colocaron ante nosotros los vasos de ron y los de jugo de lima, Morpho, sin pronunciar palabra y sin mirarme, se bebió su ron de un solo trago. En seguida hizo señal al cantinero para que volviera a llenarle el vaso, mientras yo bebía un poco de jugo de lima. Después Morpho permaneció silencioso hasta haber vaciado dos vasos más de ron, uno a continuación del otro, y sin haber prestado la menor atención al vasito de jugo de lima que tenía frente a sí.

Cuando le colocaron delante el cuarto vaso de ron, Morpho me dio un ligero codazo.

—Siempre acostumbro hacer esto para mantenerme equilibrado —me explicó, con una amplia sonrisa y moviendo la cabeza de arriba abajo—. Yo no soy uno de esos que se pasan la vida vigilando el reloj, ni quisiera tener esa fama. Si creo que necesito equilibrarme a las ocho de la mañana, pues me equilibrio. Ahora mismo son las once y pico de la mañana, y siento que necesito equilibrarme, tanto como podría necesitarlo a las cuatro o a las cinco de la tarde. ¿No cree usted que tengo razón,

Rick?

—Me sería muy difícil poder contradecirle, Morpho —le contesté.

Volvió la cabeza hacia mí y continuó:

—Ya me imaginaba que usted sería de los que opinan como yo. ¿Sabe una cosa, Rick? Para mí es algo fuera de lo acostumbrado encontrarme en compañía de un escritor famoso como usted, y por esa causa me siento algo nervioso. Ahora bien: al encontrarme nervioso necesitaba recuperar el equilibrio a esta hora de la mañana. ¿Por qué? Pues porque es usted el primer autor de prestigio que he conocido personalmente: eso es todo. Y me siento muy honrado por este privilegio, se lo puedo asegurar. ¿Qué se siente al ser un famoso autor, Rick? Apuesto que es una vida maravillosa: conocido en todas partes, su nombre continuamente en los periódicos, gruesas sumas de dinero, yendo y viniendo adonde quiera y cuando le plazca, todos los tragos gratis que quiera y todas las muchachas bonitas que desee.

Morpho se echó ligeramente hacia atrás en su asiento y quedó observándome por largo rato, con penetrante fijeza.

—Usted es un gran escritor y yo soy un gran corredor de fincas. Eso significa que tenemos mucho en común: los dos somos grandes. ¡Chóquela!

Morpho me sacudió la mano con un apretón descomunal, e inmediatamente volvió a hacer seña para que le sirvieran otro ron. Ya yo había perdido la cuenta del número de vasos que había pedido.

—Cuando comienzo una operación como la presente, la primera cosa que procuro es establecer unas relaciones lo más amistosas posibles entre mi futuro cliente y yo, y de esa manera ambos podemos respirar más a nuestras anchas. Cuando el corredor y el futuro cliente logran establecer tales relaciones es como realizar un negocio entre amigos de toda la vida. De esa manera ninguno de nosotros sospecha o duda de la honradez e integridad del otro. Ésa es la piedra fundamental de un corretaje eficaz y constructivo. Yo no temeré que usted no pague la cantidad estipulada en el contrato, y usted estará seguro de obtener lo que desea, de acuerdo con lo que pague. ¿Ve? ¡Los dos salimos bien y satisfechos!

—No me cabe la menor duda de que así será —le dije— si encuentro la clase de casa que quiero. Pero no estoy muy seguro de quedarme en Sarasota. Puede que me decida a irme a otra parte, a otra ciudad... Quiero que lo comprenda bien, Morpho.

—No me preocupa en lo más mínimo el que se quiera ir a un lugar inferior —me contestó, con un tremendo vozarrón y pegando un fuerte puñetazo sobre el mostrador del bar—. Ahora está usted entre amigos, y después de esto no querrá marcharse. Estoy seguro de ello. Y también de que encontraremos la casa ideal para un autor famoso. Puedo asegurárselo, Rick. ¿Por qué? Porque el negocio de corretaje de fincas no tiene secretos para mí, y porque también soy un gran juez del género humano. Puedo adivinar cuándo un futuro cliente se enamorará de una propiedad y pagará lo que sea por obtenerla. Puedo anticipar cuándo un probable cliente no se quedará con determinada propiedad ni regalada. Más aún: apostaré mi reputación a que, en lo más

profundo de su corazón, usted quiere alquilar una casa en Sarasota. Puedo leerlo en sus ojos.

Apuré un pequeño sorbo de ron y jugo de lima. Morpho hizo seña al cantinero de que repitiera los tragos.

—Escúcheme, Rick —me dijo en tono confidencial y acercándose más a mí. Su cuerpo se tambaleaba ligeramente y tenía cierta dificultad en mantenerse erguido en el taburete del bar—. Déjeme decirle algo. El negocio de corretaje de fincas es una empresa bendita por Dios, y yo estoy orgulloso de contribuir a su gloria. ¿Puede decir lo mismo de cualquier otro negocio en la faz de la tierra? ¡No, desde luego que no! Dios quiere que todo el mundo tenga un lugar para colgar su sombrero y echarse a descansar, y me siento orgulloso de servir de intermediario entre Dios y la humanidad. El corretaje de fincas es una profesión noble. Algunos dicen que lo único que yo persigo es el poderoso dólar. ¡Pues es una mentira! Todo lo que yo quiero es un diez por ciento del dólar, y muchas veces me contento con el cinco por ciento. Jesucristo fue el primer entusiasta de este negocio. Siempre estaba diciendo a la gente que araran la tierra, que crearan una familia y formaran un hogar feliz. En buena lógica, y para poder realizar esas cosas, uno tiene que disponer de un trozo de tierra, ¿no es verdad, Rick?

Pude ver por el reloj que estaba detrás del bar que ya pasaban de las doce.

Al verme observar la hora se apresuró a pedir más ron.

—Me gustaría ver algunas de las casas de que me ha hablado —le sugerí.

Morpho miró de reojo el reloj.

—¡Vaya: lo logramos! —anunció con gran satisfacción.

—¿Qué fue lo que logramos? —pregunté.

—Logramos llegar a las doce. Ahora que por fin nos ha alcanzado, después de ir a nuestra zaga por tanto tiempo, brindaremos por el simpático mediodía.

Bebí otro poco de ron y jugo de lima, y, después que Morpho pagó la cuenta, cosa que insistió en hacer, salimos al sol brillante y caliente del mediodía y montamos en el convertible amarillo. Morpho tuvo cierta dificultad para arrancar el motor, y me ofrecí para conducir; pero me rechazó con grave determinación y enérgicos movimientos de la mano. Después de varios intentos, al fin salimos disparados de donde estábamos aparcados, en dirección a la playa.

Después de recorrer varias manzanas, Morpho, con un rápido movimiento del volante, dobló por un camino y paró frente a un pequeño chalet blanco, en un bosquecillo de pinos. Permaneció sentado en el coche y contemplando fijamente la casa durante varios minutos, como si jamás la hubiera visto.

—¡No! —dijo en tono de voz muy alto y golpeando la rueda del volante con ambos puños—. ¡No, señor! No lo permitiré, ni tampoco quiero ser cómplice. Yo tengo conciencia. No le dejaré alquilar esa casucha. Marchémonos de aquí.

Dimos la vuelta y seguimos por una ancha calle bordeada de palmas que le daban sombra, y en la cual había muchos chalets frente a la playa. Como si estuviera

seleccionando al azar, Morpho dobló súbitamente por la entrada de uno de ellos, dirigiendo el coche contra un buzón colocado en un poste, hasta chocar con tanta fuerza que poste y buzón fueron a parar a tierra. Paró en seco e inmediatamente dio marcha atrás.

—Me equivoqué —me dijo a manera de explicación, mientras los ojos le brillaban de satisfacción—. No era aquí. Esa gente no quiso incluir su casa en mi lista cuando traté de convencerlos.

A los pocos minutos nos detuvimos frente a una imponente residencia de dos pisos, estucada de blanco y rodeada por un jardín muy bien cuidado. El propietario había bordeado el frente del jardín con conchas rosadas cuidadosamente escogidas.

Sin decirme una palabra, Morpho abandonó el coche y se dirigió a la puerta. Poco después de tocar el timbre, ésta se abrió, y casi inmediatamente Morpho empezó a bajar los escalones de espaldas. Un hombre de faz rubicunda y robusta apariencia, con una llamativa camisa deportiva, siguió a Morpho hasta la calle.

—Si vuelve a poner los pies en mi propiedad una sola vez más, le haré meter en la cárcel, le llevaré a los tribunales y haré todo cuanto permita la ley, ¡borrachín empedernido! —le gritó aquel hombre a Morpho—. ¡Ésta es la última vez que trae curiosos a mi casa! ¡Ya le he dicho que no está en venta, ni para alquilar, y que no quiero verle más aquí! ¡Ya lo sabe, borrachín: no aparezca por aquí otra vez, o le juro que le perseguiré judicialmente!

Morpho se apresuró a arrancar el coche. Con un golpe de volante condujo el automóvil pegado a la hilera de conchas rosadas. El ruido que producían éstas al ser trituradas por las ruedas podía oírse por encima del ronquido del motor y de los gritos del hombre que quedaba atrás.

—¿Qué fue lo que ocurrió hace unos minutos en aquella casa, Morpho? —le pregunté.

—Un ejemplo de ignorancia pura y personificada —me contestó, moviendo la cabeza tristemente. No había trazas de risa o sonrisa en su solemne rostro—. Ese tonto no sabe que soy Morpho Daugh. Cada vez que llevo a un cliente para tratar de venderle o alquilarle la casa se porta como si no me conociera. ¡Imagínese alguien que viva en Sarasota y diga que no me conoce! —Y diciendo esto pidió ron y jugo de lima para los dos—. Lo que le pasa es que no entiende ni jota del negocio de compraventa y alquiler de propiedades. ¿Se imagina usted a un hombre en su sano juicio que rehúse oír una oferta por su propiedad? ¡Caramba! Si no fuera por corredores como yo, que dedican sus vidas a la búsqueda de ofertas y de compradores, el negocio de bienes raíces seguiría en la Edad Media. —Movié la cabeza varias veces de un lado a otro—. Pero me alegro de poder decirle que no hay muchos como él en Sarasota. Es un elemento que no abunda entre nosotros. Y lo digo con toda sinceridad.

Seis

Y llegué a la mitad de la semana, y después pasé otros dos días desesperantes en Sarasota. Ya para entonces me parecía como si hubieran transcurrido varias semanas desde la partida de Tess.

La mayor parte del tiempo deambulaba por las sombreadas calles sin un propósito fijo, preguntándome si podría volver a ponerme a trabajar alguna vez. Un día fui a pescar al golfo, y regresé a las pocas horas; otra mañana fui a nadar a Cayo Siesta, y al poco rato me puse tan inquieto que ni siquiera pude quedarme echado en la arena tomando el sol. Después de pasar la mayor parte de un día con Morpho Daugh seguía sin el menor deseo de alquilar una casa. Morpho me dejó varios recados en el hotel, pero no hice el menor esfuerzo por verle o hablarle por teléfono.

Varias veces durante aquellos dos días me encerré en mi cuarto del hotel y traté de pensar en la novela que había ido a escribir a Sarasota. Ninguno de los temas que había imaginado anteriormente me parecieron interesantes entonces, y me encontré perdiendo el tiempo miserablemente, soñando despierto con Tess. En cada una de aquellas ocasiones, y después de una o dos horas de esfuerzo, no logré escribir una sola palabra, acabando siempre por levantarme de la máquina completamente decepcionado y abatido. Cualquier pensamiento que tuviera se desviaba, tarde o temprano, a los recuerdos que tenía de Tess.

Un caluroso atardecer de fin de semana tomé repentinamente la decisión que en mi fuero interno sabía tendría que adoptar antes de poder empezar a trabajar de nuevo. Regresé el hotel y metí en las maletas mi ropa, mis manuscritos y otras pertenencias, luego de lo cual fui a devolver el automóvil que tenía alquilado. Más tarde, aquella misma noche, fui al «Orange Blossom Bar» y comuniqué a Ronnie que me marchaba de la ciudad.

—No me queda otro remedio, Ronnie —le dije—. No puedo permanecer aquí por más tiempo. Tengo que marcharme.

—¿Adónde vas, Rick? —me preguntó, sin mostrar la menor sorpresa—. ¿A Nueva Orleans?

Le contesté que, en efecto, partiría para allí en el avión del día siguiente.

—Escúchame, Rick —me dijo confidencialmente, inclinándose sobre el bar. No mostraba la menor traza de hostilidad o rencor, sino todo lo contrario. El gesto sombrío de su rostro había desaparecido—: no quiero que te vayas pensando que dejas atrás resentimientos, ni nada por el estilo. A mí siempre me gusta dejar bien aclarados estos asuntos. Como es de suponer, yo sabía que llevaste a Tess a la playa la otra noche, y me di cuenta de todo cuanto ocurría, y también es cierto que nada de eso me gustó ni un poquito; pero ya ahora ha pasado todo. Todo eso que yo quise hacer lo hiciste tú... Pero no te figures que de ahora en adelante voy a guardarte rencor, porque no es así. No es ésa mi manera de ser. El hecho de que ella no quisiera nada conmigo no es razón para que tú y yo nos distanciemos. No es la primera vez

que me ha fallado una mujer, y volverá a fallarme. Eso le pasa a todo el mundo: a ti también. Podemos seguir siendo amigos, y así es como yo quisiera que fuera.

Ronnie se separó y movió unos vasos, cambiándolos de lugar. Cuando volvió a mirarme estaba muy serio.

—Puede que a Tess no le pareciera yo bastante bueno para ella —murmuró, como si hablara consigo mismo—, o que simplemente no le gustara. Lo comprendo muy bien. Todas las muchachas comúnmente conocidas como «chicas-coctel», porque se dedican a esa especialidad, tienen esa manera de ser: opuesta por completo a la de las que conoce el vulgo como «chicas-B» y a la de las camareras corrientes. Las «chicas-coctel» opinan de las otras de la misma manera que un cantinero de un ayudante de camarero o un barbero de un limpiabotas. Todos somos personas, pero socialmente nos gusta asociarnos con los de nuestra clase. Jamás verás a un gobernador andar por ahí con un vulgar muñidor; por lo menos, no en público. De todas formas, si tú gustaste a Tess más que yo, pues tú ganas y yo pierdo. Eso es todo lo que hay. Yo sé perder. Así soy, y quiero que lo sepas.

Con un gesto profesional colocó Ronnie sobre el mostrador del bar, frente a mí, un *whisky* con soda, indicando al mismo tiempo con una afectuosa sonrisa que el trago iba por cuenta suya.

Me apresuré a levantar el vaso para beber a su salud.

—Con mis mejores deseos de que la próxima vez tengamos los dos mejor suerte —le dije.

Me guiñó un ojo, al mismo tiempo que movía la cabeza con gesto de conformidad.

—¡Y que ojalá empiece pronto esa suerte mejor! —me respondió.

Entraron dos hombres y pidieron dos *whiskies*. Hablaban en voz baja y no nos hicieron el menor caso. Poco después de tomarse las bebidas que pidieron se marcharon.

—Ronnie, ¿sabes tú dónde se hospeda Tess en Nueva Orleans? —le pregunté cuando acabó de lavar los vasos y regresó adonde yo estaba sentado en el bar.

Me miró pensativamente por largo rato antes de pronunciar palabra.

—¿No te lo dijo Tess?

—No.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Se lo preguntaste, ¿no es verdad?

—Se lo estuve preguntando hasta el último instante, pero no me lo quiso decir.

—Pues tampoco me lo quiso decir a mí —respondió, moviendo la cabeza como si comprendiera algo y dirigiéndose al otro extremo del bar.

Permaneció allí varios minutos, y cuando regresó su actitud era aún más simpática. Se apoyó en el mostrador frente a mí y dijo:

—Rick, creo que sé cómo la puedes encontrar. Eso es. Creo que lo sé.

—¿De veras lo crees, Ronnie?

—¡Claro que sí! Ya te dije que no te guardo el menor rencor. Ya lo sabes.

—¿Dónde podría encontrarla? —pregunté, lleno de esperanza.

Entraron varios parroquianos, que se sentaron al otro extremo del bar. Después de atenderlos, Ronnie regresó a mi lado.

—Tess me dijo en cierta ocasión que donde más le gustaba trabajar era en un lugar llamado «The Merry-Go-Round^[1]». Eso está por el Quarter, pero no por el barrio bajo de los caballeros sureños, la calle Bourbon... Está a unas dos manzanas de allí, hacia el Mercado Francés. Si fueras a ese lugar y preguntaras, sin duda averiguarías algo. Eso es lo que yo haría si la buscara en Nueva Orleans, y la encontraría si estuviera allí.

—Lo haré así, Ronnie —le dije, profundamente agradecido—. Y te agradezco mucho que me lo hayas dicho.

—Está bien, Rick —me contestó—. Me gusta hacer favores a ciertas personas. Cualquiera del Quarter te indicará dónde está «The Merry-Go-Round». Tiene un bar circular que gira como un verdadero tiovivo, sólo que muy despacio para que nadie se maree. Si no fuera tan despacio, ya puedes imaginarte cuánta gente saldría despedida de sus taburetes a cada dos por tres. En resumidas cuentas: busca ese lugar, y cuando estés allí pregunta. Alguien te dirá algo de lo que quieres saber. Estoy seguro.

Sobre una servilleta de papel dibujó Ronnie un plano del sector conocido como el Quarter Francés, y me lo dio. En él marcó con fuertes trazos de lápiz el lugar exacto donde estaba ubicado «The Merry-Go-Round». Doblé la servilleta y la guardé cuidadosamente en mi billetera.

—¿Tú sabes mucho de Tess, Ronnie? —le pregunté—. ¿De dónde vino, o algo por el estilo? ¿Qué te contó de su vida?

Movió lentamente la cabeza.

—Tess no me contó apenas nada de su vida. Cada vez que traté de averiguar algo de eso se convertía en un bloque de piedra. Lo único que pude saber con certeza de ella fue que estuvo trabajando dos meses en Atlantic City y tres en Miami, como «chica-coctel», antes de venir a Sarasota. Debe de tener familia en alguna parte del mundo, pero por ella nunca lo averiguarías. No quiere hablar de ello, por alguna razón. De la manera que me lo imagino, es que está yendo continuamente de un lado a otro para no encontrarse sola. Hay gente así. Puede que viaje por un circuito fijo todo el año, siguiendo las estaciones de un extremo del país al otro, como algunas personas siguen las temporadas de carreras de caballos y cosas por el estilo. La gente adquiere costumbres peculiares. Hacen cualquier cosa para sacudirse esa continua sensación de soledad.

Calló durante varios minutos.

—Sin embargo hay una cosa acerca de Tess de la cual estoy bastante seguro —dijo después—. Cuando se lo pregunté no quiso admitirlo, pero apostarí a que ha sido casada. No ha sido siempre soltera. Eso se nota.

—¿Qué te hace pensar que haya sido casada, Ronnie?

—Se nota, Rick. Tú sabes que es así. Nunca he conocido a una muchacha que pueda mantenerlo en secreto. Una vez que una mujer se ha casado lo sigue mostrando por el resto de su vida. Siempre notarás pequeños detalles, aunque esté divorciada o se dedique a la vida fácil. Es algo que dice, o hace, que lo revela siempre. No es algo preciso o definido que puedas señalar, pero se nota más tarde o más temprano. Las muchachas como ella siempre son un poco tristonas y duras de corazón, y al mismo tiempo aman a todo el mundo. Es como una especie de marca registrada que todas ellas poseen. Y, en mi opinión, creo que todas están orgullosas de eso, aunque no lo admitan. La próxima vez que tengas la oportunidad obsérvalo y verás cómo tengo razón.

Seguí sentado en el bar durante otra media hora, bebiendo *whiskies* con soda y pensando en lo que Ronnie me había contado de Tess. Recordé también que cuando estuvimos juntos en la playa le pregunté si estaba casada, o lo había estado, y ella evadió hábilmente mis preguntas.

A medianoche regresé caminando al hotel y me fui a dormir inmediatamente.

El avión partía al mediodía, pero a las nueve de la mañana ya estaba yo listo para salir. Me senté en el vestíbulo, donde permanecí durante casi tres horas, observando el enorme reloj que colgaba de una pared y contando los minutos. Estaba seguro de encontrar a Tess tan pronto llegara a Nueva Orleans, o por lo menos de que averiguaría dónde se hallaba, y mi imaginación estaba repleta de todos los recuerdos íntimos de ella, que se habían ido acumulando durante toda la semana. Por fin llegó la hora de partir, y cuando estaba subiendo al taxi que me condujo al aeropuerto vi a Morpho Daugh que doblaba la esquina y se dirigía, con sus enormes zancadas, al hotel. La sonrisa de determinación que le iluminaba el rostro significaba, sin duda, que había recibido otra llamada telefónica de Harvey Farthing.

El avión llegó al aeropuerto de Nueva Orleans bastante entrada la tarde. Había caído un corto aguacero poco antes de aterrizar, y un vapor pegajoso subía del caliente pavimento en todo el recorrido hasta la ciudad. Ya eran pasadas las seis cuando entré en el hotel donde había reservado una habitación.

Sin perder tiempo en deshacer las maletas abandoné el hotel rápidamente y me dirigí al Quarter Francés. Hacía un calor húmedo, como solía ocurrir en Nueva Orleans desde abril a septiembre, y me alegré de llevar un traje ligero de verano. Aun así comencé a sudar tan pronto aterrizamos en el aeropuerto.

Tal como Ronnie me dijo, me resultó muy fácil encontrar «The Merry-Go-Round», y ni siquiera tuve que consultar el plano que me dibujó. Yo conocía el Quarter bastante bien de otras veces que había estado allí, y poco después de las siete había localizado el bar y me hallaba sentado a una de las mesitas del alegre local. El centro entero del local giraba lentamente en la dirección de las agujas de un reloj, mientras las restantes mesas y sillas permanecían estacionarias. A los pocos minutos todos cuantos se hallaban en el centro habían desfilado ante mí.

Todo el día había estado alimentando la esperanza de ver a Tess apenas entrara en el «The Merry-Go-Round», pero ya llevaba allí cinco o diez minutos y todavía no la había visto, y comencé a preguntarme, pesaroso, si volvería a verla otra vez. Cuanto más tiempo pasaba, más decepcionado y desgraciado me sentía. Hasta llegué a pensar que Ronnie me había despistado deliberadamente.

Había dos «chicas-coctel» trabajando en el local. Una de ellas era rubia, de cabellos cortos y poco atractiva figura; la otra era morena, delgada y bastante bonita, pero ni remotamente se parecía a Tess. Me puse a observar cómo las dos chicas iban y venían del bar a las mesas, preguntándome cuál de las dos sería la más indicada para saber algo de Tess.

A poco la rubia se me acercó a ver lo que quería. Permaneció junto a la mesa, en silencio, esperando impaciente a que le dijera lo que deseaba beber.

—*Whisky* con soda —le dije, sin el menor entusiasmo.

Hizo un gesto indiferente con la cabeza y se fue. Todavía no me había dirigido la palabra.

La observé apoyada a un extremo del bar, toda desmadejada, y pensé cuán distinto hubiera sido todo de haber estado Tess en su lugar. Además de aparentar mucha más edad que Tess, llevaba la ropa de una manera descuidada y desaliñada, y aparentaba una perfecta indiferencia hacia cuanto la rodeaba. Carecía de atractivos físicos, pero podría haber mejorado su apariencia cuidando mejor de su cabello y enderezando el desigual dobladillo de la falda. Seguí observándola críticamente, pensando en cuántos aspectos la superaba Tess.

Cuando se apartó del bar para traerme la bebida a la mesa evité mirarla, buscando mis cigarrillos. No la miré directamente hasta que estuvo junto a la mesa.

—¿Conoce a Tess? —le pregunté entonces.

La joven quedó sorprendida de momento.

—¿Tess? —repitió, como si nunca hubiera oído el nombre. Me miraba con rápidos movimientos de sus ojos—. ¿Tess qué? No sé de quién me habla. Será mejor que pregunte a otra persona.

Era la primera vez que la oía hablar, y no me sorprendió que su voz fuera áspera y rasposa. Tal vez la chica se daba cuenta de lo poco atractiva que era, y por eso actuaba de aquella manera agresiva.

Con una intención muy obvia, me miraba desdeñosamente.

—No sé de quién está usted hablando —repitió.

—Tess Dameron. Es una «chica-coctel», y creo que ha trabajado aquí. Usted la conoce, ¿no es verdad?

—¿Qué le hace creer que haya trabajado aquí? —me preguntó con su áspera voz, mientras me miraba desconfiadamente—. Usted debe de estar equivocado de lugar. Pruebe en alguno de los otros bares de esta calle.

—Sé muy bien dónde estoy.

—¿Sí? Bueno: ¿y qué?

—Ya le he dicho que ando buscando a Tess Dameron.

—Y yo le he dicho lo que tiene que hacer.

—Alguien me dijo que trabajó aquí.

—¿Quién se lo dijo?

—Un amigo.

La joven permaneció silenciosa un momento.

—¿Ha venido usted de la Florida? —me preguntó luego.

Moví la cabeza en señal de asentimiento, un poco intrigado.

—¿Cuánto tiempo lleva en la ciudad?

—He llegado esta tarde.

—¿De qué lugar de la Florida viene?

—Sarasota.

—Ya sé quién es usted. Su nombre es Rick... no sé cuántos.

—Así es —le dije—: Rick Sutter. Pero ¿cómo sabe usted tanto de mí? ¿Se lo contó Tess?

La joven no respondió palabra.

—¿Por qué no me dice si conoce a Tess? —insistí.

—No puedo decirle nada de ella —me respondió categóricamente.

—¿Por qué no?

—No se preocupe del porqué. Eso es asunto mío.

—Pero usted sabe algo de ella, ¿verdad? ¿Por qué no me lo quiere decir?

Se marchó insolentemente, haciendo caso omiso de mis preguntas.

Y allí me quedé contemplando su figura protuberante y su lacia melena rubia, y preguntándome qué sería lo que sabía de Tess, porque estaba convencido de que algo sabía, y para entonces ya había tomado la determinación de averiguarlo por los medios que fueran necesarios. Para mí aquella mujer era la única persona en Nueva Orleans que podía decirme dónde hallar a Tess. Tan pronto como terminé la bebida le hice seña de que me trajera otra. Sin darse la menor prisa me la trajo al cabo de varios minutos.

Puse dinero sobre la mesa, y esperé a que hubiera contado el cambio antes de dirigirme de nuevo a ella.

—Me gustaría poder hablarle algo más —le dije, utilizando el tono más amable que pude—. ¿Qué le parece? ¿Puede ser?

—No puedo contarle nada de ella —volvió a decirme por segunda vez. Hablaba en el mismo tono áspero y sus modales eran desdeñosos y desagradables—. Y deje ya de molestarme.

Me di cuenta de que si la hacía enfadar no averiguaría nada sobre Tess, y estaba seguro de que ella sabía dónde se encontraba. Tratando, cuanto me fue posible, de congraciarme con ella, la miré y le sonreí. Su actitud hosca no cambió de inmediato, pero pareció dulcificarse un tanto.

—Cuénteme algo de usted —le indiqué—. Por lo menos podría decirme su

nombre, ya que sabe el mío.

Por primera vez sonrió afectuosamente. En cortos instantes el cambio de sus modales anteriores fue radical: parecía como si hubiera esperado confiadamente a que alguien le hablara con bondad.

—Me dirá su nombre, ¿verdad? —insistí.

—Me llamo Suelaine —me contestó, acercándose más.

Por la manera que habló, especialmente por la inflexión de su voz, parecía como si fuese una niña que buscara amor y compañía. Hubiera sido difícil hallarla antipática después de aquello. Tenía la impresión de que durante mucho tiempo estuvo esperando y confiando en que alguien le ofreciera su amistad. Su labio inferior temblaba ligeramente.

—Es un nombre muy bonito —le dije—. Muy bonito y también muy poco corriente.

—¿Cree usted de verdad que es un nombre bonito?

—De verdad lo creo.

Aparentó alegría y felicidad al oírme expresar de aquella forma.

—A mí siempre me lo pareció también —dijo—. Creo que es lo único que tengo que podría gustarle a otra persona. Sé muy bien que soy fea.

Sus ojos se humedecieron y parpadearon.

—¿No cree que podríamos vernos más tarde? —sugerí—. Me gustaría. ¿Y a usted?

—Sí —contestó, aceptando inmediatamente, con expresión anhelante. Su hostilidad anterior ya había desaparecido por completo—. Terminó a medianoche.

—Entonces nos encontraremos aquí a las doce.

—Muy bien —contestó.

Y se alejó, sonriéndome por encima del hombro.

Salí a la noche húmeda y caminé durante varias horas por las calles sucias y oscuras del Quarter. Había una Convención en la ciudad, además del número acostumbrado de turistas y curiosos de fin de semana, procedentes de Tejas y Misisipí, y la calle Bourbon estaba llena de gente borracha, alborotadora, vociferante, en busca de placeres, que caminaba y se empujaba desde un extremo al otro del Quarter. Mientras caminaba por la calle Bourbon, recibiendo empellones de vez en cuando de la escandalosa multitud, que a veces me obligaba a descender de la acera, recordaba la observación de Ronnie al decir que aquello era el barrio bajo de los caballeros sureños. Ya de visitas anteriores conocía la mayoría de los *cabarets*, cafés, prostíbulos, etc., y lo único que quería era pasar el rato hasta la medianoche. Casi todas las veces que me detuve en una esquina por espacio de unos minutos se me acercaba alguien para proponerme ir a ver una muchacha descarriada, o a una esposa defraudada, o a una mujer en la cama con un caimán. En lugar de todo eso bebí sazaraca en todos los bares de la calle, y más tarde me tomé un plato de sopa de quimgombó y una taza de café con achicoria en el mostrador de una cafetería.

A las once y media enderecé mis pasos hacia «The Merry-Go-Round», atravesando infectos y malolientes callejones. Cuando llegué lo encontré más lleno aún que la primera vez. La gente se amontonaba en el bar giratorio y todas las mesas estaban ocupadas. Aún no había tenido la oportunidad de pedir algo de beber cuando vi a Suelaine dirigirse hacia mí por entre el gentío.

—Ya terminé mi turno —me dijo, sonriéndome con gesto amistoso—. Ya acabé por esta noche.

Noté en seguida que se había cambiado de vestido y se había peinado y arreglado el cabello. Era evidente que había hecho un esfuerzo considerable por mejorar su apariencia. Al mirarla sentí haberla criticado tanto —mentalmente— cuando la vi horas antes. Continuaba siendo fea, pero había hecho lo posible por mejorar su aspecto.

—Vámonos a cualquier otro sitio a tomar algo —le sugerí—. Aquí está demasiado lleno.

Adelantándose, puso la mano sobre mi brazo en un gesto íntimo.

—Podemos tomarlo en mi casa —me propuso, mirándome atrevidamente. Y se acercó más a mí, hasta que sentí la presión de sus prominentes caderas—. Creo que sería mucho más agradable así, ¿no le parece? Estaríamos los dos solos.

Yo vacilé, preguntándome qué iría a suceder.

Suelaine se acercó aún más, apretándose contra mí.

—Sé que estará muy contento de haber ido —me dijo en voz baja—. Se lo prometo.

—Pues adelante —contesté inmediatamente.

Siete

Cuando salimos a la calle tomamos un taxi y Suelaine dio la dirección al chófer. Marchamos en dirección al Lago Pontchartrain, y, aunque pasaba de la medianoche y todas las ventanillas del taxi estaban abiertas, el aire seguía siendo tan pegajoso y húmedo como cuando llegué aquella tarde.

Después de zigzaguear por las calurosas calles, unas quince manzanas, llegamos a una oscura avenida plantada de árboles a ambos lados y nos detuvimos frente a una casa de madera de dos pisos, bastante grande. Había una débil luz en la esquina de la calle, pero en ninguna de las casas se veía luz alguna.

Por lo que pude ver en aquella oscuridad era evidente que en otra época la casa ante la cual nos habíamos detenido fue una imponente residencia en un barrio de casas elegantes. Tenía, en el frente, un ancho pórtico y gruesas columnas de madera; pero el edificio entero ofrecía un deslucido aspecto, por falta de pintura y reparaciones. La media docena de buzones que había en el pórtico daban a entender que la morada se había convertido en departamentos pequeños de alquiler. Hierbas y abrojos crecían a su placer en el patio.

Al instante de pagarle el chófer del taxi me preguntó si quería que esperara para llevarme al centro más tarde.

—Es una larga caminata, amigo —agregó—. Y no le costará mucho que le espere.

—¡Nadie le ha pedido que espere! —le dijo Suelaine, en tono de voz estridente, antes que yo pudiera decir nada—. ¡Márchese! ¡No le quiero dando vueltas por aquí! ¡Vamos, márchese! ¡Cuando quiera un taxi ya encontraré uno!

—Está bien, señora —dijo el chófer, disculpándose irónicamente. Sacó la cabeza por la ventanilla y, después de mirarla detenidamente, sonrió como aquel que comprende—. ¿Cómo iba yo a estar seguro de lo que se propone, señora? Yo sólo trataba de ser servicial.

—¡A otro con ese cuento! —le contestó ella—. ¡Lo único que quería era asegurarse un cliente para llevarle a otra parte!

—Un taxista tiene que ganarse la vida como cualquier otro.

—Usted a lo suyo y yo a lo mío —le replicó Suelaine, muy enfadada—. ¡No necesito su ayuda!

—De acuerdo, señora —le respondió, riéndose—. Yo pescaré a mis clientes y usted a los suyos.

Y arrancó velozmente, con un ruidoso acelerón, antes que Suelaine pudiera decirle nada más.

Nos encaminamos por un sendero de ladrillos medio deshechos, subimos unos escalones muy altos, atravesamos el crujiente pórtico y penetramos en la casa. En la oscuridad del vestíbulo, Suelaine abrió una puerta y encendió la luz. Entramos en un pequeño cuarto que olía a cerrado, y que sólo contenía un sofá rojo todo raído, una

mesa coja a la que le saltaba la pintura y un ventilador eléctrico oxidado. El sucio papel de las paredes ostentaba enredaderas de rosas rojas y amarillas, completamente despintadas, y colgaba de un ángulo. Las grietas del techo se habían remendado groseramente con yeso. El piso de madera no estaba alfombrado y se veía gastado y agrietado. En un rincón de la habitación había, apilados, un montón de revistas viejas y periódicos.

—En seguida estará más fresco —anunció Suelaine, enchufando el ventilador y abriendo la ventana.

Su manera de pronunciar las palabras y comerse las sílabas indicaba, entonces más que nunca, que se había criado en una región cercana. Podía yo entender cuanto decía si prestaba el máximo de atención.

—Cada vez que salgo cierro todas las ventanas. Así no entra la lluvia. Nadie sabe lo que llueve aquí. Todo se humedece y cría moho. Alguna vez quisiera ir adonde no llueve casi cada día, como sucede aquí. Debe de haber lugares así en alguna parte.

Suelaine permaneció de pie frente al ventilador por un rato, mientras la débil brisa le alborotaba el rubio cabello. Todavía parecía más baja de estatura, y sus piernas ligeramente torcidas y abultadas pantorrillas eran extraordinariamente prominentes. Sus abultados senos bailaban, apenas sujetos por el vestido de fina tela que la cubría.

—Ahora traeré el *whisky* —dijo al mismo tiempo que abandonaba la habitación y abría la puerta de una diminuta cocina.

Cuando regresó, unos minutos más tarde, traía una botella de *whisky* completamente llena, una jarra de barro con hielo y dos vasos desiguales. Echó hielo en los dos y luego *whisky*. Cuando terminó me alargó uno de los vasos y se sentó junto a mí en el sofá rojo.

—¿Está contento ahora de haber venido conmigo? —me preguntó mientras se quitaba los zapatos.

—Ya lo creo que lo estoy —le aseguré.

Se sonrió muy contenta y empezó a beber su *whisky* a grandes sorbos.

—¿Qué es lo que quiere saber de Tess? —preguntó entonces, con un gesto provocativo—. Porque ése es el único motivo por el cual ha venido, ¿no es verdad? Yo sé que es así y que todo lo que usted quiere es averiguar algo de ella.

—¿Dónde está? —le pregunté, sin más preámbulos.

Con lentitud deliberada, y sonriendo para sí, Suelaine terminó su bebida. Yo saqué mis cigarrillos y le ofrecí uno. Antes de hablar esperó a que encendiera un fósforo y prendiera su cigarrillo y el mío.

—¿Que dónde está? —respondió por fin, con el mismo tonillo provocativo y burlón—. Pues no está en la ciudad. Se marchó.

—¿Y cómo lo sabe? —inquirí, preguntándome si me estaría diciendo la verdad.

—Porque ella me lo dijo, claro está. Tess trabajó en «The Merry-Go-Round» durante tres noches. Y después se marchó. Me dijo que tenía miedo de que alguien de la Florida la estuviera siguiendo. Me lo contó todo, y por eso recordaba el nombre. Y

era usted, sin duda: Rick... no sé cuántos. ¿Por qué no la deja en paz?

—No puedo dejarla en paz porque me gusta mucho —le contesté—. La quiero y no deseo que esté sola.

—Hay muchachas de sobra —observó, con un encogimiento de hombros—. Ella no es la única. Y hay muchas a las que les gustaría que un hombre las siguiera. ¿Por qué pierde el tiempo con una que huye de usted?

No di respuesta alguna. Durante el silencio bebí un sorbo de *whisky* del vaso que tenía en la mano.

—El caso es que obligó a la pobre muchacha a irse de aquí —dijo Suelaine acusadoramente—. Podría haber ganado bastante dinero en «The Merry-Go-Round». Ésta es una excelente época del año para las buenas propinas, y eso es muy importante, porque las «chicas-coctel» se sacan un sueldo muy pequeño. Casi todo cuanto ganamos procede de las propinas.

—¿Sabe usted adónde se fue Tess? —le pregunté. Hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Adónde?

Se rió con gesto satisfecho antes de responderme.

—Tess me hizo prometerle que no lo diría.

—Pero ¿usted sabe dónde está?

Suelaine rió de nuevo.

—¡Claro! ¡Claro que lo sé! Pero no lo digo.

Y volvió a reír, como si gozara sabiendo que me estaba atormentando, al reservarse la única cosa que yo estaba tratando de averiguar.

Nos bebimos el *whisky* y volví a llenar los vasos. Sentado junto a ella observaba su rostro, hasta que me miró y se sonrió un poco. Tenía verdaderos deseos de tratar de persuadirla para que me dijera adónde había marchado Tess, si es que era verdad que ya no estaba en Nueva Orleans; pero temía que Suelaine no me lo dijera nunca si la hacía enfadar.

Seguí sentado, fumando, soportando el calor que hacía en aquel cuarto y tratando de tener paciencia. Suelaine se apoyó contra mí.

—¿Continúa pensando en ella? —dijo.

Incliné la cabeza, asintiendo.

—Es bonita —agregó Suelaine pensativamente—. Mucho más bonita que yo. Su rostro es muy lindo, y las piernas también. Así me gustaría ser, pero no lo soy, y no lo puedo remediar.

Esperé un momento antes de decir nada.

—Si usted quisiera podría contarme cosas de Tess, ¿no es verdad? —Y luego agregué, tratando de que mi voz sonara natural y sin impaciencia—: ¿No es verdad, Suelaine?

—Puede ser —me contestó, arrimándose más.

—Entonces tal vez lo hará.

Suelaine levantó la vista hacia mí.

—Dígame por qué Tess huye de usted.

—Yo ignoraba que estuviera haciendo semejante cosa. Creí que viajaba de un lado para otro porque quería. Ella me dijo que ése era su modo de vida.

—Lo sé. A mí también me lo dijo. Pero no creo que, en realidad, esté huyendo de usted. Eso es sólo una excusa. Hay algo más que la impulsa a ir de un sitio a otro. Cuando una mujer está tan inquieta como lo está ella existe algún motivo. En mi opinión, ha tenido algún problema. No quiso hablarme de sus asuntos, pero estoy segura de que es algo relacionado con un hombre. ¿Qué otra cosa podría ser? Una noche lloró en «The Merry-Go-Round», y otra vez me dijo que podía arreglárselas muy bien sin hombres por el resto de su vida. Eso lo dice todo. Siempre es lo mismo cuando una mujer está inquieta, trastornada y se queja de soledad, como ella. Sin duda que fue algo concerniente a un hombre. O bien estuvo casada con él, o no lo estuvo. O estuvo enamorada de él, o no lo estuvo. Tiene que haber sido algo por el estilo. ¿Para qué otra cosa, si no, vive una mujer?

—Habla usted como si tuviese mucha experiencia.

—Y la tengo. Soy una experta. He tenido mis problemas, y los tengo aún. ¡Ya lo creo que soy una experta!

Suelaine echó más *whisky* en los vasos. Observé el rápido girar de las aspas del ventilador, y me pregunté cuánto tiempo más tendría que permanecer en el calor de aquel cuarto maloliente esperando a que me dijera cómo encontrar a Tess. A poco, y echándose hacia atrás, Suelaine me rodeó con su brazo y sentí el calor pegajoso de nuestros cuerpos saturándose la ropa.

—Y tú no eres tan feo —dijo Suelaine, carraspeando y apretándose más con su brazo húmedo—. No llegas a guapo, pero no eres feo. Un hombre no necesita ser guapo si es bueno y sabe cómo tratar a una mujer. No comprendo por qué Tess quiere huir de ti. Yo no querría. Incluso puede ser que yo te siguiera en lugar de huir como hace ella. Me gusta un hombre que no sólo aparente serlo, sino que actúe como tal. Un hombre así me volvería completamente loca. —Hablabas más despacio y con más dificultad. De pronto me sacudió y dijo—: ¿Por qué no me quieres un poco?

—Si te quiero... —le contesté. No era bonita y no inspiraba el menor deseo, pero era simpática y amable—. Me gustas, Suelaine.

—¿Es todo lo que se te ocurre?

—Pues que eres amable y...

Me cogió la mano y me hizo pasarle el brazo a su alrededor.

—Todavía puedo ser mucho más amable —me indicó—. Esto sólo es el comienzo de lo amable que puedo ser cuando quiero serlo de verdad. Y tal vez podría ponerme tan amable y condescendiente que quisieras quedarte, sin importarte lo que tardase en decirte lo que quieres saber de esa chica. Cuando me siento así no hay nada que me detenga. ¿Por qué no averiguas algo de mí por variar, eh?

—Espero que me comunicarás lo que sepas de Tess.

—¿Esto es todo cuanto quieres? —exclamó en voz muy alta, y comenzó a sacudirme violentamente. Sus lacios cabellos rubios le caían sobre la frente—. ¿Qué demonios te pasa? ¿Nada más puedes pensar en eso?

—No, no exactamente —le respondí prestamente.

—¡Entonces piensa un poco en mí!

—Ya lo hago, Suelaine; pero tú sabes a lo que vine.

—¡Oh, cállate ya!

Esperé, con los nervios en tensión, sin saber qué hacer o qué decir, porque temía que todavía se enfadara más. Sentía mi mano caliente y húmeda contra su carne gelatinosa. De pronto el chirrido del ruidoso ventilador pareció hacerse más fuerte y más intenso. Sonaba como una máquina que hubiera sido ideada para producir más velocidad con cada giro de sus paletas. Mientras esperaba, incierto y dudoso, sentía que el sudor me resbalaba por el cuello y el pecho. El calor del cuarto era sofocante.

De repente Suelaine se puso en pie y tiró de mí hasta que me levanté y quedé junto a ella. Respiraba ruidosamente con cada ascenso y descenso de sus abultados senos, y sus rubios y cortos cabellos le caían lacios y húmedos. Sin decir palabra, pero tirando de mí como si le perteneciera, me llevó al cuarto contiguo. El pequeño y desamueblado dormitorio estaba mucho más caliente y falto de aire que el saloncito cuando entramos al llegar.

Suelaine me soltó, abrió la ventana y conectó un pequeño ventilador. Luego se sentó en la desarreglada cama.

—Lo que estás tratando de averiguar es adónde fue Tess cuando abandonó Nueva Orleans —me dijo con voz estridente, tirando de mí hasta hacerme sentar junto a ella—. ¿No es eso?

—Sí, eso mismo —le contesté.

—Puede que te lo diga... dentro de un rato. Sí, eso es lo que he dicho: dentro de un rato. Sé exactamente adónde ha ido, y puedo decírtelo si quiero. ¿Qué te parece eso? ¿Qué piensas hacer? Si me tratas bien, lo sabrás. Es un arreglo justo. No encontrarás mejor ganga en toda Nueva Orleans. Cuando puedo obtener algo que quiero de un negocio estoy siempre dispuesta a hacer un trueque.

Con mano temblorosa eché *whisky* en los vasos. Suelaine tomó el suyo —que había sido un envase de mermelada— y bebió a grandes sorbos mientras me observaba especulativamente. A poco, y con un movimiento malhumorado, me acercó a ella.

—Deja ya de preocuparte tanto —me dijo en tono de reproche—. De ahora en adelante no tienes que preocuparte de nada. —Esta vez me rodeó con los dos brazos y me atrajo fuertemente contra su pegajoso cuerpo—. Te voy a decir lo que quieres saber, pero dentro de un rato. Y no te mentiré: te doy mi palabra. La promesa que le hice no significa nada para mí. Jamás en mi vida la había visto hasta que vino a trabajar en «The Merry-Go-Round» el lunes pasado. Y no volveré a verla. ¿Por qué no habría de decirte adónde fue, si ése es mi deseo? Eso es cosa mía. Yo hago lo que

quiero, cuando quiero algo. Es la única manera de mantenerse con vida, en la forma que vivo... Todavía no te lo voy a decir, pero lo haré dentro de un rato si me tratas bien. Sus problemas me tienen sin cuidado. Son cosa suya y no mía. Yo tengo los míos propios, y ahora estoy mirando por Suelaine.

Y allí seguí sentado y sudando, esperando y confiando, y preguntándome cuánto tardaría en pasar la noche. Sentía cada vez más el peso de la ropa mojada.

—¿Sabes una cosa? —me dijo lenta y deliberadamente. Su modo de hablar sureño se hacía cada vez más y más enredado, y hubo ocasiones en que no pude entender todo lo que decía—. Tess y yo éramos distintas. No nos parecemos en nada. En lo único que somos iguales es en nuestra soledad. ¡Solas completamente! ¡Endiabladamente solas! Pero Tess no hace nada para remediarlo, y yo lo hago cada vez que tengo una oportunidad. Y ahora mismo estoy intentando hacerlo. Por eso quería que vinieras a casa conmigo esta noche: para poder hacer algo. Y ahora no voy a dejarte marchar. Puedo hacer que te quedes aquí tanto tiempo como quiera, porque sé que te quedarás hasta averiguar lo que quieres saber. Tuve suerte que aparecieras queriendo hacer averiguaciones. Así tengo con quien poder hacer un trueque. Me vuelvo loca por los trueques cuando me encuentro en este estado de ánimo.

Suelaine me echó encima sus voluminosos y húmedos senos. El oxidado ventilador giraba ruidosamente, pero el calor del cuartito parecía hacerse más agobiante a cada instante que transcurría.

—¡Claro, claro que te quedas!... ¿Cómo te llamas?... Ya me acuerdo ahora: Rick, Rick Sutter. De la Florida. Ése eres tú. Yo soy Suelaine. No tengo apellido. No lo tengo porque no lo quiero aquí en Nueva Orleans: está demasiado cerca de mi pueblo. Eso es una cosa que una chica como yo no necesita en Nueva Orleans. Se evitan muchas molestias. Estoy mucho mejor sin apellido en Nueva Orleans. Nadie puede molestar a uno cuando no tiene apellido al que se pueda achacar nada. Yo tenía apellido antes de venir aquí. Puede ser que algún día lo vuelva a tener. Tal vez alguien quiera casarse conmigo, y entonces tendré que tenerlo. —Rió con una risita de beodo—. ¿Por qué iba a querer casarse alguien con una prostituta? No lo sé, pero alguien lo hace siempre. Alguien se aparece un día y quiere hacerlo. ¿Sabes lo que llega a ser de todas las prostitutas cuando se hacen viejas y gruñonas? Porque algo tiene que llegar a ser de ellas, ¿no es verdad? Pues te lo diré, porque lo sé. Todas acaban casándose, más tarde o más temprano, de una manera u otra. Y eso está bien, porque ¿quién ha oído jamás de una vieja puta solterona? No existe semejante cosa, porque se casan y entonces tienen un apellido: señora Jones, señora Brown, señora Smith, señora Hotrocks, señora Biggerbottom... —Volvió a reír—. Eso es lo que quiero: un apellido. Y lo voy a conseguir, y pronto, porque tan cierto como hay un Dios que me estoy haciendo vieja.

Me señaló con un ademán el vaso que había dejado sobre la mesita de noche. Se lo alargué y lo volví a dejar en el mismo sitio una vez que hubo bebido.

—Quiero hablar de cosas que conozco muy bien —dijo, arrastrando las palabras y

en un tono de voz muy lánguido—. Quiero hablar de Tess y de mí, y de lo que ambas perseguimos en este mundo. Ya estoy borracha, y lo estaré aún más. Y cuanto más borracha me ponga más querré hablar de ello. ¿De qué? De lo que Tess y yo queremos. Las dos perseguimos lo mismo: amor y más amor. Cuando uno consigue eso ya no se roe más el corazón. Eso es lo que duele más: el roerse el corazón. Jamás ha existido suficiente amor para todo el mundo. Lo malo es que, cuando se consigue un poco, algo siempre sale mal y uno pierde lo que tenía. Entonces es cuando más se echa de menos: cuando más se necesita, cuando no se tiene después de haberlo tenido una vez. ¡Oh Dios mío! ¡No tenerlo es como hallarse en el infierno!

Suelaine me sacudió vivamente.

—¿Has oído lo que he dicho? ¿Me prestas atención?

—Estoy escuchando todo cuando dices —le aseguré.

—¡Eso es una mentira! —me gritó—. ¡No me estás escuchando! ¡No haces más que pensar en la otra..., en esa perra!

No pronuncié palabra y se hizo un largo silencio en la habitación. El ventilador chirriaba monótonamente.

—Me alegro de tener con quien hablar esta noche —dijo de pronto, ya calmada—. ¡Por Dios que sí! Todos necesitamos conversar con alguien. Todos necesitamos contar nuestros problemas a alguien. Yo necesito hablar continuamente con alguien, porque tengo más problemas que contar que nadie. ¡Puedes estar seguro de eso! Tengo más problemas que nadie en el mundo entero.

Extendiendo el brazo y señalando a la botella de *whisky* me indicó que quería beber más. Eché en el vaso un poco del que quedaba y se lo di. Se lo bebió de un trago, y tan pronto lo hizo se soltó a llorar.

—¡Créeme que no he sido siempre una miserable borracha! —exclamó entre sollozos—. ¡Pero mírame ahora! Yo era una buena muchacha: creo que es así como las llaman. Pero éstas son las consecuencias. Lo que soy ahora. Y eso sucede cuando se está sola. Necesito tanto un cariño que daría cualquier cosa por un poquito nada más, no importa cuán poco fuera con tal de tenerlo; nada hay que no hiciera por lograrlo. ¡Oh Dios mío! Cuando una pierde a su hombre no le queda más que un corazón roto para el resto de su vida. ¡Se roe una el corazón hasta que no le queda nada! —Lloró entrecortadamente—. ¡Malditos hombres! ¡Malditos sean todos! ¡Y maldito seas tú también, comoquiera que te llames!

Se echó hacia atrás y me miró extrañamente.

—¿Sabes de lo que estoy hablando? —me preguntó.

—Creo que sí —le respondí.

—¡Que te crees tú eso! —exclamó, con una sonrisa despreciativa—. Los hombres no entienden y no les importa. Les tiene completamente sin cuidado.

Miré mi reloj y vi que ya pasaban de las dos de la madrugada. Cuando advirtió lo que estaba haciendo golpeó el reloj y trató de quitármelo de la muñeca.

No tenía la menor idea de cuándo se decidiría Suelaine a hablarme de Tess,

aunque sospechaba que no sería hasta el amanecer; pero de lo que estaba seguro era de que no me movería de allí hasta averiguar dónde estaba.

De pronto Suelaine se echó hacia adelante y agarró la botella de *whisky* por el cuello, y antes de poder quitársela se derramó un poco encima de ella y de la cama. Le serví en el vaso todo el que quedaba y se lo di.

—Yo estaba casada —me dijo, tratando de pronunciar claramente—. Estaba casada y tenía el niño más lindo del mundo. Pero me divorcié de mi marido y me marché con mi pequeño. ¿Sabes qué edad tiene actualmente mi hijo? ¿Lo sabes?

—No, no lo sé.

—Pues exactamente seis años, tres meses y once días. Lo sé con tanta exactitud porque llevo la cuenta de su edad, marcando los días, las semanas y los meses que le perdí. Se llama Jimmy y tiene un cabello precioso, oscuro y rizado, y ojos color castaño, como su padre. También le puse el nombre de su padre. Su padre me amaba, y yo a él: era el mejor marido que se podía pedir. Pero yo fui una idiota y me divorcié de él, porque creí que quería ser independiente o algo por el estilo. ¡Y ya puedes ver qué independiente soy ahora! ¿Sabes quién soy? ¡Pues soy *Miss Independiente*! ¡*Miss Independiente Prostituta*, eso es lo que soy! Mi esposo trató de meterme en razón, pero no quise escucharle. Así es como empieza una, creyéndose muy inteligente, y termina dándose cuenta de que es una imbécil. ¡Y ahora es cuando me doy cuenta!

Las lágrimas rodaban por sus mejillas y no hacía el menor esfuerzo por limpiárselas.

—Durante algún tiempo tuve a mi hijo conmigo, pero mi esposo me lo quitó. Dijo que no estaba capacitada para criarlo. Ya sabía yo que en aquella época no lo estaba. Lo notaba. Después de divorciarme no servía para nada..., excepto para lo que ahora soy, si eso es algo. Entonces fue cuando comencé a emborracharme todas las noches, para no pensar tanto en mis problemas. Durante un tiempo me sirvió de ayuda, pero ahora soy una desgraciada. Ya tú sabes lo que es desgraciada: es otro nombre para la «chica-A», «chica-B», «chica-C» y todas las demás. Y soy todas esas y cuantas cosas más quieras agregar. Pronto dejaré de ser «chica-coctel». No me dejarán serlo mucho tiempo más, porque ya saben lo que soy. Los chismes se propalan con rapidez en esta vida. ¡Y además lo soy, qué demonio! Todo el mundo lo sabe. Ahora ni yo misma querría ocuparme de la educación de mi hijo, aunque me dieran la oportunidad. —Se cubrió el rostro con las manos—. ¡Oh Dios mío! ¡Qué sensación tan infernal de soledad, de desgracia y de asco de mí misma!

Ocho

Ya estaba avanzada la tarde cuando pude conseguir un asiento en un avión, pero salí de Nueva Orleans a tiempo de llegar a Houston antes que anocheciera. Tan pronto como llegué al aeropuerto de Houston me dirigí a un teléfono y llamé a Connie y Ken Westwalker. Connie contestó a la llamada y reconocí su voz apenas comenzó a hablar.

—Connie, necesito una habitación en un hotel, una ducha y una tarjeta de socio invitado para el club «Bluebonnet» —le dije—. ¿Cómo estás?

—Me suena a Rick Sutter —oí decir a Connie excitadamente—, y si eres tú, Rick, y no vienes derecho a casa a toda velocidad, vas a necesitar algo más de lo que has mencionado. Por ejemplo, un vendaje para la cabeza y un par de muletas. Ken acaba de llegar de la oficina y nos disponíamos a tomar unas copas antes de cenar. Me voy a poner mi lindo vestido nuevo para darte la bienvenida. ¿Cuándo llegaste a Houston, Rick? ¿Dónde estás ahora?

—Estoy en el aeropuerto. Acabo de llegar de Nueva Orleans.

—¿Por qué?

—El porqué no importa ahora —le contesté familiarmente—. En este momento lo que más me interesa es un cuarto en un hotel, una ducha y una tarjeta de socio.

—Tú no vas a ningún hotel —afirmó Connie enfáticamente—. Y asunto concluido. Voy a recogerte ahora mismo. Espérame ahí.

—No hagas eso, Connie —le dije—. Si no puedo ir a un hotel, tomaré un taxi hasta tu casa y llegaré mucho antes. Ya sé la dirección, y estaré allí en un santiamén.

—Bueno; pero más te vale hacerlo —me replicó, con deliciosa firmeza. No había cambiado nada. Seguía tan autoritaria y simpática como de costumbre—. Y como te vayas primero a un hotel y no vengas derecho aquí, no volveremos a dirigirte la palabra, Rick. Te lo digo en serio; así es que prométeme que vendrás derecho a casa.

—Te lo prometo, Connie —le aseguré.

—Te tendré la ducha preparada. ¿Fría o caliente?

—Mitad y mitad.

—¿Whisky y soda como siempre?

—Como siempre.

—¿Me quieres, Rick?

—Te quiero, Connie.

—Hasta luego, Rick.

—Hasta luego, Connie.

Recogí mi equipaje y tomé un taxi. Ya había estado varias veces en casa de Connie y Ken, en viajes anteriores a Houston, pero ya hacía más de un año que no los veía. Ken Westwalker era geólogo de una compañía petrolera, con oficina en Houston, y le conocía desde que él y Connie se casaron. Ella trabajaba en la editorial de una revista en Nueva York cuando la conocí por primera vez, y menos de un año

después se casó con Ken y se trasladaron a Tejas. Ya llevaban varios años casados y tenían dos niños pequeños.

Los dos me estaban esperando cuando bajé del taxi. Connie me abrazó y saludó muy afectuosamente. Tenía grandes ojos castaños, cabello oscuro cuidadosamente peinado y una esbelta figura. Poco después de haberla conocido en Nueva York le pedí que se casara conmigo. Rehusó con un firme y determinado movimiento de cabeza. «Cuando me case, Rick —afirmó—, lo haré con un hombre de familia. Jamás podría ser feliz casada con una institución pública, porque una institución pública no me calentaría los pies en las frías noches invernales. Y un escritor es una institución pública, si es bueno en su profesión. Lo siento, Rick, pero no soy la mujer para ti». Menos de seis meses más tarde conoció a Ken Westwalker y se casó con él.

Ken se acercó a mí y me dio la mano con efusión. Era un hombre alto, corpulento, de cabellos claros y muy cortos.

—Me alegro de que hayas cumplido tu palabra y no te hayas ido a un hotel, Rick —me dijo—. En Houston no hay más que un solo lugar para ti: nuestra casa.

Él y Connie me ayudaron a llevar mis maletas y la máquina de escribir al cuarto para invitados de la espaciosa y encantadora casa de piedra. La ducha estaba corriendo en el baño, tal y como Connie me había dicho que estaría. Antes de llegar a Houston estaba decidido a hospedarme en un hotel, a pesar de los ruegos de Connie y de Ken; pero una vez allí me alegré de que hubieran insistido para que fuera a su casa.

—Rick, te damos exactamente veinte minutos para darte la ducha y vestirte —me dijo Ken «autoritariamente» mientras él y Connie salían del cuarto al vestíbulo—, y si para entonces no estás listo, vendré a sacarte como estés, con calzoncillos o sin ellos.

—Estaré listo, Ken —le contesté al tiempo que me despojaba de la ropa.

Entré rápidamente en la ducha y a los pocos minutos salí. Saqué ropa limpia, me vestí, abandoné mi cuarto, y estaba de pie junto al bar situado en la terraza aproximadamente dentro de los veinte minutos señalados. Ken ya me tenía preparado un *whisky* con soda.

—¿Qué es lo que te traes, Rick? —me preguntó muy seriamente—. ¿A qué obedece esa idea tuya de que te consiga una tarjeta de socio invitado para el club «Bluebonnet»? La última vez que estuviste en Houston teníamos que sacarte prácticamente a rastras para que asistieras a esos lugares, y ahora actúas como un hombre dedicado en cuerpo y alma a una misión esotérica. ¿Es ésta acaso una nueva faceta de tu vida? ¿Qué es lo que te ocurre?

—Pero me conseguirás una tarjeta, ¿no es verdad, Ken? —le pregunté ansiosamente—. ¿En seguida?

—Claro que te la conseguiré —me respondió, con mirada perpleja—. Pero ¿por qué? ¿Qué hay detrás de todo este misterioso embrollo? Cuéntamelo todo. Nosotros creíamos que estabas encerrado en algún lugar, trabajando duramente en un nuevo

libro. ¡Tienes que explicarte, hombre!

Tomé asiento entre los dos y les conté cómo conocí a Tess Dameron en Sarasota, la noche que pasamos juntos en la playa de Cayo Siesta, mi viaje a Nueva Orleans y los informes que logré sacar a la «chica-coctel» sobre el paradero de Tess, que resultó ser el club «Bluebonnet» de Houston, y el anhelo que por ella había sentido desde el principio. Finalmente les dije que había querido comenzar a trabajar en un nuevo libro, pero que no pude permanecer en Sarasota después que Tess partió.

Mucho antes de terminar de contarles de Tess pude observar a Connie y a Ken cambiando miradas de desaprobación. Me di perfecta cuenta, a causa del silencio que siguió, de que ambos se hallaban desfavorablemente impresionados. Sin duda, y debido a nuestra amistad, evidenciaban su disgusto por lo que había sucedido.

—Lo que me gustaría saber —pregunté, algo resentido por su actitud— es desde cuándo resulta antisocial el que un hombre escoja a su mujer. Francamente, no lo entiendo. Tú escogiste a tu mujer, ¿no es verdad, Ken? ¿Por qué entonces es tan disparatado el que yo quiera hacer la misma cosa?

Connie se volvió a mí y puso su mano sobre la mía, acariciándomela con los dedos.

—Rick —me imploró—, Rick, ¿por qué no te contentas con escribir novelas de amor, en vez de interpretar una por ti mismo? Eres mucho mejor como escritor que como actor. ¿Por qué no te limitas a lo que haces mejor?

Yo traté de explicarles que mis sentimientos por Tess eran sinceros y serios.

—Pero es que en realidad no sabes nada de esa muchacha —insistió Connie—. Tú mismo has dicho que no sabes nada de su pasado, o de sus antecedentes, si así lo prefieres. Fue un encuentro casual, después de todo. El interesarse tan seriamente por una muchacha de la que se sabe tan poco es peligroso, muy peligroso. Me duele pensar en los líos en que podrías meterte por tal causa. Yo creo saber lo que necesitas, ya que todo hombre lo requiere de vez en cuando. En Tejas hay muchachas maravillosas, Rick. Son de la clase que te convendría ahora. Si lo dejas en mi mano, yo sé lo que tengo que hacer, y no te arrepentirás, te lo aseguro.

—Espera solamente hasta que veas a Tess —le dije confiadamente—, y entonces comprenderás. Tess es maravillosa. Tess es distinta.

—Todas son distintas, Rick —comentó sarcásticamente—. Por eso los zapatos y otras cosas se hacen en diferentes medidas. Tendrás que pensar algo mejor que decir de ella, si quieres convencerme.

—¡Puede que use mejores anzuelos! —exclamó Ken jocosamente, al tiempo que se levantaba e iba al bar para volver a llenar nuestros vasos.

Sin asomo de risa, Connie permaneció en silencio, observándome gravemente.

—¡Déjale tener su aventura romántica, Connie! —exclamó Ken, en tono festivo, cuando regresó a sentarse—. Estas cosas son normales. Hay que pasar por ellas lo mismo que por las paperas, el sarampión y demás enfermedades parecidas. Opino que es mejor pasar todas esas cosas cuando se es joven y se está en la plenitud de la vida,

o, si ya es tarde para eso, pues pasarlas en la primavera, y así le queda a uno el resto del año para hacer su trabajo.

Connie hizo caso omiso de sus observaciones humorísticas y se volvió hacia mí de repente frunciendo el ceño.

—No me gusta nada de todo ese asunto —afirmó, con un enérgico movimiento de la cabeza—. Y me opongo a él con todas mis fuerzas. No quiero que te veas mezclado en ningún género de relaciones con esa muchacha. ¿Quién es ella, después de todo? ¡Ni siquiera lo sabes! Así lo has admitido. Podría convertirse en lo peor que jamás te ha sucedido, Rick. Podría arruinar tu vida entera y tu carrera. Si quieres tener relaciones amorosas, tenlas con una joven digna de ti. Yo te encontraré una que te convenga, y que también sea bonita. Nunca dejaré que te enredes, y mucho menos que te cases, con alguien que hayas sacado de un bar de alguna ciudad.

—Tess es una «chica-coctel» —le recordé, un poco molesto.

—¡Bah, y eso qué importa! —me replicó con marcada acritud—. ¡«Chicas-coctel», «chicas-B», «chicas-esto y lo otro» y todas las demás de la colección!

—¡Ella no es de esas otras! —exclamé vivamente—. Te lo puedo asegurar.

—Lo puedes asegurar, pero no me lo puedes hacer creer.

—No discutamos de algo que no sabemos a ciencia cierta, Connie —dijo Ken, interviniendo—. Opino que debemos echar una mirada a la joven objeto de esta controversia, antes de formar un juicio sobre ella. Iremos a cenar al «Bluebonnet». La veremos en el salón de cocteles, y luego, si Rick todavía insiste, le conseguiré una tarjeta de socio invitado para que pueda entrar en el club cuantas veces quiera de ahora en adelante.

—Yo tengo una idea mucho mejor —anunció Connie.

—¿Cuál? —le preguntó Ken.

—Más tarde la explicaré. Tomemos otro trago y luego nos iremos al club. Después de cenar quiero hablar francamente con Rick. Es un hombre solitario, despistado, sin compromisos y en edad de casarse, y alguien tiene que aconsejarle fraternalmente sobre las mujeres, porque es evidente que necesita el consejo imperativamente.

A las ocho aproximadamente llegamos al «Bluebonnet» y entramos directamente en el salón de cocteles. Era un club para socios con el privilegio de poder funcionar como bar legalmente, para uso de los socios y de sus invitados. Estaba lujosamente amueblado y decorado. Las gruesas alfombras eran de tono azul, y los sillones y divanes estaban tapizados de cuero blanco. Suelaine me había convencido de su veracidad cuando me dijo que Tess estaría trabajando allí, y yo estaba seguro de que la encontraría. Había mucha gente cuando entramos, y vi a dos «chicas-coctel» sirviendo bebidas por las mesas. Ninguna de las dos era Tess, y empecé a temer que me hubieran engañado.

Pocos minutos después de habernos sentado a una de las mesas apareció Tess. Se encaminó directamente a nuestra mesa, y era evidente que no tenía la menor idea de

que yo estaba allí. La observé en todo su recorrido y esperé, con ansia, la expresión de sorpresa que sabía habría de inundar su rostro. Llegó junto a la mesa sin haberme reconocido.

Me levanté de un salto y le cogí una mano. Se me quedó mirando con incredulidad.

—¡Eres tú! —exclamó, sin aliento.

—Tess...

—¿Cómo pudiste...? No creí que averiguaras...

—Tú dijiste que volveríamos a encontrarnos cuando coincidiéramos de nuevo en el mismo sitio y a la misma hora.

—Sí... Pero ¿cómo ha sucedido?

—Tess, tenía que suceder.

—Tú hiciste que sucediera —me acusó, con amargura—. Te dije que no trataras de buscarme.

—Y yo te respondí que tenía que hacerlo.

Aparecía todavía más encantadora y deseable de como la recordaba. Llevaba un atractivo y bien cortado vestido de ancha falda, de un tono azul, similar al de las otras «chicas-coctel» que había en el club. Su erguida figura estaba llena de vida y flexibilidad.

No te enfades, por favor, Tess —le supliqué—. Tenía que encontrarte. Tú lo sabes.

—Alguien te dijo dónde encontrarme. ¿Quién fue?

Permanecí callado, deseando no tener que contestar a su pregunta.

—Dime quién fue —insistió.

—Una de las muchachas de «The Merry-Go-Round».

—¿Cuál de ellas?

—Suelaine.

—¡Oh!

La tomé por un brazo y la acerqué más a la mesa.

—Quiero presentarte a mis amigos, Tess. Son amigos de verdad.

Con un gracioso movimiento hizo una inclinación de cabeza a Connie y a Ken, mientras los presentaba. Después se echó hacia atrás.

—Ahora tengo que retirarme —dijo—. Ya sabes que trabajo aquí.

—Quiero verte más tarde, Tess. Me dejarás que te vea esta noche, ¿verdad?

Pasaron unos instantes antes que me respondiera.

—Esta noche no, por favor —me contestó—. Sería demasiado tarde. En otra oportunidad.

—Pero he venido desde la Florida para verte.

—Esta noche no puede ser —repitió con firmeza. Lo primero que me vino a la mente fue que iba a tratar de escapárseme de nuevo y que se marcharía de la ciudad antes que pudiera verla nuevamente. Y esta vez no tendría la oportunidad de

averiguar su paradero. Alargué la mano y la sujeté por un brazo.

—¿Me prometes que no te irás, que no abandonarás la ciudad? —le pregunté—. ¿Me prometes que te veré mañana por la noche?

Sonrió rápidamente.

—Sí, Rick.

—Entonces aquí estaré mañana por la noche —le dije—. Eso también es una promesa.

—Está bien —convino ella, sonriendo de nuevo.

Tess nos preguntó entonces qué bebidas deseábamos tomar, y después de pedir las permanecimos sin hablar hasta que volvió con ellas y las colocó sobre la mesa.

—Mañana por la noche, Tess —le recordé.

Me sonrió y nos hizo una inclinación de cabeza antes de retirarse.

Connie, Ken y yo tomamos nuestras respectivas bebidas sin decirnos casi nada, y entramos en el comedor. Aun después de estar ya instalados en una mesa, Connie permaneció pensativamente silenciosa la mayor parte del tiempo. Ken fue el más hablador de los tres.

—Ya me percaté de lo que quieres decir, Rick —me dijo, inclinándose sobre la mesa en dirección a mí y moviendo la cabeza apreciativamente—. Esa joven no ha perdido una sola de sus hormonas femeninas. Si acaso, ha adquirido una ración extra. Jamás he visto nada semejante. Tiene más que... Bueno: debía apiadarse y compartir algunas de sus hormonas femeninas con las otras muchachas.

—He de admitir que tiene un rostro y un cuerpo atractivos —afirmó Connie seriamente—. Pero, por supuesto, los rostros y los cuerpos atractivos no son todo. Muchísimas jóvenes los tienen, y hasta en abundancia, pero nada más.

—Si quieres saber mi opinión —exclamó Ken, con expresión complacida—, Tess no necesita nada más, siempre y cuando conserve todas esas hormonas femeninas. Cuando estuve en la universidad no avancé mucho en zoología, pero sí lo suficiente para reconocer las hormonas femeninas cuando las veo en acción.

Nos marchamos del club tan pronto terminamos de cenar, y subimos al coche. Nos dirigimos hacia las afueras de la ciudad y en dirección al golfo de Méjico, bajo la luz de una enorme luna amarilla. La brisa que soplaba proveniente del golfo era fresca y agradable. Era como estar en un mundo diferente después del calor húmedo y pegajoso de Nueva Orleans.

—Rick —exclamó Connie gravemente después del largo intervalo de silencio—, Rick, quiero decirte algo, y muy seriamente. Lo que te ha pasado es que te ha dado un enamoramiento de chico de escuela. Eso es exactamente lo que te ocurre. Las señales son inequívocas. Yo quiero que te tranquilices y te pongas a trabajar. Ésa es la manera más segura de olvidarse de esas cosas. Hace más de un año que no se ha publicado una nueva novela tuya, y, si sigues así, pasará otro año, y luego otro, y todavía no habrás escrito un nuevo libro. No puedes permitirte el lujo de que una cosa como ésta interrumpa tu carrera. Hay ocasiones en las cuales tenemos que hablar con mucha

claridad de las realidades de la vida, y ésta es una de esas ocasiones.

—Ya he tratado de normalizarme y ponerme a trabajar, Connie —le respondí—. Para eso precisamente fui a Sarasota. Había planeado alquilar una casa allí por un año. Y quiero ponerme a trabajar tan pronto como me sea posible. Pero no puedo hacerlo por temor a que Tess se me escape. Ya tú comprendes cómo una cosa así puede afectar a un hombre. Llega a tomar precedencia sobre todo lo demás.

Rodamos en silencio por varios kilómetros sobre las verdes llanuras del litoral. Nos encontrábamos en un punto entre Houston y el golfo.

—Ya sé lo que voy a hacer con todo este asunto —declaró Connie con decisión—. Alguien tiene que ocuparse de ti, y yo lo voy a hacer. Hemos sido amigos por demasiado tiempo, para que no intervenga yo ahora y haga cuanto pueda en una ocasión que necesitas más ayuda que nunca. Me sentiría avergonzada si no te ayudara en estos momentos.

—¿Qué es lo que vas a hacer? —inquirí de ella.

—Mañana por la mañana te voy a llevar a Galveston y te meteré en una casa, y si es necesario cerraré las puertas y las ventanas con llave para que no puedas salir. Sé de una casa en la playa que está desocupada actualmente. Pertenece a unos amigos nuestros que estarán encantados de prestártela por el tiempo que la necesites. Ellos van a estar viajando por el extranjero durante largo tiempo, pero han dejado a su ama de llaves, y todo lo que tendrás que hacer es sentarte a escribir. Está a poco más de sesenta kilómetros de Houston, y Ken y yo iremos de vez en cuando a visitarte y a ver si todo marcha bien. Ya está decidido.

—No puedo hacer eso, Connie —protesté.

—¿Por qué no?

—Porque quiero permanecer en Houston mientras Tess esté aquí.

—Esto es por tu propio bien.

—Yo sé lo que es bueno para mí.

—Pues ella no lo es.

—Eso lo debo saber yo.

—Ésa precisamente es la cuestión —aseguró vivamente—: que no sabes lo que te conviene. Por tanto vas a tener que oírme, Rick Sutter. Mañana por la mañana te voy a llevar a Galveston. Ya está todo arreglado. Conocerás a gente muy interesante, y, además, jamás me perdonaría a mí misma si no pudiera encontrarte un lugar donde puedas tranquilizarte y ponerte a trabajar.

Ken dio la vuelta al coche, y nos dirigimos hacia el brillante resplandor de luz que se veía sobre Houston.

—Connie —habló Ken, como si no pudiera callar por más tiempo—, tú no puedes reglamentar las vidas de la gente de esa manera. A menos que la «gente» esté casada contigo, como lo estoy yo. Deja que Rick haga lo que le parezca en esta cuestión. No nos ha pedido nuestro consejo. Nos ha pedido que le ayudemos. Y se trata de su vida, y no de la nuestra. Si está loco por esa muchacha, déjale solo, para

que pueda estar tan loco por ella como le plazca. No trates de entorpecer el amor. Mirándolo bien, podía ser mucho peor. No existen muchas jóvenes agraciadas con una superabundancia de hormonas femeninas. Cuando hay que considerar ese factor, y también el amor, deja al hombre solo.

—Eso no es amor —replicó Connie, sin inmutarse—. Si fuera amor, sería distinto. Esto es un capricho.

—Pues entonces déjale que se encapriche con todas esas maravillosas hormonas femeninas.

—No —afirmó Connie secamente—. Lo que Rick necesita es una mujer que pueda apreciar su talento de escritor, y no una que conoce los nombres de todas las bebidas que sirven en un bar, como si eso fuera una profesión. Conozco la clase de chica que necesita Rick, y también me ocuparé de eso. Existen cientos de chicas de la clase a que me refiero, y Tejas está lleno de ellas.

—Connie, sigamos hablando de esto mañana —le dije—. No puedo discutir contigo bajo el hechizo de esa enorme luna tejana.

—Mañana no habrá nada de qué hablar —me aseguró—. Ya está todo decidido.

Las luces de Houston aumentaban de intensidad a medida que nos acercábamos a la ciudad.

—Bien: eso es todo de momento —observó Ken seguidamente—. Algo se ha logrado, después de todo.

—¡Mucho se ha logrado! —exclamó Connie—. Se ha decidido que mañana por la mañana me llevo a Rick a Galveston.

Nueve

Cuando Connie y yo salimos de Houston a la mañana siguiente, en su coche, el día era soleado y luminoso y soplaba una ligera brisa; pero después de media hora de rodar en dirección sur divisamos a lo lejos un sombrío banco de niebla que se extendía por encima del golfo de Méjico, y, bastante antes de llegar a Galveston, ya una neblina gris había comenzado a internarse tierra adentro. Cuando atravesamos el canal para seguir a la isla Galveston había desaparecido el sol y la niebla nos envolvía por completo. Proseguimos por las calles de Galveston, humedecidas por la neblina, hasta alcanzar un grupo de casas recién construidas, al otro extremo de la isla, y una vez allí Connie dobló por el camino particular de una hermosa casa blanca rodeada de altas palmeras. Detuvo el coche frente a la puerta.

—Rick, te ruego que hagas un esfuerzo sincero por aprovechar esta oportunidad —me dijo, con una mirada suplicante, al bajar del coche.

Un sentimiento de pesar me embargó al recordar lo mucho que deseé casarme con ella años atrás. No había cambiado nada. Seguía tan femenina, tan atractiva y tan comprensiva.

—No te desanimes desde el primer momento pensando que no resultará. Te gustará esto si es que quieres que te guste. Estoy segura. Por favor: haz un esfuerzo, Rick.

—Me parece que esto va a ser precisamente lo que necesito, Connie —le aseguré—. Por lo menos así lo parece. Me gustaría quedarme tranquilo en un sitio por una larga temporada, y creo que esto es lo que quiero. La niebla también es perfecta. Puede ser que una de las cosas que me hayan perjudicado últimamente haya sido demasiado sol en mi vida. Ésta es una de esas ocasiones en las que prefiero un tiempo nublado.

—La niebla no durará mucho —afirmó, con aire de seguridad—. Es lo que llamamos «visitante por un día». Mañana habrá sol nuevamente y querrás ir a bañarte al mar. Y hasta puede que te gustara tener compañía para nadar, ¿no es verdad, Rick?

Connie no esperó mi respuesta, y, mientras iba a buscar al ama de llaves, yo saqué mis maletas y la máquina de escribir del coche. Connie regresó a poco con una mujer de aspecto maternal, de unos cincuenta años, alta y de cabellos grises. La señora Orrhad me condujo a un dormitorio que daba al golfo, y después llevé mis manuscritos y la máquina a la biblioteca. Toda la mañana estuve indeciso en cuanto a si quería o no ir a la isla Galveston, pero una vez allí me alegré de haberme dejado convencer por Connie. La casa era cómoda y silenciosa, y sabía que podría trabajar tan bien en ella como en cualquier otro lugar que hubiera seleccionado yo mismo.

Cuando Connie estuvo lista para marcharse vino hacia mí y me puso las manos sobre los hombros.

—Harás un esfuerzo sincero por intentarlo, ¿verdad, Rick? —preguntó, sonriendo esperanzada. Su interés era profundo y verdadero—. Sé que no te sentirás triste aquí

si dejas que te guste cuanto te rodea.

—¡Pues claro que haré todo lo posible, Connie! —le contesté—. Puedes estar segura de ello.

—Me alegro —repuso con alivio—. Ahora siento que he hecho una buena acción.

—No te molestarías tanto por cualquiera, ¿verdad, Connie? —le pregunté, sonriendo.

—Sólo por ti o por Ken —me respondió—. Tú y él habéis sido los únicos hombres importantes de mi vida.

—Pues que siempre sea así, Connie.

—Ése es mi deseo —replicó. Hizo una breve pausa y sonrió condescendentemente—. Yo sé que irás a Houston a ver a esa muchacha. Está bien, Rick. Comprendo esas cosas, y son de esperar. Puede que me haya precipitado un poco al juzgarla anoche, y lo siento. Son las cualidades de una persona las que verdaderamente cuentan, después de todo, y no lo que hace una persona para ganarse la vida. Yo quiero que seas feliz, y te ayudaré cuanto pueda. —Sus ojos centellearon picarescamente—. No te sorprendas si tienes un visitante pronto, Rick —dijo—. El ser amable y amistoso es una especie de costumbre tradicional de esta región.

Me abrazó afectuosamente y se dirigió a su coche. Unos instantes después desaparecía.

La señora Orrhad me sirvió la comida poco después de la marcha de Connie, y más tarde telefoneé a una agencia de automóviles de alquiler y quedaron en enviarme un coche a la casa.

Aquella tarde me la pasé sentado en la biblioteca, leyendo algunos de los manuscritos que había llevado conmigo, pero durante todo el tiempo que permanecí allí miraba el reloj con frecuencia y contaba las horas que me faltaban para ver a Tess. A las cinco en punto me mudé de ropa y me preparé a partir. Dije a la señora Orrhad que iba a Houston y que regresaría tarde. Con sus dulces modales y fino instinto maternal, la señora Orrhad me recomendó que tuviera mucho cuidado al conducir en una noche de tanta niebla.

Al anoecer, la densa neblina había descendido casi hasta el pavimento, y los automóviles y camiones que circulaban en ambas direcciones lo hacían muy despacio y tomando grandes precauciones. Yo no conocía la carretera, y a causa de la niebla tuve que parar varias veces para preguntar la dirección. Y eran más de las ocho cuando, finalmente, llegué al club «Bluebonnet».

La noche estaba tan mala que no había muchas personas, y sólo vi a una de las «chicas-coctel» en el salón. Me senté a una mesa y esperé pacientemente, confiando en ver a Tess de un momento a otro. Una de las cosas que quería preguntarle era a qué hora terminaba su trabajo, para luego invitarla a ir a cenar. Estaba seguro de que iría conmigo, y estaba preguntándome si esperarla allí o dar una vuelta en el coche y regresar más tarde.

Después de un rato la «chica-coctel» que vi primero se acercó a mi mesa y me

preguntó si había ido a ver a Tess. Le contesté que así era.

—¿Es usted el señor Sutter? —me interrogó.

Le dije que sí.

—Me han dejado esta carta para usted.

La joven me entregó la carta y se retiró. Abrí el sobre en seguida. Dentro había una nota escrita a mano.

La primera cosa que hice entonces fue mirar la firma, para ver si la había escrito Tess. En efecto: ella había sido.

«Querido Rick —comenzaba la carta—: Espero que creas que cada palabra que aquí escribo es la pura verdad, y quiero que me comprendas. Yo creí que te vería esta noche, porque así lo prometí. Pero algo inesperado ha ocurrido, y no sabía dónde avisarte antes de marchar de la ciudad. Por eso te escribo esta nota. La voy a dejar a una de las chicas del club y le rogaré que te la entregue sin falta. Esta mañana recibí un telegrama en que me comunicaban que un miembro de mi familia está gravemente enfermo, lo cual me obliga, como es natural, a partir a su lado inmediatamente. Tal vez algún día te lo pueda explicar todo mejor, pero hasta entonces trata de entender. No me marché de Houston huyendo de ti, como probablemente estás pensando. Yo iba a cumplir mi promesa de verte esta noche, porque sé que has venido especialmente para eso desde la Florida. Dentro de una semana, a contar desde hoy, te enviaré un telegrama al cuidado del club “Bluebonnet” comunicándote dónde podrás encontrarme, si para entonces todavía quieres verme. Puedes estar seguro de que te avisaré. Y, si todavía lo deseas, podrás venir adonde me encuentre y te prometo que nos veremos. Mientras tanto créeme, por favor, que te hubiese visto esta noche si no se hubiera presentado esta emergencia.

»Sinceramente,

Tess».

Permanecí allí sentado, leyendo y releendo la nota. Un instante me sentía decepcionado y enfadado, en la seguridad de que Tess no me decía la verdad, y otro trataba de convencerme a mí mismo de que había tenido que marcharse a causa de una enfermedad en la familia, y no debido a querer huir de mí. Al final me encontré del todo confuso y no sabía ni qué pensar.

Cuando la «chica-coctel» volvió a mi mesa moví la cabeza en lugar de pedir una botella y le pregunté si sabía adónde había ido Tess, pero me dijo que lo ignoraba.

Al cabo de un rato me levanté y me dirigí al bar, donde pedí un doble *whisky* con soda. Había unas cuantas personas sentadas en el bar, pero no sentía el menor deseo de entablar conversación con ellas. Una o dos veces el cantinero me hizo algún comentario sobre la niebla, pero estaba demasiado sumido en mi desesperación para escuchar lo que decía.

Ya había transcurrido casi una hora desde mi llegada al club, y la única cosa que

me apetecía hacer era ir a ver a Connie y a Ken. En otra oportunidad hubiera telefonado primero, pero tenía tantos deseos de verlos que no quise perder más tiempo llamándolos. Salí del club y me dirigí a su casa en el coche, atravesando la ciudad tan de prisa como pude, entre la densa niebla.

Connie y Ken se habían acostado, pero estaban leyendo y no dormían cuando llegué, y se levantaron muy contentos y se pusieron sus batas de casa. Los tres nos acomodamos en el frío salón, con nuestros sendos *whiskies*, mientras los ponía al corriente de lo sucedido. Sentados el uno junto al otro en el sofá rojo coral, Connie y Ken leyeron la carta de Tess sin comentarios. Cuando terminaron, Connie, tal como me lo figuré, suspiró profundamente, compadeciéndome. Ken encendió otro cigarrillo.

—No sé si creerla o no —les dije después que me devolvieron la carta—. Ya no sé qué pensar ahora. Estoy completamente desconcertado. Es la primera vez que algo parecido me sucede, y todavía me encuentro demasiado aturdido para saber qué creer.

—¡Pobre Rick! —exclamó Connie, alargando el brazo para apretarme la mano—. ¡Cuántos problemas!

—Si te hubieses casado conmigo en lugar de hacerlo con ése —dije, señalando a Ken y frunciendo el ceño—, esto no me hubiera ocurrido nunca. Tú tienes la culpa, Connie.

—Me haces sentir como si fuese culpable de verdad —me contestó, acariciándome la mano.

—Perdóname por haberme entremetido —me replicó Ken, frunciendo a su vez el ceño y siguiendo la broma—. Pero, a pesar de todo, creo que me quedaré con Connie.

Connie le besó en la mejilla.

—Yo me inclino a dar crédito a la joven —continuó Ken, ya en plan serio—. Y es mi opinión que debes creerla. A mí el tono de su carta me parece sincero y verídico. Esas cosas suceden: la gente enferma...

—Pues a mí todo me parece más una invención que pura coincidencia. ¿Cuántas veces tiene que suceder una cosa como ésa para que tú u otra persona lleguéis a sospechar, Ken? ¿Cómo puedes saber cuándo una persona hace esas cosas con propósitos honrados?

—Pues aun así creería en ella —afirmó Ken enfáticamente—; es decir: si quisiera creer en ella. Esa carta me suena como si la hubiera escrito una persona que quiere decir exactamente cuanto en ella está escrito. Repito que la excusa que alega es un hecho que ocurre a diario. ¿Quién crees que sea? ¿Su padre o su madre? ¿Su hermano o su hermana? ¿Quién?

—Cualquiera de ellos, en mi opinión. Jamás me contó nada de su familia. Pero, por lo que sé, no está casada, de manera que no debe de ser su marido, gracias a Dios.

—Te apuesto cualquier cosa a que dentro de unos días recibes un telegrama suyo, tal como te promete en la carta. Mañana por la mañana telefonaré al administrador del club para pedirle que te envíe el telegrama a Galveston, apenas llegue.

—Ándate con cuidado, Rick, no vaya a ser una trampa —manifestó Connie—. Puede que te mande un telegrama diciendo dónde podrás encontrarla, pero tal vez su motivo para hacerlo no sea el que tú piensas.

—¿Qué quieres decir, Connie? —inquirí, preguntándome de qué sospecharía.

—Sólo se trata de una posibilidad —me contestó—. Pero razón de más para que te mantengas bien alerta cuando vayas a verla adonde te indique. No olvides que es una mujer.

Connie se levantó y fue a sentarse en el brazo de mi sillón, apretándome la mano cariñosamente.

—No sé lo que me está pasando, Rick —dijo, moviendo la cabeza lentamente—, pero estoy comenzando a desear que recibas noticias de ella y que no te esté preparando una trampa. Anoche a estas horas sentía hacia ella algo diametralmente opuesto a lo que siento ahora. Tal vez se deba a que en estos tiempos el romanticismo tarda más en saturar la atmósfera.

—Gracias, Connie —le respondí, lleno de agradecimiento—. No sabes cuánto significa para mí tenerte de mi parte.

—Creo que estás verdaderamente enamorado de ella, Rick —observó, mirándome y sonriendo—. Sinceramente. Se te ve por todos lados.

Me levanté de mi asiento y di varias vueltas por la habitación, nerviosamente.

—Si lo estoy, nada de esto me ayuda —comenté—. Me parece que lo que debo hacer es regresar a Galveston ahora mismo. Allí me puedo sentir desgraciado mejor que aquí.

—¡Por favor, no te vayas, Rick! —me apremió Connie—. Quédate aquí esta noche. Es muy peligroso que regreses con esa niebla. No conoces bien la carretera y podrías tener un accidente. Puedes regresar mañana por la mañana temprano. ¡Quédate, por favor!

—Sigo creyendo que lo mejor es que me vaya a Galveston y empiece a sentirme «desgraciado» —argüí, con una congoja que me iba en aumento—. Pero si dentro de siete días no he tenido noticias de Tess, volveré aquí por más compasión.

—No te sentirás desgraciado de aquí a Galveston —me dijo Ken, sonriendo, mientras me apretaba un brazo afectuosamente—. Ve pensando durante todo el camino en esas maravillosas «hormonas femeninas» de Tess, y ya verás cómo tengo razón.

Me acompañaron hasta la puerta y esperaron hasta que puse en marcha el motor del coche. Al arrancar me dijeron adiós con la mano, y pude distinguirlos hasta que el manto de niebla me los hizo perder de vista.

El viaje de regreso a Galveston resultó desastroso. La niebla era tan espesa que en ocasiones tenía que disminuir la velocidad a paso de carreta para no salirme de la carretera. Durante el largo e interminable camino sólo me crucé con cinco o seis automóviles y camiones, todos los cuales andaban a tientas en la tenebrosa noche, y ya eran las tres de la madrugada cuando llegué finalmente a la isla y pude encontrar

la casa. Me encontraba tan cansado y agotado que apenas caí en la cama me dormí en seguida.

A la mañana siguiente me desperté bastante tarde; ya casi la niebla había desaparecido y podía verse al sol brillando con timidez y luchando por abrirse paso. A la hora que bajé para desayunar ya no quedaban rastros de la niebla y el sol brillaba intensamente sobre la blanca playa que se veía frente a la casa. El golfo azul parecía un inmenso espejo, y estaba plácido y tranquilo bajo la luz del sol.

Después de desayunarme estuve paseando un rato por la playa, y luego regresé y fui a sentarme a la biblioteca a esperar el telegrama de Tess.

Traté de sumirme en la lectura de los manuscritos incompletos que había llevado conmigo a Galveston, pero no conseguí sentir el menor interés por las novelas cortas y cuentos que estaban parcialmente escritos y esperando a que los terminara. Más tarde me senté ante la máquina y traté de pensar en la nueva novela que quería escribir. Después de una hora no había escrito una sola palabra, y arranqué la hoja de papel y la arrojé al cesto. Ya para entonces me sentía tan sumamente desgraciado que no me importaba lo más mínimo si no volvía a escribir una palabra más en toda mi vida.

Mientras me paseaba de un lado al otro de la biblioteca, preguntándome cómo iba a poder aguantar una espera de una semana hasta saber de Tess, o ni siquiera un día, sentí de pronto el impulso incontenible de hablar con Jack Bushmillion. Con tal motivo decidí enviarle un telegrama inmediatamente, pidiéndole que acudiera a Galveston tan pronto como pudiera. Hacía varios meses que no veía a mi agente y no le había escrito desde que salí de Sarasota. Él me rogaba siempre que le tuviera informado de mi paradero y de cómo podía comunicarse conmigo por correo, teléfono y telégrafo, y confiaba en persuadirle para que acudiera a Galveston. Pero en mi fuero interno sabía que Jack no acudiría, porque sólo una circunstancia extraordinaria podría inducirle a salir de Nueva York. De todas formas redacté el telegrama, pero fue por otra razón que no lo envié. Existía la posibilidad, me recordé a mí mismo, de que recibiera noticias de Tess antes de la llegada de Jack, y sabía que en ese caso partiría inmediatamente, tanto si él había llegado como si no.

Por tanto lo que hice fue dirigirme al teléfono y llamar a Jack a Nueva York. No se encontraba en su despacho en aquel momento, pero a la media hora había regresado y estaba hablando conmigo.

—Hace una semana que estoy tratando de localizarte en Sarasota —me dijo, en un tono de voz disgustado—. Todo cuanto pude averiguar fue que habías partido y que todo el mundo ignoraba tu paradero. ¿Por qué te marchaste así? Ni siquiera dejaste una dirección en el hotel para que te enviaran la correspondencia. ¿No puedes tener un poco más de juicio? Hablé con Harvey Farthing y me aseguró que estabas en algún lugar cercano a Sarasota escribiendo un nuevo libro, y me indicó que telefonara a un tipo llamado Morpho Daugh. Logré hablar con uno que me dijo que ése era su nombre, pero no pude comprender nada de cuanto me dijo. A mí me

pareció un individuo completamente loco. Todo lo que pude entenderle fue que él también andaba buscándote. ¿Por qué te relacionas con gente loca como el tío ese? ¿Qué diablos sucede? ¿Cómo llegaste a parar a ese rincón del mundo donde ahora te encuentras, y por qué? —terminó diciendo.

—Será mejor que primero escuches mis palabras, Jack —le dije—. Es la mejor manera de explicar por qué estoy en Tejas y no en la Florida escribiendo un libro como cree Harvey Farthing. Por eso te he llamado, Jack. Quiero contarte lo sucedido. Es importante.

—¿Importante para quién: para mí o para ti?

—Para mí.

Se hizo una pausa y supuse que Jack encendía un cigarrillo.

—Está bien —dijo luego—: ¿de qué se trata? ¿Dinero o mujeres?

—Su nombre es Tess.

—¿Estás persiguiendo o huyendo?

—Estoy tratando de encontrarla.

—Cada vez me suena peor —protestó impacientemente—. Pero continúa y cuéntamelo todo. Desahógate. Ya me imaginaba yo que algo andaba mal. No es propio de ti andar por ahí sin informarme de tus movimientos. Siempre hay papeles y contratos que tienes que firmar. Ahora mismo tengo un montón de ellos sobre mi escritorio.

Le conté todo lo de Tess Dameron. No hizo un solo comentario mientras estuve hablando, y cuando terminé siguió callando.

—Y ésa es mi triste historia, Jack —le dije—. No podría ser más triste, ¿verdad?

—Ésa no es una historia triste, Rick —me contestó alegremente—. Todas las historias con finales felices empiezan así. Es tradicional. No existen novelas emocionantes sin grandes contrastes. Eso es básico. Tú me has contado el principio, pero no el final.

—¿Se te ocurre un final apropiado?

—Claro que sí. Cásate con la muchacha, por supuesto. Y cuanto antes mejor. Para eso es el amor, en las novelas y en la vida real. Baja de las nubes, Rick. Todo lo que estás haciendo ahora es desesperarte porque no has terminado la trama. No vaciles y cástate. Ése es el modo más sensato e inteligente de soltar presión. Y así habrás completado la novela con un final feliz. ¿Qué más quieres?

—No puedo casarme con ella hasta que la encuentre. Y primero tendré que proponérselo. Eso es lo acostumbrado.

—No seas tan conservador —respondió con viveza—. Ya habrá tiempo de sobra más tarde para acomodarse a las convenciones sociales de nuestros tiempos. Cuando sepas de ella toma un avión y sal pitando. Dile lo que quieres. Y después de casado, cuando te haya bajado la presión, ¡por amor de Dios!, echa el ancla en algún sitio el tiempo suficiente para escribir tu próximo libro. Ya estás seis meses atrasado. Te hablo con el corazón en la mano, Rick. La idea es que te pongas a trabajar de nuevo,

y si casándote lo logramos, pues a casarse tocan. No tengo el menor escrúpulo. Toda la estructura editorial del mundo moderno se iría al diablo y a la ruina si no existieran agentes como yo para sacudir a los autores y ponerlos a trabajar. Tú me comprendes, ¿verdad? Harvey y yo hemos discutido todos los detalles del contrato, hasta la última coma. Lo único que falta es tu firma. Recibirás dinero tan pronto impidas que te siga picando el insecto del amor y permanezcas en un sitio el tiempo suficiente para firmar el contrato.

—Pero supón que no se quiera casar conmigo, Jack —argumenté—. En ese caso no estaré mejor entonces que ahora, lo que quiere decir que volvería a encontrarme como al principio.

—Escúchame. Tú sabes muy bien cómo conseguir un propósito. Hazlo tal y como lo harías en un libro: sólo que en la vida real se requiere más energía y vigor, más agresividad, más acometividad. Tienes de todo sobradamente, y también fortaleza y determinación. ¡Magnífico! Te aproximas a ella. Ése es el primer paso. Tienes un pie en la puerta. Le pides que sea tu esposa: que se case contigo para bien o para mal. Cuando comiences a hablar de esa forma ella aguzará el oído y te responderá que ha de pensarlo. Pero eso no nos conviene. Se pierde tiempo. El libro no se escribe. Los gastos se acumulan. De manera que ejerces más presión. Ya ella se encuentra en la cámara de compresión. Y eso es lo que finalmente nos da la victoria. Ella tiene el presentimiento de que más vale que se case contigo mientras estés en ese estado de ánimo. ¿Ves qué fácil va la cosa? Está bien. Ya la tienes en las nubes. La tienes abrumada, mareada. Ya no sabe si está de pie o boca abajo, y no le importa. Lo único que piensa es que tiene la oportunidad de convertirse en una mujer casada. Eso significa que ya tienes el otro pie en la puerta. Es muy difícil para una débil muchacha cerrar la puerta si tienes tus dos grandes pies en ella. Se está diciendo a sí misma que es muy posible que no pueda encontrar otro hombre tan bueno como tú, sin contar qué sabe Dios cuánto tiempo y por dónde tendría que buscarlo. ¿Ves qué preocupada está ahora? Tu coraje y tu determinación están ganando la batalla. Se debilita a toda velocidad. Asoman unas lagrimitas a sus ojos. Eso significa que has metido otro pie en la puerta...

—Espera un momento, Jack —le interrumpí—. Ya he metido tres pies en la puerta. ¿De dónde saqué el tercero?

—Olvida el tercer pie —me contestó secamente—. Ya no lo necesitas. Determinación resuelta y firmeza de ánimo están pagando un tremendo dividendo. Ahora es ella la que quiere casarse contigo. ¿Ves cómo hemos logrado cambiar los papeles? Tú haces como el que lo piensa, por breves segundos. Luego le contestas que te casarás con ella si eso significa tanto para su felicidad, y le haces saber que también significa mucho para ti. ¿Ves cómo eso os pone a los dos a la misma altura? Y de esa manera os casáis. Un final feliz. La novela ha terminado. ¿No te parece que todo es muy sencillo?

—No lo sé, Jack —le respondí, lleno de dudas—. Pudiera no resultar tal como lo

has imaginado.

—Escucha, Rick —me dijo impacientemente—: ¿quieres que intervenga y arregle el asunto?

—No. Esto debo resolverlo por mí mismo.

—Pues entonces comienza a resolverlo —exclamó, riendo un poco—, o me veré obligado a intervenir y hacerme cargo de todo. Se tarda un año en escribir un libro y diez minutos en casarse. Date prisa y resuelve el asunto de los diez minutos para que puedas arremeter con el nuevo libro. Estaré esperando el telegrama tuyo en que me comunicarás la buena noticia.

Diez

La mañana en la isla comenzó con aire tibio y cielos azules y despejados. A distancia, y casi tocando el horizonte sur, barquitos pesqueros de blancos cascos se deslizaban por las tranquilas aguas, bajo los ojos vigilantes de las gaviotas que revoloteaban sobre ellos.

Sin embargo, al mediodía, una impresionante calma se había apoderado de la isla, una calma que a veces era presagio de las terribles tormentas tropicales que todo lo arrasaban y que, procedentes del golfo de Méjico, iban acompañadas de fuertes vientos, truenos, relámpagos y lluvia torrencial. Era, precisamente, la época del año en que los huracanes acostumbraban azotar la costa con fuerza tan devastadora que a menudo se llevaban los techos de las casas, arrancaban de cuajo los árboles y hacían naufragar los barcos pesqueros.

Mediada la tarde salí de la casa y me dirigí a la playa a bañarme. Era el día de salida de la señora Orrhad, y, aunque me había dicho que tendría mucho gusto en quedarse para prepararme la cena, ya que sabía que pensaba marcharme a los pocos días, insistí en que fuera a Houston a visitar a su hermana, tal como lo había planeado. La señora Orrhad abandonó la casa poco después del desayuno, y me dijo que su hermana la traería de regreso en su automóvil, a la mañana siguiente temprano. Previendo que no tuviera ganas de ir a comer fuera me dejó abundantes provisiones, incluso carne asada para comer fría.

Cuando llegué a la playa permanecí por un rato al borde del agua, observando el lento pasar de las grandes barcazas, cargueros y barcos petroleros frente a la isla. Diseminados, pequeños grupos de bañistas tomaban el sol en la arena y chapoteaban cerca de la orilla.

Ocasionalmente una fresca brisa que venía del mar festoneaba de blanca espuma las crestas de las azules olas. Muy lejos, y a una gran altura sobre el horizonte, negras nubes tormentosas se deslizaban por el cielo, y uno por uno los pequeños botes pesqueros, seguidos por veintenas de gaviotas, dejaban el mar abierto y se escurrían por la estrecha entrada a la bahía, donde atracaban y aseguraban bien las amarras para pasar la noche.

Después de nadar una media hora me acosté sobre la arena para leer algunas de las revistas que había llevado con tal propósito. A causa del tiempo amenazador muchas de las personas que estaban en la playa se marcharon, quedando solamente unas cuantas. Todavía hacía sol y la temperatura estaba muy agradable, y en la quietud del atardecer me fui adormeciendo, hasta quedar dormido por completo después de sólo haber leído unas cuantas páginas de una de las revistas.

Poco antes de la puesta del sol desperté. No sabía cuánto tiempo hacía que dormía, pero de lo primero que me di cuenta fue del distante ruido del trueno, que venía del golfo. Sin embargo pronto noté que no era el ruido del trueno lo que me había despertado. Alguien me había cogido el brazo y me sacudía con gran

persistencia. Abrí los ojos.

Inclinada sobre mí se hallaba una joven muy atractiva a quien nunca había visto. Era alta, vivaracha, y llevaba un vestido sin mangas, muy ligero y muy favorecedor. Su única joya consistía en un ancho brazalete de plata, y su rostro era alegre y animado. Me quedé mirándola, sin poder dar crédito a mis ojos. Como no era ni Tess, ni Connie, no tenía la menor idea de quién era ni de por qué estaba allí.

—¿Es usted Rick Sutter? —me preguntó casi sin aliento, con el ceño fruncido a todo lo ancho de su frente—. ¿Es usted?

Se arrodilló en la arena junto a mí y volvió a sacudirme.

—¡Dígame si es usted Rick Sutter!

—¿Por qué? —le dije, sin dejar de preguntarme quién era y qué hacía allí.

—Porque estoy buscando a Rick Sutter, ¡por qué va a ser! —Habló en un tono de voz impaciente y de reproche—. ¿Me oye usted?

Asentí con la cabeza, intrigado aún por su presencia. La fuerte brisa le aplastaba el ligero vestido contra el cuerpo, modelando perfectamente su contorno. Hacía tiempo que no había visto a nadie con tan provocativa belleza de rostro y cuerpo. Un instante después me di cuenta de por qué me atraía tan fuertemente: me recordaba a Tess.

—Usted es... ¿Es usted Rick Sutter?

Sin dejar el menor rastro desapareció la arruga de su frente.

—Sí —respondí.

—¡Vaya! —exclamó.

Y la joven se sonrió por vez primera. Su boca era más bien grande, y la dentadura, perfecta.

—Fui a la casa y llamé y llamé y llamé, y toqué todos los timbres que pude encontrar, pero no había nadie. —Respiró hondamente, con alivio. Hablaba con una intimidad tal que parecía como si nos conociéramos de largo tiempo—. Me alegro mucho de haberle encontrado aquí en la playa —me dijo, muy sonriente—. No sé lo que habría hecho si hubiese resultado que no era usted después de haberle sacudido tan fuertemente. ¿Siempre cuesta tanto trabajo despertarle? ¿Cuánto tiempo ha estado durmiendo? ¿Viene aquí todos los días?

Se oyó nuevamente el prolongado ruido de un trueno distante. Las negras nubes tormentosas se aproximaban lentamente a tierra y las olas se hacían más y más altas. Sin embargo el sol, ya a punto de desaparecer por el oeste, aún brillaba. Éramos las únicas personas que quedaban en la playa.

—Me llamo Nancy: Nancy Haven —exclamó la joven, como si de repente se diera cuenta de que había olvidado decirme su nombre. De pronto me percaté de que usaba un perfume muy sensual que hacía tiempo no percibía. Su olor era seductor y cautivante—. Connie Westwalker le habló de mí, ¿verdad?

—¿Connie? —pregunté, sin saber lo que la chica quería decir—. No estoy seguro. —El voluptuoso aroma del perfume me distraía y perturbaba—. Es posible que

Connie me lo dijera —añadí cuando recordé que Connie me había dicho que se preocuparía de que conociera a algunos de sus amigos—. ¡Sí, Connie me lo debe de haber dicho! —exclamé por fin.

Nancy se me acercó, levantando al mismo tiempo su ligera falda y extendiéndola en forma de abanico alrededor suyo, formando un amplio arco sobre la arena. La rápida exhibición de sus pantorrillas no fue hecha intencionadamente, sino más bien por pura despreocupación. Sus movimientos fueron seguros y delicados, y ella misma, en diversos instantes, era desconcertantemente modesta y atrevida. Aspirando el persuasivo perfume me pregunté si sería posible poder llegar a prever sus cambios tan bruscos.

—Bueno: de cualquier manera, Connie me invitó a que viniera a visitarle —me dijo con juvenil entusiasmo—. ¿No fue amable de su parte? Me dijo que no quería que se encontrara usted muy solo aquí. Connie me lo contó todo, absolutamente todo.

—¿Cuándo la invitó Connie a que viniera a verme?

—Ayer.

—Me alegro mucho de que lo hiciera —aprobé.

—¿Está usted sincera y verdaderamente contento? —me preguntó, bajando la vista en uno de sus momentos de modestia. Y al siguiente segundo, y mirándome atrevidamente, inquirió—: ¿Está usted contento o está usted siendo amable nada más?

Antes que pudiera responderle se desabrochó el vestido y se lo quitó. Sucedió tan aprisa que me quedé mudo por la sorpresa. Fue sólo después de eso que vi que llevaba puesto un exiguo traje de baño de dos piezas. Dobló cuidadosamente el vestido que se había quitado y lo colocó sobre la arena.

—¡Bienvenido a Tejas! —exclamó, observándome con una atrevida y retadora mirada.

Me senté erguido entonces y contemplé su cuerpo voluptuoso. Nancy no parecía tener mucho más de los veinte años, y conservaba todavía la fina tez femenina y la firmeza y rotundidad de la carne joven. Noté por vez primera el color de sus cabellos, de un bronceado brillante.

—Espero que le parezca bien —me dijo, sonriendo.

—Que me parezca bien ¿qué? —le pregunté sin rodeos.

—Quiero decir que espero que le parezca bien que haya venido a verle de esta manera, sin una presentación formal. A mí no me gustan las ceremonias: me gusta la espontaneidad. —Me miró como el niño pequeño que espera ansiosamente la aprobación de lo que ha hecho—. Espero que no lo encuentre mal; pero, por favor, sea completamente sincero conmigo. No resisto a las personas que no son sinceras en todo.

—¡Pues claro que lo encuentro bien! —le aseguré sin vacilar, queriendo que me creyera, y sin dejar de contemplarla. Tenía dedos largos y finos y un pequeño lunar sobre el hombro izquierdo, y piernas derechas y ágiles. La carne blanda y suave de

sus femeninas caderas respondía con ligeras ondulaciones a cada movimiento del cuerpo—. Me alegro de que viniera a verme tal como lo ha hecho —agregué encarecidamente—. Así es mucho mejor. Yo ya me siento como si la hubiera conocido hace tiempo.

—Entonces hemos comenzado bien —respondió, con una sonrisa de contento—. Un buen comienzo ayuda mucho, ¿verdad? —Sacó un cigarrillo de su bolso verde—. Al principio estaba un poco preocupada —continuó diciendo—. Nunca se puede estar segura de un desconocido, y algunos hombres se asustan fácilmente. O lo pretenden. Me alegro mucho de que no pertenezca a esa clase.

Prendí una cerilla para su cigarrillo, pero no hizo ademán de encenderlo, y tuve que arrojarla cuando me quemó los dedos.

—¿Le gusta mi «bikini», con todos los grandes espacios que deja visibles? —La pieza superior de su exiguo traje de baño apenas le cubría los senos; la inferior era ligeramente más ancha sobre las caderas—. Creo que favorece mucho, ¿no le parece?

Asentí con entusiasmo:

—Me gusta muchísimo.

Nancy se puso el cigarrillo en la boca y se inclinó hacia adelante para que se lo encendiera. Encontré las cerillas y, con manos temblorosas, prendí una. Se acostó en la arena cuan larga era, junto a mí, fumando lánguidamente su cigarrillo y observándome con una mirada interrogante y especulativa.

—Siempre deseé conocer a un autor de verdad, de los que escriben libros, no de los que dicen que los van a escribir, y ya he realizado mi deseo, y aquí estoy con usted. —Hablaba perezosa y provocativamente—. Me alegro extraordinariamente de que Connie Westwalker me pidiera que viniera a verle. Anoche estaba tan excitada que apenas pude dormir. Por eso creo que me preocupé tanto cuando no le encontré en la casa. Temí que después de todo perdiera la oportunidad de conocerle. Estaba segura de que se habría marchado con alguna otra muchacha, o algo por el estilo. Usted no conoce a ninguna otra muchacha por aquí, ¿verdad?

—No conozco a nadie en Galveston —le aseguré.

Nancy bajó la vista modestamente.

—Sería emocionante poder intimar con usted. No he pensado en otra cosa desde que Connie me habló de usted. ¿Puede hacer el amor tan deliciosamente como lo describe en sus novelas? Sé cómo escribe del amor, porque Connie me dio uno de sus libros para que lo leyera. ¿Puede hacer el amor así? No quiero decir en un libro, sino de verdad. ¿Puede hacerlo? Será de lo más decepcionante si no puede. He oído decir que los escritores son seres débiles y que no tienen virilidad, y que algunos de ellos no pueden hacer el amor de ninguna manera, a pesar de todos sus esfuerzos. ¿Por qué es eso? ¿Es verdad? Espero que no lo sea; es decir: espero que usted no sea uno de ellos. ¿No lo es, verdad que no? No sabe usted lo desilusionada que me quedaré si no me hace el amor, porque usted puede hacer el amor, ¿verdad? ¡Por favor, dígame que puede!

—No sé con exactitud lo que quiere decir —le respondí, riendo con turbación—. No recuerdo haber prestado mucha atención a esas cosas.

—Se ha avergonzado usted, Rick —me anunció, con una sonrisita burlona—. Y se ha ruborizado. No me imaginé que fuera así.

Con movimientos torpes y nerviosos acabé por encontrar un cigarrillo y lo encendí con manos temblorosas. Mientras Nancy me observaba traté de pensar en algo que decirle antes que insistiera en que contestara a sus preguntas. Con el rabillo del ojo pude ver cómo me observaba con expresión meditabunda.

—No me ha contado usted nada de sí misma, Nancy —le dije rápidamente.

—¿Qué quiere saber?

Le dije lo primero que me vino a la mente:

—¿Cuántos años tiene?

—Veintidós.

—¿Dónde vive?

—En Houston.

—¿Nació en Tejas?

—Ya lo creo.

—¿Y qué más de usted me puede decir?

—¿Qué le gustaría que le dijera?

—Cualquier cosa: todo cuanto quiera.

—Soy soltera —dijo—. Una vez estuve enamorada y comprometida, a los dieciocho. Pero no me gustaba estar comprometida, y por tanto dejé de estarlo. Tuve un despertar temprano a las realidades de la vida: perdí la virginidad hace no sé cuánto tiempo. Quiero volver a enamorarme, porque es muy emocionante, ¿verdad? ¡Hay tantas cosas maravillosas que se pueden hacer cuando se está enamorado!... Y hace que todo parezca mejor, ¿no cree? ¿Se ha enamorado usted alguna vez? Quiero decir ¿muchas veces?

Moví la cabeza afirmativamente, pero no dije nada.

—Ahora me dedico a varias actividades —continuó ella—. Sirvo de modelo, tomo lecciones de canto, juego al golf, redacto textos para anuncios de tiendas y pesco en el golfo.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo por ahora. Pero me voy a casar dentro de cuatro años.

—¿Por qué cuatro años? Eso es mucho tiempo.

—Porque me voy a casar cuando tenga veintiséis años. Lo he decidido así y es cosa hecha.

—¿Y ya sabe con quién se va a casar?

—No. Es demasiado pronto para saberlo.

—¿Por qué?

—Porque desaparecería toda la emoción cuando llegara el momento de casarse. Y eso sería tremendo, ¿no le parece? Resulta mucho más excitante cuando se piensa en

el matrimonio y no se conoce al futuro marido. Es como recibir una sorpresa que se espera. No le quiero conocer hasta seis meses exactamente antes de la boda. Eso nos dará tiempo suficiente para conocernos íntimamente, y para que al mismo tiempo nos queden también todas las emociones. ¿No lo cree maravilloso? Y eso significa que faltan tres años y medio hasta que decida quién ha de ser el escogido.

—Y mientras tanto ¿qué va a hacer?

—Lo que hago ahora y otras muchas cosas, además. Quiero hacer todo cuanto me atraiga, por lo menos una vez. Después, si me ha gustado, lo haré muchas veces. De esa manera averigüé que la pesca me gusta. Probé una vez, me agradó, y ahora salgo a pescar casi todas las semanas.

Nancy arrojó su cigarrillo. El sol ya había desaparecido y la oscuridad empezaba a rodearnos. La arena se sentía fría y húmeda.

—Creo que debemos marcharnos —le dije—. Ya se está poniendo desagradable la temperatura.

—¿Debo tomarlo como una invitación para acompañarle? —preguntó, con una tímida mirada—. ¿O voy con usted de todas maneras?

—¿No entraba eso en la invitación de Connie?

—No me dio una lista de todas las cosas que tenía que hacer.

—¿Qué fue lo que le dijo?

—Pues me dijo que quería que yo me preocupara de que no se sintiera solo.

—¿Y cómo ha de hacerlo usted?

—Pues acompañándole.

Ayudé a Nancy a ponerse en pie, y ella recogió su vestido y su bolso verde de piel. Atravesamos la desierta playa, pasando junto al coche de Nancy, y entramos en la casa.

Después de acompañarla a la biblioteca y encender las luces la dejé allí y fui a buscar hielo y vasos para las bebidas. Cuando regresé, Nancy se hallaba de pie en medio del aposento. Todavía iba descalza, y sus llamativos cabellos estaban despeinados y alborotados por el viento.

—Me agrada usted mucho, Rick —manifestó, en un tono de voz serio e intenso—. De veras que sí. Así es como le había imaginado.

Se acercó y me rodeó el cuello con los brazos. Su piel y su cabello estaban impregnados de aquel perfume sensual. Apretó su boca contra la mía y me dio un prolongado beso.

—¿Te gusto, Rick? —me preguntó después.

Le aseguré que sí.

—¡Lo anhelaba tanto!... —me dijo.

Su cuerpo se movía nerviosamente, dejándome sentir la suave presión de sus senos y muslos.

—Quiero que me prometas una cosa, Rick.

—¿Qué es?

—Prométeme que no pensarás en esa otra muchacha. Por favor, no se te ocurra hacerlo. Ya sabes a quién me refiero: a esa de quien me habló Connie. Se me ha olvidado su nombre, y además no quiero saberlo. Por favor, no pienses en ella esta noche. No podría resistir que pensaras en ella mientras me estuvieras haciendo el amor. Tienes que prometérmelo, porque es importante. ¡Te juro que no lo podría resistir, Rick! ¡Te lo juro! ¡Sucedería algo horrible! ¡Sé perfectamente lo que te estoy diciendo! —Nancy temblaba mientras hablaba—. ¡Me volvería loca! ¡Te lo juro!

—No te preocupes de esa manera, Nancy —le dije, tratando de evitar que se exaltara.

La abracé y apreté fuertemente contra mí. Su cuerpo era ardiente y flexible, y su boca, cuando tocaba la mía, estaba húmeda y sensual como su perfume. Gradualmente el fuerte temblor que la poseía fue cediendo el paso a la calma y la compostura.

Después de un rato, y sin pronunciar palabra, Nancy se separó de mí y se sentó en el sofá. La tormenta, que desde entrada la tarde había ido avanzando sobre la costa, descargó súbitamente sobre la isla en una furia de sonido. Desde que entramos en la casa me había olvidado por completo del tiempo amenazador. El viento y la lluvia batieron con ruido ensordecedor el tejado y las ventanas, y pronto el resplandor de los relámpagos y el retumbar de los truenos invadía la noche. Miré a Nancy, pero aquello no parecía importarle ni asustarla.

—Me gustaría un *whisky* con hielo, Rick —me dijo, muy tranquila.

Bajo el rugido furioso de la tormenta preparé las bebidas y las llevé al sofá. Nancy, sin decir palabra, se bebió todo el *whisky* que le di y me alargó el vaso vacío.

—Ahora otro para tomarlo con calma —solicitó alegremente—. El primero por la amistad, el segundo por el acercamiento, y los demás por lo que tú quieras.

Me levanté y preparé un doble *whisky* con hielo para Nancy, que empezó a tomarlo lentamente a sorbitos, mientras escuchaba el bramido del viento y la lluvia. Los truenos, los relámpagos y las ráfagas huracanadas siguieron su marcha tierra adentro rápidamente, aunque la lluvia continuaba cayendo pesadamente contra el tejado y las ventanas. Como corolario de la tormenta era de esperar que el aguacero durase hasta la mañana.

Nancy acabó su bebida.

—Ahora quisiera darme una ducha —anunció con la mayor naturalidad, levantándose del sofá. Se dirigió a la puerta, y al llegar a ella se volvió—. ¿Tú no quieres ducharte también, Rick?

—Usa la ducha del cuarto de huéspedes —le dije—. Yo usaré la de mi cuarto.

Salí con ella de la biblioteca y la dejé ante la puerta del cuarto para invitados, siguiendo luego por el pasillo hasta mi aposento. Me quité los pantalones de baño y me metí en la ducha. De pronto, cuando apenas habían transcurrido unos minutos, se corrió la cortina y Nancy se metió en la ducha conmigo. Aunque no esperaba que apareciera de aquella manera, no me sorprendió lo más mínimo. Nancy volvió la

cabeza con gesto de modestia cuando observó cómo la miraba.

—No estaba segura de cómo se abría la ducha en el otro baño —declaró, evitando todavía mirarme—. Por eso vine aquí contigo, porque me imaginé que también te estarías duchando.

Bajo la lluvia de agua su alto y esbelto cuerpo lucía todavía más firme y juvenil que en la playa con su exiguo traje de baño. El suave modelado de las caderas era decididamente femenino, así como la delicada curva de su espalda, graciosa y atractiva. Nancy estaba completamente tostada por el sol, con excepción de una estrecha franja de piel blanca sobre los senos y una más ancha alrededor de las caderas.

Ya para entonces nos estábamos mirando con penetrante fijeza el uno al otro. A medida que la observaba más, una expresión de miedo fue cubriendo lentamente su rostro.

—¿Qué te pasa? —dijo perentoriamente, con voz enronquecida—. ¿Por qué me estás mirando de ese modo?

Sentí claramente una sensación aguda de remordimiento. El caer en la cuenta de que Nancy era Nancy y que no era Tess fue mi ruina. De la única sensación de que tenía conciencia era de haber perdido todo el deseo que sentía por Nancy, como si lo hubieran cortado con un cuchillo. A medida que pasaba el tiempo iba sintiendo que una especie de torpor me invadía el cuerpo.

—¡Ya sé lo que ha pasado! —exclamó Nancy en tono acusador y voz aguda—. Has hecho precisamente lo que yo quería que me prometieras no hacer. Estás pensando en esa otra chica. Tú no quieres hacerme el amor a mí: se lo quieres hacer a ella. Connie me advirtió que no me harías el amor, hiciera lo que hiciera, y no la quise creer. Creí que podría lograrlo. Ahora ya sé la verdad: eres un impotente.

Nancy me dirigió una mirada fría, penetrante y amarga, a través del agua de la ducha.

—¡Pues, hijo!... —me habló acompasada y despreciativamente—. Yo que tú me quitaría los pantalones y me pondría un vestido de mujer. Si vas a seguir en ese plan de inútil, te sentirás más a gusto con esa ropa. Me he metido en esta ducha contigo, y ¿qué es lo que ha sucedido? ¡Nada! ¡Absolutamente nada! Yo creí que tenías algo de virilidad. Si no fueses lo que eres, me sacarías de aquí en brazos y me harías cosas que jamás pudiera olvidar. Y si tuvieses una pizca de hombría, me darías una paliza si trataba de resistirme. Pero ¿qué ocurre? ¡Nada, absolutamente nada! ¡Yo soy una chiquilla, maldita sea! ¿Y tú?... ¿Qué demonios eres tú?... ¡Un escritor, o algo parecido!... ¡Un chófer de camión sabría cómo tratarme, y eso es lo que voy a hacer: voy a buscarme uno! ¡Dios sabe que ya sé cuanto quería saber acerca de autores y escritores! ¡Nunca más! ¡Ya aprendí mi lección!

Salió de la ducha y partió corriendo por el pasillo al cuarto de invitados. Cuando acabé de secarme y vestirme, ya Nancy se había puesto su ropa y estaba en la puerta. Llegué allí en el momento que salía corriendo, bajo la lluvia, hasta su coche. La llamé

varias veces, pero ni me respondió, ni miró hacia atrás una sola vez.

A los pocos instantes partía a toda velocidad, perdiéndose en la oscuridad de la noche.

Once

A primeras horas de la mañana del sexto día de estar en Galveston, un soleado miércoles de primavera, y cuando ya la creciente ansiedad no me dejaba pegar los ojos por las noches ni sentirme tranquilo de día, llegó el prometido telegrama de Tess. Ya hacía dos días que tenía en las maletas parte de mi ropa y manuscritos, para no perder tiempo. Afortunadamente encontré sitio en el avión cuando llamé para reservarlo, y menos de cuatro horas después ya estaba a bordo del aparato y volando hacia ella.

Como partí de Houston con tanta prisa apenas tuve tiempo de telefonar a Connie desde el aeropuerto, para decirle con gran excitación que había tenido noticias de Tess, tal como pronosticó Ken, y que aquella misma noche me encontraría con ella en Colorado Springs.

Tan pronto terminé de contarle lo del telegrama me preguntó Connie, escogiendo cuidadosamente las palabras, si había visto a Nancy Haven en Galveston. Le contesté que sí.

—Y ¿qué sucedió, Rick?

—Pues creo que, en adelante, Nancy concentrará su interés en los hombres que no sean escritores —le respondí.

Después de eso no volvió Connie a mencionar a Nancy, y me pareció sinceramente contenta de que la larga espera por noticias de Tess hubiera terminado tan felizmente.

Ello no obstante, y esto era una advertencia muy característica de Connie, me instó a que me asegurara de que ambos estábamos verdaderamente enamorados el uno del otro antes de pedir a Tess que se casara conmigo, y me recordó que el amor lo mismo podía tener consecuencias desastrosas que estar lleno de dicha y felicidad. Antes de colgar aseguré a Connie que seguiría su consejo al pie de la letra. Sus últimas palabras fueron:

—Rick, si en esta ocasión, o en otra cualquiera, sufres algún disgusto serio, ya sabes que puedes contar siempre conmigo para ayudarte a reparar los daños.

Ya llevaba un buen rato en el avión, y estaba relejendo por séptima u octava vez el telegrama, cuando me percaté de que el mensaje telegráfico había sido puesto en la ciudad de Kansas. Hasta que pudiera preguntárselo directamente a ella, lo único que se me ocurría era que Tess había ido de Houston a Kansas a visitar a un pariente enfermo, y que ahora abandonaba aquella ciudad para ir a trabajar a la de Colorado Springs.

El repentino descanso de la tensión a que había estado sometido toda aquella semana fue tan grande en sus efectos que poco después me quedé dormido, y la azafata tuvo que sacudirme varias veces para despertarme antes que el avión aterrizara en Colorado Springs.

Luego del clima tropical y caliente de la costa del golfo, el aire frío de principios

de mayo en Colorado me hizo temblar cuando descendí del avión. Soplaban una brisa impregnada del aroma de las montañas, que le hacía sentirse a uno con más energías. El panorama era tan diferente que la sensación era como si despertara en una región extraña del mundo. Las ondulantes y pobladas colinas, verdes con el nuevo follaje de la primavera, se extendían al pie de las montañas, y hacia el oeste, y dominando a todo cuanto las rodeaba, se alzaba la majestuosa cordillera de las Montañas Rocosas, en cuyas crestas aún permanecían las nieves del invierno.

Ya estaba avanzada la tarde, y Tess me decía en su telegrama que nos encontraríamos a las siete. Me dirigí al hotel, donde me di una rápida ducha y me arreglé para ir al «Frontier Bar», lugar de la cita. Desde la amplia ventana de mi habitación podía ver la cima cubierta de nieve del Pike's Peak, y tuve oportunidad de presenciar un espectáculo que no había visto desde hacía mucho tiempo: la desaparición del sol detrás de las altísimas montañas, dejando un prolongado resplandor púrpura. Parecían haber transcurrido semanas y no horas desde mi partida de la costa del golfo.

Después de tantas decepcionantes experiencias de las pasadas dos semanas se hacía difícil creer que pudiera ser verdad, pero el hecho es que, sentada a una de las mesas del salón, estaba Tess Dameron. Una joven a la que nunca había visto se sentaba junto a ella.

Tess, que sin duda estaba observando a ver si me veía, me hizo señas con la mano tan pronto entré. Por alguna causa me pareció menos alegre y vivaracha de como imaginé que estaría; no obstante, para mí estaba tan encantadora y deseable como siempre, y me pregunté si estaría tan contenta de verme como yo de verla a ella.

Me senté a su lado y le apreté fuertemente una mano. Hubiera querido besarla; pero, dadas las circunstancias, y en un lugar público, me pareció prudente no hacerlo. Estaba seguro de que ya tendría una oportunidad mejor durante la noche. En aquellos primeros instantes me presentó a la otra joven, pero yo estaba tan emocionado que después no recordé haber oído el nombre de la desconocida muchacha.

—Recibiste mi telegrama, ¿verdad? —me preguntó Tess, frunciendo ligeramente el ceño. El tono de su voz me dio la impresión de que no estaba tan contenta de verme como habría podido estarlo—. ¿Lo esperabas realmente?

Le contesté que lo había estado esperando una semana entera.

—De manera que has venido a Colorado Springs únicamente para verme, ¿no es así?

Estuve seguro de que su pregunta encerraba la incertidumbre que la había dominado de que no acudiera a verla desde tan lejos y con sólo unas cuantas horas de previo aviso. Su voz era tan vibrante y sus movimientos tan fascinantes como siempre. Llevaba puesto un traje oscuro muy favorecedor y un sombrero de un tono fuerte de rojo.

—No estaba segura de que opinaras que un viaje tan largo valiera la pena... ¡Tener que venir hasta Colorado! Pensé que tal vez recibiría un telegrama tuyo

diciendo que no podías venir.

Ya para entonces, y a causa sin duda de la inflexión de la voz y a una notable indiferencia y frialdad en su saludo, había llegado a la desagradable conclusión de que no estaba contenta de verme. Traté de arrojar de mi mente aquel molesto pensamiento.

—La distancia no me importó —le respondí, apretando su mano—, excepto por lo mucho que tardé en llegar. Lo que importa ahora es que tendré la oportunidad de hablarte. Ha pasado mucho tiempo desde aquella noche en Cayo Siesta. Hay muchas cosas de las que quiero hablarte, Tess. Cosas importantes. Y se han ido acumulando en estos días, y entre todas ellas hay una muy especial. Yo creo que sabes de cuál se trata.

Durante el silencio que siguió me observó como si pudiera leer los pensamientos que me embargaban. Todavía más fuerte que antes, tuve entonces la sensación de que estaba triste o disgustada por algo. Una vez más traté de hacerme el tonto.

—Tú sabes de lo que quiero hablarte, ¿verdad, Tess? —le dije.

—No digas esas cosas, Rick —respondió, con un rápido movimiento de la cabeza, como si se hubiera preparado para descorazonarme—. No me gustas cuando te pones tan solemne. Por favor, no te pongas así.

Eché un vistazo a la otra muchacha. No había pronunciado una sola palabra, pero escuchaba con marcado interés. Me di cuenta entonces de que había oído cuanto habíamos hablado. Después de eso bajé la voz.

—Pero se trata de un asunto serio para mí, Tess —insistí—. Tú conoces mis sentimientos hacia ti, ¿no es verdad? Estoy seguro de que no te has olvidado. Te he echado muy de menos desde aquella noche en la playa de Sarasota. ¿Tú no me has echado de menos ni un poquito?

Tess retiró su mano de la mía.

—¿Qué te pasa, Tess? —le pregunté con ansia.

—Preferiría hablar de otras cosas —me contestó, con marcada frialdad.

—Pero, Tess...

Apretó los labios con fuerza al mismo tiempo que sacudía la cabeza con un gesto de determinación. Su actitud era la de una persona que ha sido profundamente ofendida.

La «chica-coctel» se acercó a tomar nuestra orden. Observé a Tess y a su amiga, que miraban desdeñosamente a la «chica-coctel» mientras se dirigía al bar.

—Laverne y yo empezamos a trabajar aquí mañana por la noche —dijo Tess, de manera casual—. Laverne ha trabajado aquí anteriormente, pero yo no. Ésta es la primera vez que vengo a Colorado Springs. Hace un año trabajé una temporada en Denver. No sé por qué nunca he venido antes aquí.

—Todavía no ha empezado la temporada en Colorado Springs —anunció la otra joven, hablando por primera vez y mirándome directamente mientras lo hacía—. Falta como un mes para el comienzo de la estación veraniega y para que lleguen los

grandes ricachos de Tejas y Oklahoma. Entonces es cuando las propinas valen la pena. Y eso dura todo el verano. Es fácil llevarse a casa de ciento cincuenta a doscientos dólares a la semana, y eso compensa por el tiempo muerto.

—Eso suena a Miami en el mes de febrero —observó Tess.

—Así de bueno es —asintió, haciendo un gesto a Tess—. Las propinas de cinco y diez dólares de Tejas y Oklahoma se acumulan rápidamente. Pero en la actualidad casi las únicas personas que hay en la ciudad son estudiantes universitarios, y pocos que pasen de los veintiún años, lo que quiere decir que hay que vigilar continuamente las tarjetas para ver la edad. Y tienes suerte si te dejan diez centavos de propina. Generalmente no dejan nada. Así era cuando estuve aquí hace un año. —La joven me sonrió. Sus ojos eran brillantes y atractivos—. ¡Esos estudiantes! Me gustaría que los dejaran encerrados más tiempo en la escuela de párvulos. Todo lo que saben hacer es mirar, mirar y mirar. Los hombres de mediana edad quieren hacer citas, y los viejos quieren acariciarnos y tocarnos. Yo puedo arreglármelas con todo eso, excepto con las miradas. ¿Qué se puede hacer con eso? A veces me hacen creer que se me están cayendo los pantalones, y llego a sentir ganas de quitármelos y arrojarlos al suelo.

La «chica-coctel» llegó con las bebidas y, con torpes movimientos, las colocó frente a nosotros. Tess y Laverne la observaban con más hostilidad aún que la que habían mostrado la primera vez, pero no hicieron comentarios hasta que se retiró.

—Esa persona está completamente fuera de lugar aquí —dijo Tess, inclinándose sobre la mesa y hablando a Laverne en tono de intimidad—. Parece una novata tratando de hacerse pasar por una «chica-coctel». Cuando emplean a gente así se daña a la profesión. Deberíamos tener un sindicato que evitara esas cosas. Apostaría a que hace por lo menos tres semanas que no se ha lavado la cabeza. ¡Fíjate cómo tiene el pelo! ¡Y fíjate qué caderas tan abultadas! Camina como si acabara de salir de detrás del mostrador de un cafeticho de tercera o cuarta categoría. Me alegro de que se marche y no esté trabajando aquí cuando empecemos nosotras. No me gustaría trabajar con una persona así. No es una «chica-coctel». Cualquiera puede decir lo que realmente es. Y allí es donde debe estar.

—Y en mi opinión tampoco sirve mucho para eso —comentó Laverne, echándome rápidas miradas.

Las dos siguieron conversando en voz baja, y ya no pude oír nada más de lo que decían. Laverne parecía tener la misma edad que Tess. Era una joven de esbelta figura, animada, atractiva, con largos cabellos de un castaño dorado y labios gruesos y sensuales. De tez blanca y suave, con algunas pequeñísimas y casi imperceptibles pecas en las mejillas que la favorecían mucho. Por primera vez me di cuenta de que Laverne era bonita y llamativa, y cuanto más la miraba más atractiva la encontraba. Tenía un modo muy seductor de mirarme intensamente hasta que nuestros ojos se encontraban, y entonces bajaba rápidamente los suyos en un gesto tentador.

Cuando terminaron de hablar, nadie pronunció palabra durante un rato. De pronto Tess se volvió a mí como si hubiera recordado que yo estaba allí.

—Los tres podemos cenar juntos esta noche, Rick —me dijo, algo bruscamente—. Laverne y yo no volveremos a tener otra oportunidad como ésta por algún tiempo. Probablemente no tendremos las mismas noches libres mientras trabajemos aquí. Tú me comprendes, ¿verdad? También puede que ésta sea la única ocasión en que podamos estar juntos los tres. —Hizo una pausa, y noté la mirada que dirigió a Laverne—. ¿No te parece bien, Rick? ¿Los tres juntos?

—¡Ya lo creo que sí! Cenemos juntos los tres —asentí, sin el menor entusiasmo. No esperaba que Laverne viniera con nosotros, y hubiera deseado hallarme a solas con Tess; pero estaba tan contento de estar a su lado que hubiera aceptado cualquier condición que me hubiera impuesto—. Me alegro de que puedan venir las dos —agregué.

—Gracias por invitarme, Rick —dijo Laverne, sonriendo. Se inclinó sobre la mesa hacia mí, mirándome pensativamente. Noté por vez primera que llevaba un vestido de lana muy ceñido al cuerpo y un sombrero blanco con un lacito—. Me gustaría acompañarlos, si no le importa. Tess me ha hablado tanto de usted que ya no me parece un extraño. Pero ni por un momento se me ocurriría ir sin estar segura de que tanto usted como Tess así lo desean.

—Me alegro de que venga con nosotros —le dije.

Laverne y Tess cambiaron una rápida mirada, pero nadie habló más.

Continuamos allí sentados hasta terminar las bebidas, y luego salimos y tomamos un taxi. Durante los siguientes diez o quince minutos rodamos en dirección oeste hacia Manitou Springs. Me senté entre las dos y durante todo el camino tuve una mano de Tess entre las mías. De tiempo en tiempo sentía a Laverne apretándose contra mí.

—¿Cuándo puedo verte otra vez, Tess? —le pregunté poco antes de llegar al restaurante, bajando la voz y acercando mi cara a la suya—. Quiero verte lo antes posible... a solas.

—El domingo será mi día libre.

—¡Pero faltan tres días!... Quiero verte antes. Por eso estoy aquí.

—Tendré libres el día entero y la noche, Rick —manifestó, sin conmoverse—. Podremos ir al campo, escalar montañas, o ir adonde nos parezca. Será mejor esperar hasta el domingo. Eso es lo que yo preferiría hacer.

—¿Tú y yo solos? —le pregunté, apretándole la mano.

—Naturalmente —me respondió—. Nadie más.

—Entonces vendré a recogerte el domingo al mediodía en punto.

—Estaré lista —me prometió.

De pronto me vino a la mente lo ocurrido en Nueva Orleans y en Houston.

—Tess, no te marcharás de la ciudad antes, ¿verdad? —le pregunté ansiosamente.

—Claro que no —respondió.

Llegamos al restaurante, entramos y pedimos unas copas y la cena. Sentado entre Tess y Laverne, hablaba poco, preguntándome acerca de sus relaciones. Parecían ser

amigas íntimas, y hablaban de lugares donde se habían visto, en la Florida, California y otros. A juzgar por su conversación, ambas iban frecuentemente de un lugar a otro, de acuerdo con las estaciones del año, pero por regla general no viajaban ni trabajaban juntas. Además se escribían de tarde en tarde, y hasta combinaban encuentros, como en esta ocasión de Colorado Springs.

Después de cenar tomamos otro taxi y regresamos a la ciudad. Tess dijo que ella y Laverne querían seguir conversando, ya que hacía unos seis meses que no se habían visto, y me pidió que las dejara a la entrada de su apartamento. Quise besar a Tess antes de separarme de ella, pero cuando lo intenté se separó rápidamente de mí y, con ambas manos, impidió con determinación que me acercara nuevamente. Ya no sabía qué pensar de su actitud hacia mí, pero me sentía completamente desgraciado. Regresé al hotel y, de muy mal humor, me puse a deshacer las maletas. No cesé de pensar en el final tan triste de un día que había comenzado con tantas esperanzas.

Ya eran alrededor de las diez y media cuando me acosté, para leer un rato antes de tratar de dormirme.

No mucho después de empezar a leer, quizá sólo había transcurrido un cuarto de hora, alguien llamó a la puerta. Pensando que fuera un botones con algún mensaje o un telegrama, me levanté y abrí. Pero en su lugar estaba Laverne. Me sonrió y, sin decir palabra, entró en la habitación. Permanecí en la puerta mirando por el pasillo, esperando ver a Tess, pero ésta no apareció. Entré entonces y cerré la puerta. Laverne se había sentado en el brazo de un sillón grande que estaba situado cerca de una de las ventanas. Llevaba el mismo vestido, pero se había quitado el sombrero blanco.

Nos estuvimos contemplando un rato, sin decir palabra, hasta que una sonrisa conciliadora apareció en su rostro.

—Apuesto a que no pensaba volver a verme esta noche, ¿no es cierto, Rick? —inquirió, con un coquetón parpadeo de sus hermosos ojos castaños—. ¿O me equivoco?

—No, no se equivoca en absoluto —le respondí, sorprendido.

—¿Soy entonces una sorpresa agradable?

—No lo sé.

—Pero no está enfadado porque estoy aquí, ¿verdad? —dijo.

Negué con la cabeza, guardando silencio.

—No quiero que se enfade, Rick —continuó diciendo—. Quiero que esté contento.

Quitándose la chaqueta, Laverne se dirigió a la cama y se sentó. Mientras la observaba, preguntándome qué significaba todo aquello, se quitó los zapatos, después se soltó las medias, se las quitó y las colocó sobre la silla.

—¿Sabe Tess que está usted aquí? —le pregunté, inquieto.

—¡Claro que sí! —respondió, sonriente—. ¡Claro que lo sabe!... Si no, no estaría aquí, ¿no le parece?

—No sé qué significa todo esto —dije en voz alta. Un torbellino de locos

pensamientos me embargaba—. No sé qué pensar —añadí tristemente—. No entiendo nada.

Observé cómo se reía ante mi desasosiego.

—¿Qué quiere usted? ¿Para qué ha venido? —pregunté.

Laverne me hizo seña de que fuera junto a ella. Como atraído por su voluntad atravesé la habitación y me senté a su lado. Colocó su tibia mano entre las mías. Desde donde estaba sentado podía contemplar en la lejanía los altos picos de las montañas, que reflejaban la luz de la luna en sus blancas crestas nevadas, mientras sentía el tibio contacto de sus dedos sobre mi mano y brazo. Por largo rato permanecí junto a ella, sintiendo un hormigueo producido por espasmos alternos de calor y de frío.

—Rick —la oí decir—, he venido a verle, y por eso estoy aquí. ¿Comprende ahora? Usted me desea, ¿verdad? ¿No está contento? ¿No está ni un poquitín contento de tenerme aquí?

No supe ni qué contestar. Me volví y la interrogué con la mirada.

—Yo creí que le gustaría que viniera a verle esta noche, Rick. Creí que le complacería. Observé cómo me miraba muchas veces en el bar, y en el restaurante también. Se encuentra muy solo, ¿verdad? Eso se ve a simple vista. Pero no lo estará conmigo a su lado. Y eso lo sabe, ¿no es así?

—Yo vine a ver a Tess, y por eso estoy aquí, y eso usted lo sabe, ¿no?

Movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Sí lo sé. Pero no está con ella, ¿verdad? Ni siquiera le dejó esta noche que la besara.

Me quedé mirando los zapatos de Laverne, que estaban sobre el suelo. Eran elegantes y delicados. Los recogí y los puse sobre la silla, junto a las medias.

—¿La envió Tess aquí? —No sabía por qué se lo preguntaba, pero algo me hacía pensar que Tess la había mandado—. ¿Fue ella?

Movió lentamente la cabeza en señal de asentimiento.

—Pero no se enfade, Rick. Por favor, no. Me gustó usted desde el primer momento que le vi esta noche. Me atrae mucho, y eso me pasa con muy pocos hombres, porque soy muy especial. Ya se irá dando cuenta.

Separó su mano de la mía y me pasó los dedos por el cuello.

—Laverne, ¿está segura de que Tess sabe dónde está usted? —le pregunté ansiosamente—. ¿Sabe que ha venido aquí?

—Sí, Rick. Ella me pidió que lo hiciera.

—¿Por qué? —exclamé, asombrado—. ¿Por qué ha hecho eso?

—No lo sé. Tendrá que preguntárselo a ella. Ignoro sus motivos. Me dijo que quería que le hiciera un favor, sin hacer preguntas, y eso es todo cuanto sé, y por eso estoy aquí.

Ya no quedaba duda alguna en mi mente: Tess trataba de eludirme. Ya lo había logrado en Nueva Orleans y en Houston, adrede o por accidente, y ahora lo estaba

consiguiendo nuevamente en Colorado Springs. Por algún motivo me había hecho ir allí para verla, y sin embargo había enviado deliberadamente a Laverne a mi habitación del hotel. Y aún más: también era posible que, como parte de su plan, hubiera hecho que Laverne se encontrara con ella en Colorado Springs.

—Escúcheme, Laverne —exclamé, ya molesto—: usted debe de saber por qué Tess la ha dejado venir aquí esta noche, o por qué la envió deliberadamente. Existe una razón, un motivo. De todos modos, usted sabe muy bien que no estaría aquí ahora. ¿Por qué lo hizo?

—Créame, Rick —contestó, anhelante—: no lo sé, como tampoco sé por qué no quiere estar a solas con usted. Es extraño que le rehúya, pero así es. Por alguna razón ocurre a veces que las personas se enredan y complican sus vidas de mala manera, y luego hacen lo indecible por desenredarlas. Tess sabe muy bien que yo no significo nada para usted, excepto tal vez ahora que nos encontramos juntos y solos. Puede que sea su modo de expresarle sus sentimientos, o de hacerle ver que no le quiere, cosa a la cual me inclino más. He pensado en esto desde que me pidió que viniera a verle aquí. Todo lo que se me ocurre es que ella cree que usted y yo nos vamos a gustar tanto que después de esta noche usted me querrá a mí en lugar de a ella. La gente hace toda clase de cosas extrañas cuando quiere algo a toda costa, o cuando no lo quiere.

—Pero, entonces, ¿para qué me envió un telegrama diciéndome que me esperaba en Colorado Springs?

—Tal vez por la misma razón que a mí me envió otro diciéndome que me reuniera aquí con ella. Yo creo que confía en que yo ocupe su lugar, para que usted no continúe siguiéndola por todo el país.

Yo estaba aturdido.

—No comprendo absolutamente nada —dije.

—Ni yo tampoco, Rick —afirmó Laverne, en tono de consuelo—. Tess es muy desgraciada por algo de su vida; pero nunca se ha confiado a mí, a pesar de ser su amiga más íntima desde hace varios años. Sin embargo, creo que es algo que sucedió en Kansas hace unos dos años y de lo que nunca se ha repuesto.

—¿Qué fue lo que sucedió en Kansas?

—¿No se lo contó a usted?

—No.

—Entonces tendrá que preguntárselo a ella, Rick. Me hizo prometerle que no hablaría de eso con usted.

—¿Para qué fue a Kansas la semana pasada? ¿Lo sabe usted?

—¿No se lo dijo Tess? Su hijita enfermó.

—Ni siquiera sabía que tenía una niña. ¿Está casada?

—Ahora no: está divorciada. ¿Acaso Tess no le cuenta nunca nada de ella?

En lugar de contestar a Laverne me levanté y me dirigí a la ventana, desde donde contemplé a lo lejos las nevadas montañas. Permanecí allí un largo rato, pensando en

Tess y preguntándome por qué habría tomado la determinación de eludirme. Una vez, en Cayo Siesta, me dijo que se sentía feliz conmigo; pero desde entonces no había hecho más que huir de mí. Y ahora era evidente que había planeado que Laverne me sedujera. De pronto me sentí enlazado por los brazos de Laverne, y dándome perfecta cuenta de lo que hacía, pero sin fuerzas para resistir el perfume de su cuerpo y la tentación de su boca, la estreché fuertemente entre mis brazos y la besé con avidez. En aquel instante cerré los ojos y Laverne se convirtió en Tess Dameron. Sentí mi cuerpo invadido por una oleada de fuego y de deseo, y durante mucho tiempo continué saboreando el dolor estremecedor de su beso.

Doce

Ya era muy tarde cuando desperté a la mañana siguiente, y mediodía cuando tomé el desayuno. Tan pronto regresé a mi habitación llamé por teléfono a Jack Bushmillion en Nueva York. Allí ya era por la tarde y le encontré en su oficina.

A juzgar por el tono de su voz no me cupo la menor duda de que Jack hacía media hora que estaba sentado ante su mesa esperando mi llamada, y sin perder un segundo, con su agresividad acostumbrada, empezó a formular preguntas. Cuando hablaba por teléfono, en cualquier oportunidad y de cualquier tema, rara vez perdía el tiempo en saludos y despedidas. Esta vez ni siquiera dijo «¡Hola!».

—He estado esperando esta llamada desde que terminé de almorzar, Rick —me dijo—. Te has demorado mucho.

—¿Y cómo sabías que te llamaría hoy?

—Es mi negocio: el que no anticipa no procrea. ¿Dónde estás, Rick?

—En Colorado Springs —le contesté.

—¿Dónde está eso?

—Donde siempre: en Colorado.

—¿Y dónde está Colorado?

—Está en el mapa del libro de geografía de quinto grado.

—Eso lo estudiaríamos uno de los días que hice novillos.

—Yo ni creo que llegases al quinto grado.

—¡Está bien, está bien!... ¿Por qué estás dondequiera que estés?

—Ya sabes lo de Tess... Te lo conté cuando hablé contigo desde Galveston.

—¿Quieres decir que se trata de la misma chica?

—¡Pues claro!... ¿Qué te creías?

—¿Y la has seguido hasta allí?

—Y lo más aprisa que pude.

—He oído hablar de seguir a una mujer por dos o tres calles, y hasta al otro lado de la ciudad, si la cosa parecía prometedora; pero esto de perseguirlas por todo el país es algo que no conocía. ¿Se trata acaso de una nueva tendencia antropológica? Puede ser que me esté volviendo anticuado.

—Si conocieras a Tess como yo, te apuesto a que dejarías todo y darías la vuelta al mundo por ella.

—Sí; pero si hiciera semejante cosa, me detendría a lo largo del camino para que me reconocieran la cabeza.

—A mí no me da vergüenza alguna decir que estoy loco por ella.

—Si esto continúa mucho tiempo más, puede que yo sí me avergüence de decir que soy agente tuyo. ¿No te das cuenta de que ocurren muchas cosas importantes en el mundo? Echa un vistazo a la política, a la economía, a la ciencia, a la guerra. Examínalo todo bien, Rick, y luego trata de reaccionar.

—Esto es una cosa personal, Jack. Llegan ocasiones en la vida en que los asuntos

personales son de mucha mayor importancia para el bienestar de un individuo que todo lo demás que acontezca en el mundo. Eso ha sido así desde el comienzo de la raza humana, o por lo menos desde el comienzo de la civilización.

Se hizo una pausa, durante la cual supuse que Jack estaba encendiendo un cigarrillo.

—¿Ya cerraste el trato, Rick? —me preguntó, en tono afable.

—No; pero estoy en eso.

—¿Estás seguro de que no quieres que me ocupe en ese asunto? Continuamente resuelvo asuntos de esa clase a mis clientes. Es parte de los servicios que presto por un miserable diez por ciento.

—Gracias; pero yo puedo resolverlo.

—¿Dónde pasarás la luna de miel?

—Ya te lo comunicaré.

—¿Y cuándo empezará esa luna de miel?

—Uno de estos días.

—Escúchame, Rick —me dijo, tal y como si hubiera estado esperando la oportunidad para darme instrucciones precisas—. Fíjate bien en esto. Quiero que guardes todos los recibos y facturas de tus gastos, para cuando haya que hacer la declaración para el impuesto sobre la renta. Eso es muy importante. Guarda cualquier papel que caiga en tus manos, por insignificante que te parezca. Te diré el motivo. Haremos que tu luna de miel se pague a sí misma varias veces. Será un gasto deducible para ti, fundándose en que estabas recogiendo material para una novela. ¿Te das cuenta ahora? Está bien. Esto es lo que quiero que hagas: quiero que tu viaje de luna de miel lo hagas por caminos poco frecuentados y a un lugar poco conocido. Ya lo tengo todo planeado en mi imaginación. Harás lo mismo que haces cuando vas por ahí recogiendo material y tomando notas para cualquier escrito. Sé dónde puedo colocar un artículo para revista, a un precio favorable. Procura tomar una buena cantidad de notas referentes a tus actividades y experiencias durante las veinticuatro horas del día. Me refiero a la parte de interés humano, por supuesto. Olvida que se trata de tu propia luna de miel, y hagamos que sea una luna de miel memorable y envidiable para cinco millones de lectores de ambos sexos. Y cuando escribas el artículo procura que tenga entre cuatro mil y cinco mil palabras, y haz gran hincapié en la parte amorosa hasta el mismísimo final. Eso es lo que los tacaños que editan las revistas compran en la actualidad. No cargues demasiado la mano en la parte literaria de la narración... Lo que quieren los lectores es un relato detallado y minucioso del aspecto romántico de una luna de miel por lugares apartados y fuera de las rutas turísticas, con pormenores y consejos para las chicas solitarias... Así se morderán las uñas mientras lo leerán y pensarán en lo que harían ellas si pudieran tener la oportunidad de casarse algún día. ¡Caramba! ¡Y ahora que lo pienso!... ¿Quién leerá tantas tonterías?

—Trataré de recordar todo lo que me has dicho, Jack.

Se hizo un corto silencio en el teléfono. Encendí un cigarrillo.

—Una cosa más, que por poco se me olvida —dijo Jack, hablando rápidamente—. Es muy importante. Durante tu luna de miel no dejes de pedir todas las mañanas el desayuno servido en tu habitación del hotel, y toma abundantes notas. Ya sabes: el perezoso sol matutino brillando a través de la ventana, el desarreglo encantador de prendas de vestir femeninas regadas por el aposento, el fuerte aroma de aquella primera taza de café cuando se derramó en la cama, etcétera, etcétera. Te diré por qué es tan importante. El editor de cierta revista en la que estoy pensando tiene una debilidad que conozco y por donde vamos a atacarle. Le gusta leer acerca de hermosas jóvenes que toman el desayuno en la cama desprovistas por completo de ropa. No me preguntes el porqué. Pero ¿no te parece que vale la pena? Desde luego es una costumbre sucia, a mi modo de ver. Además, una vez que una mujer coge una manía es casi imposible quitársela. No obstante quiero que lo hagas, y después te puedes ir a trabajar y quitarle la costumbre a tu mujer cuando se termine la luna de miel. Le puedes decir que sólo ha sido con propósitos literarios y que ya no habrá más comidas en la cama. Y agrega que sería deprimente, o algo por el estilo.

—También lo recordaré.

Durante varios segundos nadie más habló. Probablemente Jack encendía otro cigarrillo.

—¿Para qué me telefoneaste, Rick? —me preguntó Jack.

—Necesito dinero, Jack. Estoy arruinado.

—Eso es de esperar. ¿Cómo quieres ganar dinero si no trabajas como yo y como todo el mundo? A mí jamás me encontrarás tumbado por ahí sin hacer nada. Cualquiera te dirá que estoy al pie del cañón cada día del año, de cada año.

—Pronto empezaré a trabajar en el nuevo libro, Jack. Puedes estar seguro. Pregúntale a Harvey Farthing, si no me crees. Harvey sabe que en cualquier instante lo empezaré. Lo que pasa es que antes tengo que atender a este asunto personal.

—¿Y, por tanto...?

—Ahora mismo necesito unos cuantos cientos. Sólo unos cuantos. Ya sabes... Cuando Tess y yo emprendamos ese viaje de luna de miel costará bastante. Además estoy atrasado en los pagos mensuales a mi exmujer.

—Debería haber una ley que prohibiera casarse a los escritores, la primera vez u otra cualquiera. Bueno: puede ser que sólo una vez, para ver si puede aguantar; pero si falla en esa primera prueba, que no vuelva a intentarlo jamás. Una ley así, con bastantes cláusulas para que no tuviera escapatoria, haría que se escribieran más libros y que los agentes literarios pudiéramos vivir una vida más agradable.

—¿Me vas a mandar algún dinero?

—No lo he decidido todavía.

—Lo necesito, Jack.

—Podrías tener dinero, sin tener que arrodillarte a pedirlo, si empezaras a trabajar en ese libro en lugar de andar dando vueltas por todo el país como un cachorrillo

tratando de cogerse el rabo. ¿Acaso has perdido el sentido común?

—Pero, Jack, ¿es que tu corazón no ha sido jamás tocado por la varilla mágica del amor?

Pude imaginarme a Jack respirando profundamente, porque oí un ruido parecido a un lamento de agonía.

—Yo soy un hombre práctico, Rick —dijo a poco—. Sólo trato con hechos reales, con cifras y con estadísticas. He dedicado mi vida a esa política, y todas las horas que estoy despierto las empleo para trabajar en ella. Soy un agente comercial, tosco y duro. No es fácil darme sablazos, y no hago papeles de «querida» de escritores. Encontrarás muchos agentes de esa clase por la Quinta Avenida. Si quieres aprovechar la oportunidad, más vale que te apresures y vayas por aquel barrio en seguida y te pongas en cola, porque hay tipos por allí que están sacando tanto dinero a la última generación de agentes nuevos que hasta se permiten el lujo de escoger. Esos tipos quieren ver todo el dinero que les pueden sacar antes que acaben por darles, también, la llave de sus apartamentos. Aquí en la Avenida Madison las cosas son muy diferentes. Aquí todos somos hombres de verdad. Hay que ser duro y tener buenos puños, o inteligente y decidido, para evitar que se lo merienden a uno en la comunidad de agentes comerciales. Si yo no viviera alerta «veinticinco» horas diarias, existen muchos «colegas» que se tomarían un día libre para enterrarme mañana. Digo esto porque anteayer enterramos al viejo Manny Manley, y empleé cuatro horas en ir de la oficina al cementerio y volver. Ya he firmado contratos con tres de los mejores escritores que tenía Manny, y el pobre sólo está muerto desde el lunes. ¿Qué te parece eso?

—Que eres un agente inhumano y sin corazón —le contesté—. Algún día confío en que te humanices lo suficiente para darte cuenta de lo agradable que te resulta esa nueva y emocionante experiencia. Te vas a llevar la mayor sorpresa de tu vida, Jack.

—Escucha, Rick —replicó—: si alguna vez has visto o has oído hablar de un agente de buen corazón habrá sido un tipo de vodevil. En la Avenida Madison la única manera de permanecer vivo es siendo como soy yo. ¿Sabes lo que sucedió no hace mucho aquí mismo en la Avenida Madison? Te lo voy a contar. Un agente se atemorizó creyendo que se estaba volviendo demasiado blando, y sabía que eso era fatal en nuestra comunidad. ¿Qué crees que hizo? Instaló a su abuela como agente comercial y luego se dedicó a hundirla, cosa que logró en un mes. ¿Por qué? Porque pensó que si le podía hacer aquello a su propia abuela, podría habérselas con cualquiera que se le presentara. Ahora ha recuperado la confianza y tiene más éxito que nunca. La vida es una cosa muy seria en estos tiempos, muchacho, por si acaso no lo sabes. Las secretarias se colocan en cierta parte de su anatomía esas trampas de muelle para ratoncitos, porque piensan que es mejor coger un dedo que nada. ¡Así de duros y difíciles están los tiempos en la Avenida Madison!

—También lo están para mí, Jack. Por eso te llamé. Necesito dinero.

Jack no respondió. Esperé a que dijera algo, pero todo lo que oía era el zumbido

del aparato.

—Jack, ¿por qué no tomas un avión y vienes aquí para que podamos discutir todo esto? —le pregunté—. Te necesito a mi lado por algún tiempo. No suelo pedirte muchos favores; pero ésta es una ocasión en la que te pido un favor. ¿Me lo concederás? Te dejaré ser padrino de la boda.

—Sólo intranquilizaría a la pobre muchacha, Rick. Se volvería neurótica y tendría que ir a un psiquiatra, y eso costaría mucho dinero. O, si no fuera al psiquiatra, se pasaría el resto de su vida cogiéndose la cabeza y tratando de imaginar por qué se había casado contigo en lugar de hacerlo conmigo. No quisiera atormentar de esa manera a la pobre.

—No te burles más, Jack —le rogué—. Yo quiero tener una conversación larga y franca contigo, porque me ayudaría mucho. Y si tienes algún dinero que darme, tráetelo. Ya sabes que siempre puedes encontrar unos cuantos cientos para mí. ¿Vendrás a Colorado Springs, Jack? ¿Me harás ese favor por esta vez? No sabes el bien que me haría en una ocasión como la presente. ¡Por favor, Jack!

—¿Quién, yo? ¿Yo ir a Colorado Springs? Me conoces demasiado bien para saber que no lo haré, Rick. Es en contra de mis principios. Las únicas veces que salgo de Nueva York es cuando cojo un avión para ir a Beverly Hills, y para que me decida a hacerlo tiene que tratarse de un succulento negocio con un porcentaje extra. No sería ni la mitad de lo bueno que soy como agente si anduviera saltando por ahí como un saltamontes atacado de locura. ¡Fijate en la cantidad de llamadas telefónicas que no podría atender si estuviera viajando! Es algo psicológico, Rick. Un buen agente no muestra su rostro en público, excepto anochecido. Lleva a cabo sus negocios por teléfono. Por eso tengo la reputación que tengo, de un extremo a otro de la Avenida Madison, y la merezco sinceramente. Si la gente pudiera sacarme a almorzar y a tomar cocteles con ella, para hablarme a través de una mesa de bar o restaurante, sería muy probable que me aventajara de vez en cuando. De la otra manera siempre la «liquido» por teléfono.

—Ya sé que eres un buen agente, Jack. Todo el mundo lo sabe. Soy muy afortunado de que me representes. No habría llegado a ser nada de lo que soy actualmente si no fuera por ti y por Harvey Farthing, y quiero que sepas lo mucho que agradezco lo que has hecho por mí. Pero hay ocasiones en que necesito hablar contigo, y para eso no existe sustituto. Ya conoces suficientemente a los escritores para no saber por qué.

—¿Por qué?

—Porque los escritores están muy solos (ya sabes lo solo que me siento a veces), y se requiere un agente comprensivo y simpático para sacarlos de esa condición. Siempre es una gran ayuda poder conversar con el agente de uno, porque siempre saben con exactitud cuándo y cómo enderezar a uno nuevamente. Son expertos en esa modalidad. Por eso te agradecería tanto que vinieras a Colorado Springs inmediatamente. Tú comprendes por qué no puedo marcharme de aquí ahora para

acudir a Nueva York. Pero tú sí podrías venir aquí, y el cambio en tu rutina te haría mucho bien. ¿Por qué no haces una excepción esta vez, Jack? Nadie sabrá que estás mostrando el rostro al público, excepto yo, y no lo diré a nadie. Te ruego que lo hagas por mí, Jack. Si alguna vez te has sentido con deseos de hacer un favor, ésta es la ocasión para hacerlo. Ya sabes cómo se siente uno al poder hablar con un amigo al que se quiere y en el que se confía. ¿Lo harás, Jack? Te lo agradeceré por el resto de mis días.

—Lo siento, Rick —afirmó categóricamente, haciendo caso omiso de mis ruegos y sin conmoverse en lo más mínimo—. No puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque tengo ética y principios.

Después, y durante unos instantes, nadie dijo nada. El único sonido era el del zumbido del teléfono. Encendí un cigarrillo.

—Entonces envíame dinero rápidamente —le dije—. La cuenta del hotel va aumentando.

—¿Quién paga esta conferencia telefónica?

No contesté, pensando en lo disgustado que me había dejado la negativa de Jack Bushmillion de acudir a Colorado Springs a hablar conmigo.

—Escucha, Rick —insistió después de una pausa—: te he preguntado que quién paga esta conferencia. ¿No me has oído?

—¡Sí te he oído! —exclamé en un tono de voz más alto que el ordinario—. Yo la pagaré si me mandas dinero.

Jack rió brevemente. Me pareció que se daba cuenta de lo disgustado que estaba, y que lo sentía; sin embargo no dijo nada más de ir a verme.

—Cuéntame de la chica que andas persiguiendo, Rick.

—¿De Tess?

—Sí.

—¿Qué quieres saber?

—¿Tiene bonitos los dedos de los pies?

—Pero ¿de qué diablos estás hablando?

—De que si tiene bonitos los dedos de los pies. Eso es lo primero que hay que mirar. Es una buena costumbre: mirar los dedos de los pies de las mujeres desde el principio. Algunos se casan y luego se encuentran en un lío, nada más por no haber tomado esa precaución. Los dedos de los pies de las mujeres dicen siempre todo cuanto hay que saber. Nunca he sabido de un fallo.

—De modo que tú les miras los dedos de los pies.

—Siempre.

—Pues yo no me he fijado en los suyos —le dije—. Los doy por buenos.

—Pues hasta que no los examines bien estás pisando un terreno falso. Si estuviera en tu lugar, la llamaría por teléfono ahora mismo y le preguntaría si podía ir a mirarle los dedos de los pies. Eso ahorrará tiempo a la larga, y te aseguro que sé

perfectamente de lo que estoy hablando. Es como sacar una póliza de seguros, sólo que no cuesta un céntimo. ¿Dónde puedes encontrar tanto por nada? Si sus dedos no te acaban de gustar, puedes cortar por lo sano antes que las cosas hayan ido demasiado lejos, y así podrás empezar en seguida el libro. Por otra parte, si sus dedos te gustan...

—¿Qué más quieres saber? —le interrumpí.

—¿Ya has tenido alguna entrevista con ella? Quiero decir una de esas sesiones cariñosas... ¡En fin: tú ya me entiendes!

—No, nada de eso. He hablado con ella y estamos citados para el domingo.

—Si todavía no has celebrado una larga y cordial entrevista con ella, ¿cómo sabes lo que estás haciendo?

—Lo sé porque tengo instinto.

—También lo tiene un ciego, pero no ve lo que está haciendo. Todo cuanto puede hacer es ir tocando y palpando en la oscuridad. Ésa es la mejor manera que conozco de ir a parar en un hoyo.

—Pero yo no soy ciego.

—¿Y es guapa la fulana?

—No es ninguna fulana.

—Ya lo sé, ya lo sé... Es una chica encantadora. Pero ¿cuál es su atractivo?

—Su personalidad.

—Ésa es una palabra demasiado larga para tan poca cosa. ¿Por qué no contestas a mi pregunta?

—Esta vez es definitivo, Jack. Quiero que lo comprendas. Cuando esta vez me case voy a procurar que sea cosa perdurable.

—Sí: eso es lo que queremos todos; pero si no perdura, hay que empezar de nuevo.

—Pero Tess tiene todas las prendas necesarias, Jack.

—Todas las mujeres las tienen. Pero no se trata de lo que tengan, sino de lo que hagan con lo que tengan.

—De cualquier manera, me quiero casar con ella y ya me he decidido. No estaría aquí si sólo hubiera venido para pasar un buen rato. Y sé perfectamente lo que estoy haciendo.

—¿Ya le has pedido que se case contigo?

—No. Todavía no.

—¿Por qué no?

—Porque todavía no he tenido la oportunidad. Pero la tendré pronto.

—¿Cuándo piensas decírselo?

—El domingo. Estoy citado con ella.

—Sigue mi consejo, Rick, y procura que no se dé cuenta, o tal vez no quiera aceptar tu proposición. Un descuido como ése podría arruinarlo todo, y no me gustaría ver que eso le pasaba a alguien como tú. Por eso repito: hagas lo que hagas,

que ella no se dé cuenta.

—Pero ¿que no se dé cuenta de qué? ¿De qué diablos estás hablando?

—De que eres un desgraciado inútil que hace seis meses que no trabaja.

—He estado recogiendo material durante esos seis meses, y tú lo sabes.

—También lo han estado recogiendo los barrenderos, y mira lo que tienen.

—Eres un hombre duro, Jack —le dije tristemente—. No conozco a nadie con menos sentimientos humanos que los tuyos.

—Está bien, está bien... Soy un hombre duro sin sentimientos humanos y por mis venas circula agua helada. Pero no te olvides de que todo bicho viviente a lo largo de la Avenida Madison pega un tremendo salto cada vez que extendiendo la mano para coger el teléfono.

—¿Y qué hay del dinero, Jack? —le recordé.

—Voy a enviártelo. Pondré un cheque en un sobre aéreo, que depositaré en el buzón dentro de media hora, para que lo recibas mañana a esta misma hora. Pero te lo prevengo, Rick: si no te despiertas y empiezas de una vez ese dichoso libro, puedes dejar de telefonarme, porque ni siquiera acudiré al teléfono. Me olvidaré de que te conozco. No quiero saber nada más de ti hasta que comiences a trabajar de nuevo. Es mi última palabra.

—Jack, te ruego que mudes de parecer y vengas aquí para hablar conmigo —le supliqué—. Necesito el dinero, pero también necesito hablar contigo. Hazlo el sábado o el domingo, y así no perderás ni una sola hora de trabajo de un día laborable. De todas maneras los domingos no recibes llamadas telefónicas. ¿Ves qué fácil es? Jamás te volveré a pedir que me hagas un favor como éste, Jack, si vienes por esta vez. Puedes deducir los gastos del próximo cheque que tengas que darme por mis derechos de autor. ¡Por favor, Jack, hazlo! ¡Te aseguro que te necesito!

—Avísame cuando empieces a trabajar en el nuevo libro, Rick —me dijo como si nada—. Y no te olvides de escribir aquel artículo de que te he hablado, acerca de la luna de miel por caminos poco frecuentados. Voy a llamar a la revista que tengo elegida, para colocarlo inmediatamente. Probablemente lo querrán publicar para el número de septiembre. Eso significa que tendrás que entregar el manuscrito dentro de treinta días. Procura mantenerlo entre las cuatro mil y las cinco mil palabras, como ya te dije. Y no te olvides del detalle del desayuno de la señora en la cama. Otra cosa importante que debes recordar mientras escribes el artículo es que te propones alterar el ritmo del corazón de las muchachas que se sienten muy solas. Cuenta de cómo te despiertas llevando puestos tus pijamas franceses, y de cómo te asomas por la ventana de estilo francés, y luego pides tostadas estilo francés para el desayuno, y por último le das a tu flamante mujercita un beso francés. Y no te olvides de guardar todos los recibos, facturas y comprobantes de pago, para tus declaraciones de impuestos. Hasta la vista, Rick.

—Hasta la vista, Jack.

Trece

Al igual que se observa el lento pero continuado emerger de la pálida luz del amanecer, fui despertando gradualmente de un sueño profundo. Luego, en el silencio de la noche, traté de recordar lo que había estado soñando. Yo acostumbraba dormir profundamente, y el despertarme de aquella forma por la madrugada no era nada frecuente en mí. Sentí un estremecimiento de frío a causa del aire tan fresco.

Pasaban los minutos sin que recordara el sueño, ni siquiera fragmentos de él, y todavía estaba aturdido cuando me di cuenta de que estaba ocurriendo algo que tanto podía ser real como imaginario. Al principio sólo percibí la rápida sensación de un beso y del movimiento sensual de su cuerpo; después, lo que ya fue una positiva identificación, olí el perfume familiar de su piel. Instantáneamente, y como una sorprendente revelación, todas las dudas desaparecieron de mi mente. Ella era real y no imaginaria. Pasé mis brazos alrededor de Laverne y atraje su tibio cuerpo junto a mí.

Ninguno de los dos había dicho nada todavía. La tierna caricia de sus manos tibias en la fría noche, y el contacto de sus suaves senos y muslos, y el saberla allí junto a mí, me trajo una satisfacción largo tiempo buscada. Me dije a mí mismo, y me lo repetí una y mil veces, que ningún sueño podría haber sido tan placentero y completo. Hacía mucho tiempo que no me había despertado en la oscuridad de la noche sin experimentar el sufrimiento de la soledad, y, recordándolo así, la apreté más y más contra mí, como a una pertenencia querida que temiera me fuera arrebatada de un momento a otro.

Después de un rato comencé a preguntarme cómo habría podido introducirse Laverne en mi cuarto mientras yo dormía. No había balcones ni terrazas, ni puertas de comunicación, y yo estaba seguro de haber cerrado la puerta con llave cuando me acosté a medianoche. Sin embargo, y aun cuando sólo la había visto por vez primera unos días antes, pude percatarme de que pertenecía a la clase de mujeres que por regla general suelen salirse con la suya, de una manera u otra.

Moviéndose inquieta y apretando sus brazos a mi alrededor, Laverne separó sus labios de mi boca.

—¿Te sorprendiste al despertar y encontrarme aquí, Rick? —susurró, hablando por primera vez y dejándome sentir el calor de su aliento en mi mejilla—. ¿Fue de verdad una sorpresa, Rick? ¿Te alegraste de encontrarme aquí?

La ayudé a incorporarse un poco en la cama y le tomé la cara entre mis manos, mirándola fijamente en la penumbra de la habitación. Viéndola así en la pálida luz y con su rostro entre mis manos, lucía tan encantadoramente deseable como no hubiera podido soñarla. Era frágil y atractiva, cariñosa y acogedora, como un animalito afectuoso. No obstante el método que hubiera empleado para haber llegado allí, me alegraba. La sacudí cariñosamente.

—Fue una verdadera sorpresa, Laverne. Puedes estar segura de eso —le dije.

—Y estás contento —susurró, mientras su cuerpo se agitaba con un estremecimiento de alegría—. Lo sé. Lo presiento.

Pasándole los dedos por entre el espeso cabello le sujeté la cabeza firmemente.

—¿Por qué viniste, Laverne?

—Porque quise.

—¿Cuánto hace que estás aquí?

—Apenas unos minutos —respondió—. Vine directamente tan pronto como el bar cerró a las dos de la madrugada. —Sonrió con aspecto feliz—. Cuando llegué traté de que no te despertaras, ya que no sabía si me querrías o no a tu lado; pero el caso es que no pude esperar más, y tuve que besarte. Me parecía como si hubiera estado esperando largo tiempo para estar junto a ti así.

Sujetándola por los cabellos la sacudí suave y cariñosamente.

—La puerta estaba cerrada con llave —le dije.

Asintió levemente con la cabeza, pero no pronunció palabra.

—¿Cómo entraste?

Laverne sonrió provocativamente.

—¿Cómo entraste, Laverne?

—Pues abriéndola.

—¿Cómo?

—Es un secreto.

La sacudí nuevamente, con mucha suavidad.

—Laverne, ¿cómo abriste la cerradura?

—¿De verdad no lo sabes, Rick?

—No.

—Si me das un beso, te lo digo.

Con mis dedos todavía sujetándola por los cabellos la atraje hacia mí y la besé en la boca. Cuando al fin la solté adoptó una cómoda postura, de rodillas y sentada sobre los talones.

En tono juguetón me preguntó:

—¿Todavía quieres saberlo?

—Me prometiste que me lo dirías.

Se inclinó rápidamente y me dio un beso en la frente.

—La otra noche que estuve aquí me llevé una de tus llaves. Había dos sobre la mesa. Pensé que no te darías cuenta, y así fue, ¿verdad?

La ancha sonrisa que iluminaba su rostro mostraba a las claras cuán satisfecha estaba de su hazaña.

—¿Y te llevaste la llave la otra noche porque pensabas volver? —le pregunté.

A propósito —o así me lo pareció— no respondió.

La sacudí cariñosamente.

—Laverne, ¿sabías que ibas a volver?

Cambiando repentinamente de expresión se me quedó mirando muy seria.

—Rick, déjame que te diga una cosa: nada me hubiera impedido venir aquí esta noche —y al decirlo movía la cabeza lentamente—. Ni puertas, ni cerraduras, ni paredes, ni nada.

—Pero ¿por qué no me dijiste en aquella oportunidad que pensabas regresar?

Permaneció silenciosa por unos instantes. Su expresión anhelante y solemne no había cambiado.

—Porque tuve miedo de que hicieras algo para impedir que viniera a tu lado otra vez. Miedo de que me quitaras la llave y no me dejaras entrar.

Nos estuvimos mirando en silencio durante largo rato.

—¿Dónde está Tess? —pregunté luego.

—Se marchó a casa a las dos. Le dije que tenía una cita con un amigo. Sabe que pasaré toda la noche fuera, pero no sabe que estoy aquí contigo.

—¿Estás segura de que Tess ignora que estás aquí esta vez, Laverne?

—Estoy muy segura. Y por favor, no se lo digas, Rick. No se te vaya a escapar.

—¿Por qué no?

—Porque..., porque Tess y yo somos amigas, y lo hemos sido desde hace mucho tiempo. Pero en una ocasión como ésta que cada cual se las arregle como pueda. La amistad entre dos mujeres no cuenta cuando media un hombre. Ésa es una regla inquebrantable. Por lo menos conmigo. Así, pues, ahora estoy por mi cuenta, y espero seguir así de aquí en adelante. Debo preocuparme de mí misma. Te ruego que no digas nada a Tess de esta noche.

—No sé si creerte o no, Laverne —le dije—. ¿Cómo puedo saber que estás diciendo la verdad? Para mí esto podría ser muy bien otro plan ideado entre Tess y tú. Ya lo hicisteis una vez, y podéis hacerlo nuevamente. ¿Qué es lo que debo creer?

—Debes creerme, Rick —afirmó solemnemente, acercándose más y apretando mi mano—. Tess no sabe nada de lo de esta noche. ¡Por favor, no le digas nada!

—Pero debería decírselo. Yo quiero ser justo con ella. Debes comprenderlo, Laverne.

—¡No, Rick! —imploró, excitada—. ¡Te ruego que no lo hagas!

—¿Por qué no?

—Porque esta vez he venido a verte por un motivo distinto. No es como la primera vez. Tienes que creerme. Por eso dije que ahora estoy por mi cuenta, y eso es exactamente lo que quiero decir. ¡Por favor, Rick! ¡No se lo digas!

—¿Y cuál es el motivo?

Enderezándose sobre las rodillas me pasó los brazos alrededor del cuerpo y me besó repetidas veces, con gran excitación. Su comportamiento era parecido al de una jovencita desesperada.

—Rick, ¿no te das cuenta..., no comprendes...? —me dijo, anhelante—. Rick...

Yo esperé, preguntándome qué querría decir. Respiraba afanosamente y estaba tensa y agitada.

—Rick, estoy enamorada de ti —continuó—. De verdad y con toda mi alma.

¿Acaso no lo notas? No lo puedo evitar, y además no quiero evitarlo. Y estoy contenta. Tan contenta que apenas puedo reprimirme. De no estar enamorada de ti, no me hallaría ahora contigo. Jamás he sentido un amor como éste. Jamás. Es lo más emocionante que he conocido. Tú eres el primer hombre a quien he amado así en toda mi vida. No sabía que podría amar a nadie de la manera que te amo a ti. Comenzó la otra noche que estuve aquí. No estaba enamorada de ti cuando vine, pero lo estaba cuando me marché. Algo maravilloso sucedió en aquella oportunidad. Por eso me llevé la llave, porque sabía que tendría que volver. No sé qué hubiese hecho de no tener la llave, pero algo hubiera hecho. Habría encontrado la manera de entrar aquí esta noche. ¡Todo es tan nuevo y extraño para mí..., tan emocionante y maravilloso! ... Nunca sospeché que el amor pudiera ser nada parecido a esto. Creí que antes había estado enamorada, pero ahora me doy cuenta de que nunca lo estuve... hasta hoy. Siempre imaginé que el amor era una especie de sarampión del que no podía uno zafarse, y que había que resignarse a él. Pensé que era una lata y una obligación. Pero no es nada de eso: es una felicidad completa. Lo siento cada segundo, como una pulsación dentro de mí. Ahora sé que es una cosa que deseo más que a nada en el mundo. ¡Es celestial, Rick, delicioso y celestial! ¡Oh, Rick!

Cesó de hablar. Su respiración se hizo más acompasada, y una vez que me hubo dicho el porqué de su presencia se calmó y serenó, al mismo tiempo que me sonreía tiernamente.

—Ya comprendes ahora, ¿verdad, Rick? —exclamó—. Yo quiero estar a tu lado continuamente, y sentirte y tocarte, y hacer cosas por ti. Podrías andar por ahí todo el día arrojando alfileres a cada paso, y yo iría detrás recogéndolos uno por uno si tú me lo pidieras. Así es como me siento. ¡Y me siento tan feliz de esa manera!... Nunca he experimentado nada igual. Me parece que a cada instante doy algo de mí, ¡y es tan agradable poder dar algo a otra persona!... Eso es el amor, ¿verdad, Rick? El amor sincero, profundo y perdurable, que da continuamente al ser amado. No se puede tener amor a menos que uno dé algo, ¿verdad? No quiero decir dinero y regalos; quiero decir tus pensamientos y tus sentimientos. Hasta ahora no sabía que era posible un sentimiento así, y ahora que lo tengo no lo daría por nada del mundo. No quiero dejar de amarte jamás, y no lo haré. Quiero que dure siempre. Siempre te amaré, Rick, suceda lo que suceda. Si te marchas y no me dices adónde vas, te volveré a encontrar, porque siempre te querré, Rick.

Con gesto afectuoso me pasó los dedos una y otra vez por el cabello.

—Tú no sabes una palabra de mí —me confió, en un tono íntimo y casi añorado—. Nunca me he casado. Asistí a la universidad durante cuatro años. Hace dos años que soy «chica-coctel», y viajo por todo el país de un extremo a otro. Una vez al año voy a casa a visitar a mis padres, y eso es todo. Ellos no aprueban el que sea «chica-coctel», porque creen que todas son inmorales; pero a mí no me gustó ningún otro empleo de los que pude haber tenido. Ahora ya no quiero seguir siendo una «chica-coctel» por más tiempo. Quiero tener mi propio hogar y tres hermosos niños, y a ti.

He tenido algunos amoríos, pero la realidad es que no me gusta salir con hombres desconocidos: no existe un verdadero sentimiento de compañía cuando se sale con un extraño. He tenido relaciones con unos cuantos hombres, y aquello me parecía bien en aquel entonces, aunque no era muy emocionante. Siempre era besar y marcharse, y eso no es muy satisfactorio. Siempre pensé que habría algo mejor en la vida, y ahora sé que es así. Verdaderamente maravilloso. De aquí en adelante sólo quiero hacer el amor al hombre al que amo, y ya sabes a quién me refiero. Su nombre es Rick Sutter.

Después de aquella perorata permanecimos acostados en un agradable silencio. La luz de las estrellas había iluminado algo el cuarto y pude distinguir claramente a Laverne por primera vez. Mientras la contemplaba percibía el sonido de un tren a lo lejos, con su ruido metálico dejando un prolongado eco por colinas y valles, como si me recordara otras gentes y otros lugares. A poco miré mi reloj, que estaba sobre la mesita de noche. Ya pasaban de las tres de la madrugada.

—Te ruego que no te enfades conmigo, Rick —me suplicó Laverne en un susurro, mientras me acariciaba con sus tibias manos—. Tuve que decirte cómo me siento en lo profundo de mi corazón, y tuve que compartirlo contigo. Deja que me quede; no me obligues a marchar.

De nuevo se hizo el silencio. No supe qué decir. Era atractiva, afectuosa y apetecible, y quería estar con ella, pero no la amaba, y no podía adivinar si alguna vez la amaría. Laverne me observaba con ansiedad.

—Rick, si tratas de echarme, saltaré por la ventana —me dijo con voz alterada—. ¡Lo haré, Rick, puedes estar seguro!

La sacudí con fuerza.

—¡No hables de esa manera, Laverne!

—Entonces dime por favor que no me echarás —imploró, como si fuese una niña pequeña empeñada en obtener algo que anhelara—. ¡Por favor, Rick! ¿No lo dirás?

—Pero, bueno: y Tess ¿qué? —le pregunté—. Eso me importa mucho. Ya sabes mis sentimientos por ella.

—Ella no te quiere. Pero yo sí. Y eso establece una gran diferencia. Si ella te amara, estaría ahora contigo. Y ya sabes quién lo está. ¿No ves la diferencia, Rick?

No dije nada, y Laverne me abrazó amorosamente.

—Quiero quedarme contigo, Rick —susurró en mi oído—. Me casaré contigo, seré tu mujer, tu compañera, y haré cuanto me pidas si me permites quedarme a tu lado y acompañarte cuando te marches. ¡No te vayas sin mí, Rick! ¡Nunca hagas eso! Yo quiero ir adonde tú vayas. ¡Por favor, no te vayas y me dejes! ¡No podría resistirlo! ¡Me mataría, sí, me mataría, lo sé!

—¿Vas a dejar de hablar así o no, Laverne? —le dije, sacudiéndola—. ¡Basta ya!

—Está bien, Rick —me contestó—. No seguiré. Yo no quiero morir. Quiero vivir y hacerte feliz. Y sé que puedo hacerte feliz, estoy segura. Una mujer sabe cómo hacer feliz a un hombre si le ama de verdad, y yo te amo de verdad. Creo que eres maravilloso. Maravilloso en todo. Fui a la Biblioteca Pública y leí en un libro una

biografía condensada tuya. Ya conozco tu vida. Leí dónde naciste, y cuántos años tienes, y quiénes fueron tus padres, y dónde fuiste a la escuela. Repartías periódicos a las cinco de la mañana, entre los doce y los catorce años, y mientras estuviste en la universidad trabajaste durante dos veranos en una mina de oro en el Canadá. Después de eso viviste dos años en Méjico, y de tu primer libro sólo se vendieron cuatrocientos cincuenta ejemplares. Te has casado y te has divorciado y has escrito no sé cuántas novelas. Estoy orgullosa de ti, y me sentiré muy orgullosa de ser tu esposa. Estaría orgullosa hasta de ser tu querida, si lo quisieras así. Pero preferiría estar casada contigo y tener tres hermosos hijos. Pasaré cada minuto de mi vida haciéndote feliz. Te necesito, Rick. Es la primera vez en mi vida que he sentido la necesidad de alguien, y te necesito tanto que no quiero vivir sin ti. ¿Me comprendes, Rick? Tú sabes y te das cuenta de lo enamorada que estoy de ti, ¿verdad? ¡Di que sí, por favor!

—No sé qué decir, Laverne —le respondí—. Me haces sentir como un canalla. Tal vez se deba a que lo soy. Muchas personas han dicho que soy algo peor. Pero ¿qué puedo decir, si quiero al mismo tiempo ser honrado y veraz? Algunas veces pienso que los escritores como yo deberían estar en jaulas, para que no pudieran mezclarse con seres humanos decentes. Yo tengo que escribir: eso es todo cuanto sé hacer. Sigo una afición: la literatura. Eso me embarga por completo, y por ese motivo soy cruel y canallesco; lo sé y no puedo evitarlo. Pero en los lapsos entre un libro y otro, como ahora, soy un verdadero idiota, y también un sinvergüenza. Me pongo como un tonto con la primera mujer que me atrae. Me enamoro de ella, o ella de mí. Después, a la semana, al mes, o tal vez más tarde, me entra nuevamente el impulso de escribir, y me aparto de su lado tan aprisa como puedo. Tal proceder me convierte en un canalla o algo peor.

—Me parece que te comprendo muy bien, Rick —me dijo Laverne, con gran afecto—. Cuando quieres escribir tienes que escribir. Cuando quieres una mujer necesitas una que sepa serlo, además de aparentarlo. Yo lo puedo ser todo para ti: tu amante y tu esposa. Y tu compañera también. Y cuando quieras escribir, yo querré que escribas y escribas y escribas. Y sabría esperarte para cuando volvieras. Te comprendo, Rick.

Estuve acariciándole el cabello durante el largo silencio que siguió. Me parecía como si entre los dos hubiera existido siempre aquella intimidad y aquel perfecto conocimiento mutuo.

—Me gustas, Laverne —le dije. Ella se acurrucó encantada entre mis brazos—. Me gustas mucho. Eres inteligente, bondadosa y afable. Sabes comprender y apreciar las cosas. Y eres, además, muy hermosa. Te encuentro atractiva en todos conceptos y me gustaría estar contigo siempre, tanto en público como en la intimidad. Eres una persona excepcional. Pero tú sabes a lo que vine a Colorado Springs. Vine a pedir a Tess que se casara conmigo. No quiero engañarte sobre ese particular.

Se estremeció ligeramente, y sentí que sus dedos se aferraban a mí como a una tabla de salvación. No sé cuánto tiempo transcurrió, sólo que los minutos pasaban. A

lo lejos se oía el eco quejumbroso del silbato de un tren.

—¡Tess no se casará contigo! —exclamó Laverne de pronto, en un tono de voz firme y decisivo. Parecía una declaración irrefutable—. Puede que tú lo creas, pero me consta que no lo hará.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté—. ¿Qué te hace decir que no se va a casar conmigo?

Laverne no me contestó, y la sacudí ligeramente.

—Lo sé nada más, y eso es todo —respondió.

—¿Te dijo ella acaso que no se casaría conmigo?

—No.

—Entonces ¿por qué lo afirmas?

—Porque no hace falta que me lo diga.

—¿Es todo esto una esperanza tuya, o en realidad sabes algo?

Una vez más permaneció en silencio.

—¿Tratarías tú de impedir que se casara conmigo, Laverne?

Asintió con la cabeza enfáticamente.

—Haría cualquier cosa por impedir que tú y Tess os casarais..., o que hicieras cualquier otra cosa —manifestó en tono retador—. Lo digo en serio, Rick: cualquier cosa. Te necesito para mí sola, y no quiero que pertenezcas a nadie más. Si otra muchacha tratara de conquistarte, haría todo lo posible por evitar que te casaras con ella. Y puedo asegurar que no me detendría ante nada con tal de evitarlo. Sé muy bien lo que quiero: a ti.

La sacudí cariñosamente.

—Laverne, si no fueras tan simpática, te obligaría a marcharte ahora mismo.

Me miró directamente a los ojos mientras una sonrisa provocativa le iluminaba el rostro.

—Ahora no me obligarías a marcharme —profirió, sacudiendo la cabeza—. No podrías hacerlo aunque quisieras. Y si trataras de hacerlo, lucharía y te arañaría y no sé qué más. Y tampoco voy a arrojarme por la ventana. Estoy aquí y aquí me quedo hasta por la mañana. ¿Qué te parece?

—Ya es por la mañana, Laverne.

—No, no lo es, porque todavía está oscuro. No será por la mañana hasta que haya luz.

—¿Por qué te quieres quedar?

Se inclinó hacia mí y me dio un largo beso.

—Porque..., porque quiero hacerte el amor y probarte lo feliz que puedo hacerte. Ya lo verás. Después siempre te acordarás de mí y me querrás. Por eso no me vas a obligar a que me vaya.

—Parece que has tomado una determinación.

—La tomé hace tiempo.

Laverne se corrió a un lado de la cama y se sentó allí, como esperando

confiadamente lo que sabía que tenía que suceder. La luz estelar se reflejaba en su rostro y en su cuerpo, como si prestara calor a una estatua fina y delicadamente modelada. Contemplándola a tan corta distancia, y percibiendo su excitante perfume, me pregunté si no me habría enamorado de ella, en lugar de hacerlo de Tess, de haberla conocido en Sarasota. Claro está que no había manera de saberlo; pero en aquellos instantes, a solas con ella en el cuarto iluminado por la tenue luz de las estrellas, me di cuenta de que la quería, a pesar del amor que me parecía sentir por Tess. Por primera vez en cerca de un mes me asaltó la duda de si amaba a Tess en realidad, o si simplemente ella representaba lo inalcanzable, por lo cual sentía una imperiosa necesidad de luchar.

Cuando extendí mis brazos llamándola, Laverne vino a refugiarse en ellos, lanzando con ardor juvenil una exclamación de triunfo.

Catorce

Hasta el domingo faltaban dos días con sus noches. Mientras tanto acudía a diario al «Frontier Bar», cuyas paredes se hallaban profusamente decoradas con fotografías ya borrosas, armas de fuego oxidadas, viejos carteles en que se anunciaban representaciones de óperas, muestras de gravilla aurífera, y muchos otros recuerdos de los antiguos y abandonados campamentos de buscadores de oro. Allí en el salón me sentaba solo a una mesa durante una hora o más. A la hora que yo iba nunca estaba el bar lleno, y, en contraste con el decorado, la atmósfera era tranquila y silenciosa.

Tess y Laverne eran las únicas dos «chicas-coctel» que había en el salón, y siempre me hablaban amablemente, pero con la misma reserva profesional que dispensaban a todos los parroquianos. Ni una sola vez en todas aquellas oportunidades se le escapó a ninguna de ellas alguna observación —directa o indirecta— sobre la visita de Laverne a mi habitación del hotel. Me pareció notar en Laverne, no una vez, sino varias, una mirada interrogante que parecía indicar que no tendría el menor inconveniente en volver a visitarme en cualquier momento; pero ninguno de los dos dijo nada que pudiera habernos conducido a pasar otra noche juntos. Sin embargo me daba cuenta perfecta de que si no fuera por Tess, no permanecería mucho tiempo indiferente a los persistentes ruegos de Laverne. Varias veces me encontré preguntándome si en los días siguientes ocurriría algo que nos llevara a estar juntos nuevamente. Y si algo de eso sucedía una vez más, sabía que acabaría por dejar a Tess para irme con Laverne.

Cada vez que me iba del salón del bar le recordaba a Tess que había ido a Colorado Springs única y exclusivamente para verla, y que estaba esperando pacientemente a que llegara el domingo. Ella siempre sonreía comprensivamente, pero sin dejar traslucir el menor indicio de sus sentimientos hacia mí.

Pasé parte de aquellos dos días y noches deambulando por las calles, bajo la sombra acogedora de las acacias; otra parte de mi tiempo la empleaba en sentarme en mi habitación y tratar de inducirme a comenzar la novela que quería escribir. A medida que transcurrían los días me angustiaba más y más a causa del tiempo perdido y me censuraba a mí mismo por no haber resuelto nada todavía. Según recordaba, era la primera vez que me sentía incapaz de ponerme a escribir.

Pero como todo llega, por fin la espera terminó.

Tal y como debía ser, el día amaneció hermoso y luminoso, con un cielo claro y azul y el aire seco y frío. Tess, tal como me lo prometió, estaba lista al mediodía del domingo. Vestía un atractivo traje de tono claro y un abrigo oscuro. Salimos de la ciudad en dirección oeste, hacia las montañas, por el paso Ute, y atravesamos el Parque Woodland.

Noté desde el principio que Tess tenía un aspecto muy solemne y que apenas hablaba, como si la perturbaran las dudas y los deseos, y continuó de esa guisa a

medida que el tiempo pasaba. Creí, de primera intención, que su estado mental obedecía o tenía algo que ver con las visitas de Laverne; pero después llegué a la conclusión de que su silencio tenía un significado más profundo.

Sin embargo, y fiel a su promesa, estuvimos solos.

A aquella altitud en las Montañas Rocosas las temperaturas eran invernales a pesar de hallarnos en mayo, y a ambos lados de la carretera había bancos de nieve aún sin derretir, amontonados por los fuertes vientos de invierno. Las altas praderas barridas por las ventiscas se cubrían con los restos de las hierbas del año anterior, y los setos vivos aún conservaban restos helados de nieve recalcitrante. Muy por encima de nosotros se divisaban cordilleras cubiertas de nieve, en un despliegue de blancos reflejos. El coche que había alquilado llevaba calefacción, de modo que dentro teníamos una temperatura muy agradable. Después de dos horas de rodar sin prisas nos detuvimos a comer en un merendero rústico construido con troncos de pinos, que tenía una enorme chimenea donde ardía un espléndido fuego de leños de roble. Ya al atardecer dimos la vuelta y emprendimos el viaje de regreso a Colorado Springs.

Varias veces me repetí que había llegado el momento, después de haber pasado juntos una tarde tan alegre, de decir a Tess que la amaba y de pedirle que se casara conmigo. Había esperado largo tiempo aquel ansiado instante.

Todavía Tess no había mencionado para nada a Laverne, y yo tampoco; pero estaba seguro de que antes que terminara el día haría alguna observación sobre la presencia de Laverne en mi habitación. Conocía muy bien la primera visita que me hizo, y posiblemente también estaba enterada de la segunda.

Nos hallábamos a una hora aproximadamente de la ciudad, atravesando a poca velocidad el valle alpino, cuando me preguntó si me gustaba Laverne. Le respondí que opinaba que Laverne era una persona muy atractiva. Lanzándole una mirada de reojo pude observar que Tess sonreía un poco forzadamente.

—Tal vez te gusta Laverne más que yo —apuntó al tiempo que me echaba una rápida ojeada—. Todo es posible, ¿no, Rick?

Permanecí en silencio, seguro de que diría algo más.

—Laverne me dijo que le gustabas —continuó Tess poco después—. A mí me parece una muchacha encantadora... ¿No crees, Rick? Ella hará feliz a cualquier hombre. Está en su manera de ser. ¿No lo crees así también?

Inmediatamente detuve el coche a un lado de la carretera. Era lo que había pensado hacer cuando llegara la oportunidad de pedirle que se casara conmigo.

—Escúchame, Tess —le dije, muy preocupado—: creo que debes decirme qué significa todo esto. ¿Por qué hablas así de Laverne? Cualquiera podría notar que te traes algo entre manos. ¿De qué se trata en realidad?

—¿De qué estás hablando? —me contestó, con mirada inocente—. No sé lo que quieres decir.

—Tess, tú sabes muy bien lo que quiero decir. Tú sabes, y yo también, que la otra

noche mandaste a Laverne a mi cuarto. ¿Por qué tratas de traspasarme a Laverne? ¿Cuál es la razón de todo esto?

—¿No te gustaría ser traspasado a una joven tan adorable, especialmente cuando te quiere tanto? —me preguntó, mirándome fijamente. Había un ligero temblor en las comisuras de sus labios—. Ahora que los dos os conocéis mejor, ¿no te parece una buena idea? Tú mismo has dicho que es una muchacha muy atractiva. —Hizo una significativa pausa de varios segundos—. Tengo entendido que tú y ella habéis pasado una noche muy agradable juntos. Por lo menos ella dijo que le resultó muy agradable.

El temblor de sus labios comenzó de nuevo.

—No has contestado a mi pregunta, Tess. ¿Por qué tratas de traspasarme a Laverne?

—¿Así te lo parece?

—Así se lo parece a todo el mundo, incluyéndote a ti.

—Supongo que crees conocerme mejor de lo que me conozco yo misma —me dijo, riendo nerviosamente—. ¿Son todos los escritores tan engreídos como tú?

—Contestaré a tus preguntas después que tú hayas contestado a la mía.

—Si estás enfadado conmigo, Rick —replicó, volviéndose hacia mí—, no creo que podamos seguir hablando inteligentemente de nada. Sería una pérdida de tiempo estando tú disgustado. ¿No crees mejor que nos vayamos?

—Yo creo que has tratado deliberadamente de hacerme enfadar contigo.

—Bueno; pero una de dos: o estás enfadado o no lo estás.

—En ese caso, lo estoy.

—Entonces haz el favor de llevarme a la ciudad inmediatamente.

—Todavía no estoy dispuesto a llevarte.

—No me gusta que me fuercen a hacer algo en contra de mi voluntad. Y no me gusta tu actitud ni tu forma de hablarme. Haz el favor de llevarme a la ciudad.

Hice caso omiso de sus palabras y le ofrecí un cigarrillo. Sin pronunciar palabra tomó uno. Fumamos nerviosamente y en silencio durante varios minutos. Todavía quería pedirle que se casara conmigo, pero me estaba preguntando si me sería posible hacerlo entonces.

—Tess, ¿no crees natural que me enfade después de la manera como me has tratado? —le pregunté, sin ocultar mi mal humor—. Yo estimo que todos tenemos el derecho de enfadarnos. Tú has tratado de enojarme y lo has logrado.

Se volvió inmediatamente y me miró.

—Si no te gusta mi modo de tratarte, como dices, ¿para qué te empeñas en estar conmigo? Yo, en tu lugar, trataría de evitarme.

—Me empeño en estar contigo, usando tu misma expresión, porque creo estar enamorado de ti. Por eso es.

—¿Aunque te haga enfadar?

Sentía que la ira se iba apoderando de mí y hacía esfuerzos por no decir algo de lo

que luego tuviera que arrepentirme. Me recordé a mí mismo que había ido allí para preguntarle si quería casarse conmigo, y seguía con el mismo propósito. Hacía casi un mes que había estado viviendo con aquella esperanza, pero por primera vez me pregunté si seríamos verdaderamente felices juntos.

—Te hago enfadar, ¿verdad, Rick? —preguntó, sonriente como si hubiera hecho un grato descubrimiento.

Su manera de expresarse, sin tomar en cuenta sus palabras, era provocativa y belicosa.

—Puede que deba apartarme de ti —exclamé al cabo de un rato, con la vista perdida en el vacío—. Tal vez deba partir y no volver a verte.

—¿Por qué no lo haces, si es eso lo que deseas? —preguntó inmediatamente.

Sentí entonces haber dicho semejante cosa. No había ido hasta Colorado Springs para pelearme con Tess, ni tampoco había esperado cuatro días y cuatro noches para pelearme con ella el domingo. Seguía sintiéndome molesto, pero traté de pensar en algo que pudiera decir y que disipara mi enojo y su provocadora actitud.

Se hizo un largo silencio entre nosotros, mucho más que en ocasiones anteriores. Todo a nuestro alrededor se iba oscureciendo bajo las sombras de las elevadas montañas.

—Será mejor que te lo cuente todo de una vez ahora, Rick —dijo Tess al fin, volviendo el rostro ligeramente a un lado para no mirarme directamente. Pude percatarme de su palidez y nerviosismo—. Yo sé que te gusto, y quiero que lo sepas. Lo he sabido desde la noche que pasamos juntos en aquella playa de la Florida. Fue una noche celestial, Rick. Fue tan hermosa que no la olvidaré mientras viva. No quiero olvidarla.

Hizo una pausa mientras observaba las parpadeantes luces que, una tras otra, iban apareciendo en las casas que había en la ladera de la montaña y al otro lado de la pradera. El frío silencio de las altas cimas daba a entender que nadie debe vivir solo en el mundo. En todos aquellos lugares de la ladera, el hombre y la mujer que en ellos habitaban se habían unido porque se amaban y sabían apreciar su amor.

—Sí, Rick, yo sé que te gusto mucho. Tal vez sea más que eso. Tal vez sea amor. Y debe de serlo, porque de otra manera no creo que hubieras perdido tanto tiempo tratando de estar conmigo desde que salí de la Florida. Pero tuve que huir de ti. He tenido que mantenerme fuera de tu alcance. Por eso sería mejor que te lo dijera ahora, antes que pase más tiempo y te cause más dolor. ¡Ojalá fuera diferente, pero no puede ser! —Su voz se había hecho confusa—. No puede ser, porque nunca podré amarte, Rick. Eso es lo que tenía que decirte.

—Eso es muy extraño, Tess.

—Sé que es extraño —contestó—. A mí también me suena extraño. Pero tengo que decirlo, porque es la pura verdad.

—No lo comprendo, Tess.

—No se trata exclusivamente de ti, Rick —continuó rápidamente—. No puedo

amar a nadie, a ningún hombre. Algo me ha ocurrido. Es como una persona que pierde un brazo o una pierna en un accidente. Ya no lo tiene, ha desaparecido. Y no puede reemplazarse una vez que ocurre, lo mismo que no se puede reemplazar un brazo o una pierna. Cuando ha desaparecido, desaparecido se queda. Eso me sucedió hace más de un año..., casi dos años ahora. En la ciudad de Kansas.

—¿Qué fue lo que allí sucedió, Tess?

—No debería contarte nada de esto, porque es muy personal; pero es la única forma de explicarte por qué no te puedo amar.

Volviendo de nuevo el rostro hacia mí me lanzó una rápida mirada y luego fijó la vista en la montaña que se alzaba al otro lado del valle.

—No creo que exista nada peor que saber que no se puede amar a nadie. Es horrible, Rick. Es una cosa que no puedes olvidar, ni de día, ni de noche. Por eso creo que soy tan inquieta y desgraciada, y por eso me siento tan sola. Trato de no pensar en ello, procurando ganar tanto dinero como puedo. Para una mujer, a lo menos para mí, eso es todo lo bueno que el dinero puede hacer: ayudar a olvidar otra cosa, algo mucho más importante. ¡Amor o dinero, dinero o amor! De una manera u otra, una mujer siempre puede conseguir dinero, pero no siempre puede tener amor. Por eso siempre trabajo en los lugares donde dan mayores propinas: porque cuanto más dinero consigo, más fácil me resulta olvidar lo que no tengo. La mayor parte de ese dinero lo gasto en mi hijita, mi queridísima Lilly, dándole todo lo que puedo, enviándola de pupila a una escuela particular, comprándole linda ropita, etcétera. Eso me ayuda a olvidarme de las heridas del corazón. Evita que recuerde, a ratos, lo feliz que fui una vez cuando estuve enamorada. Ayuda a que no piense en todo instante que nunca volveré a conocer la felicidad, porque nunca volveré a ser un ser humano completo. ¿Cómo se puede ser completo si no se puede tener amor? Tal vez un hombre pueda, pero una mujer no. Yo sé que no puedo.

Yo esperé, reflexionando en lo que iba diciendo.

—Sólo he amado una vez en mi vida —continuó Tess, nerviosamente—: al hombre con quien me casé hace seis años; el padre de Lilly. Tenía diecinueve años, y él tres más. Estábamos profundamente enamorados el uno del otro. Pero su madre no quiso que se casara conmigo, porque no me consideraba suficientemente buena para su hijo. A pesar de todo, nos casamos. A los dos años nació nuestra hijita Lilly, y un año más tarde su madre le hizo divorciarse de mí. Nunca he sabido si él quería o no divorciarse de mí (no creo que lo quisiera), pero lo hizo porque su madre le obligó. Todo lo que sé es que no quise abandonar a mi marido, porque le amaba con todo mi corazón. ¡Éramos tan felices!... Ahora ya han pasado tres años, que han dejado su huella en mí. Me han extraído la vida del corazón. No he podido volver a amar a nadie más; él es el único. Y le amaría hasta la muerte si pudiera volver a tenerle junto a mí.

En silencio, y con la mano ligeramente temblorosa, ofrecí un cigarrillo a Tess y prendí una cerilla.

—A menudo se suele oír de mujeres desgraciadas —agregó con voz serena—, y nadie parece saber por qué. Yo no sé la razón o la causa por la que otras lo son; pero ahora tú sí sabes por qué una mujer es miserablemente desgraciada.

Tenía las manos entrelazadas, apretándose fuertemente los dedos unos a otros, y parecía una pequeña niña sola y abandonada.

—Mis padres viven en Kansas y cuidan de mi hijita cuando no está en la escuela —añadió—, y por eso salí precipitadamente para allá cuando me telegrafiaron que Lilly estaba enferma. Pero ya está bien ahora, y dentro de pocos años la tendré siempre a mi lado. Residiré en algún lugar donde ella pueda ir al colegio, y así la veré todos los días.

Se volvió súbitamente hacia mí y posó una mano en mi brazo.

—Nunca podría ser feliz contigo, Rick, no porque seas tú, sino porque nunca lo podría ser con nadie, excepto con él. Aunque llegara a casarme contigo no te amaría, y eso heriría tus sentimientos, como es natural. Cuando dos personas se casan esperan un amor al que tienen derecho. Tú serías desdichado sin él, y yo también por ser la causante de tu desdicha. Por eso quiero que te vayas y me olvides. He tratado de huir de ti, y ahora aquí, en Colorado Springs, he llegado al extremo de tratar de que te interesaras por Laverne, para evitar que te enamorasas de mí y me pidieras que me casara contigo. Sí: yo pedí a Laverne que me hiciera el favor de ir a tu habitación y tratara de hacer lo que fuera con tal de lograr que la quisieras más a ella que a mí; pero todavía sigues queriéndome a mí. No sé lo que ocurrió cuando Laverne fue a verte, pero evidentemente no ha sido suficiente para cambiarte. Esta tarde ibas a pedirme en matrimonio, y por eso me trajiste aquí arriba a las montañas. Para evitarlo precisamente he tratado de enfurecerte... Pensé que así sería mejor.

Me miró con fijeza y detenimiento, esperando que yo dijera algo.

—¡Por favor, Rick! Quiero que te vayas y me olvides. No puedes escribir ni hacer nada mientras dure esta situación. Necesitas paz, felicidad y amor, y yo no te puedo dar nada de eso. Si permanecieras aquí, sólo sufrirías más. Vete ahora, por favor. En alguna parte y de alguna manera encontrarás la felicidad. Todos la logran, excepto yo. Todo sería distinto si pudiera enamorarme de ti, pero eso es imposible. Ruego y confío en que algún día mi esposo me necesite tanto que vuelva a mi lado sin importarle lo que haga o diga su madre. Todas las noches rezo con esa esperanza. Y por eso quiero estar libre, para regresar con él si algún día tengo la oportunidad de hacerlo. Aunque hubiera vuelto a casarse, seguiría queriendo volver con él si se divorciara y se casara nuevamente conmigo. Así de grande fue mi amor por él, y sigue siéndolo. Podría enamorarme de él otra vez como el primer día, porque sigo queriéndole. Por esa razón no podría amar a nadie más en el mundo entero.

—Yo no quiero perderte, Tess —protesté—. Esperaré. Te esperaré años y años. Algún día pensarás de modo distinto. Tal vez cambies, y entonces podrías amarme. Te esperaré, Tess.

—¡No, Rick! —exclamó con firme determinación, moviendo la cabeza—. Eso es

imposible. Jamás podría ser así. Éste tiene que ser el fin.

—El fin... —comencé, y de pronto no supe qué más decir.

—Sí, Rick. Tiene que ser el fin. Lo sé, porque he decidido que así tiene que ser.

Después de estas palabras pasó mucho tiempo antes que yo pudiera decir nada. Durante casi un mes había vivido con la esperanza de que podría ganarme su amor y persuadirla a casarse conmigo. Y ahora, en unos minutos, toda esperanza había desaparecido. Sentía como si me hubieran arrancado una parte de mi ser. Durante aquellos cortos instantes llegué a comprender que nada que hiciera o dijera entonces la persuadiría a cambiar de actitud.

—No sólo es el fin —le dije, con una nerviosa sonrisa—, sino que para mí es un fin desdichado. Tan desdichado como puede llegar a ser un final, tanto en los libros como en la vida real. No se parece en nada al final concebido por Jack Bushmillion.

—¿Quién? —preguntó Tess—. ¿De qué estás hablando?

—De mi agente, Jack Bushmillion. Me predijo que este asunto tendría un final feliz, como en una novela. Hasta había hecho los planes para la luna de miel: de esas que uno lee en las revistas, donde los recién casados viajan por rutas muy poco conocidas por los turistas.

—Lo siento, Rick —dijo tiernamente, poniendo su tibia mano sobre la mía—; pero no tiene remedio. Creo que me has comprendido. Debes olvidarme.

—No sé si podré lograrlo, Tess. Desde luego no quiero olvidarte.

—Hay otras mujeres, Rick.

—Yo no quiero a ninguna otra. Te quiero a ti.

—Entonces vete, por favor —me imploró, de modo apremiante—. No permanezcas aquí ni un solo día más. Lo digo en serio, Rick. Tienes que marcharte y no tratar de volver a verme jamás. Eso será lo mejor. ¡Lo sé!

—Hablas con mucha claridad —le dije tristemente—. Demasiada claridad.

—Ése es mi propósito —me respondió—. Es mejor hablar claro sobre ciertas cosas, Rick —y al decirlo me miró con afecto. Sus ojos estaban húmedos—. Si te quedas, habrá enojo y resentimiento, y si me sigues, te harías desdichado y a mí más aún. Cada vez que me vieras te sentirías desesperado porque no te amo. Por favor, no te quedas.

—Hay en todo esto una cosa que jamás olvidaré —me dije en voz alta a mí mismo—. Cuando uno escribe una novela se pueden arreglar las cosas de manera que los protagonistas hagan y digan lo que uno quiere. Pero en la vida real...

—Sí, Rick —oí que ella decía—. Y esto es la vida real.

Durante un rato no dije nada más. Traté de imaginar lo que significaría para mí no poder estar más con Tess y tener que renunciar a ganarme su amor. Todas las cosas que había imaginado que le diría cuando le pidiera que fuera mi esposa me daban vueltas y vueltas en la cabeza. Tardaría tiempo en olvidarlas, si es que lo lograba. Me pregunté qué pensaría Connie Westwalker si estuviera allí en aquel instante. Me diría que abandonara toda idea de boda si ambos interesados no nos amábamos de verdad.

Y me di cuenta de que Connie tendría razón.

Y también comprendí que Tess tenía razón. Si no me amaba y estaba segura de que nunca podría amarme, yo no podría seguir allí, ni en ninguna otra parte donde ella estuviera; no podía continuar confiando, día tras día, en que cambiara de actitud y se casara conmigo.

—No sé qué hacer, Tess —le dije, con ese sentimiento de desesperación que nos embarga cuando hemos perdido toda esperanza—. Tengo que fijar mi residencia en alguna parte. Hace ya un mes que no puedo trabajar; pero si tú no quieres que me quede en Colorado Springs, tendré que irme.

—Vete, Rick —me dijo, con genuino afecto, apretándome la mano—. Eso es lo mejor. Estoy segura de que es lo mejor para los dos, porque si tú no lo hicieras, tendría que hacerlo yo, igual que antes he tenido que marcharme de otros sitios. Y si fuese yo la que partiera, sentiría el temor de que me siguieras adondequiera que fuese. Y entonces volvería a repetirse todo esto. Te lo pido por el bien de los dos: no vuelvas a tratar de buscarme después de esto. Quisiera que fuera de otra manera, pero no puede ser. Tengo que vivir conmigo misma, y no puedo vivir de otra manera. Siempre te recordaré, Rick. Y creo que si pudiera amar a alguien, me hubiera enamorado de ti.

Se cubrió la cara con las manos y estalló en sollozos.

—Rick, te ruego que trates de comprenderme —dijo entrecortadamente—. ¡Es tan difícil explicar ciertas cosas! ¡Es tan difícil de comunicar a otra persona los sentimientos propios!... Por eso me resulta tan penoso tratar de explicarte por qué es imposible que te pueda amar. Sólo puedo confiar en que me comprenderás y no me odiarás por lo que estoy haciendo. Es el sentimiento más horrible del mundo: ser una mujer que quiere amar y ser amada, y no poder amar ni tener amor. Nadie puede tener amor si no da amor a cambio..., ¡y yo no puedo! ¡Es horrible, porque sé que seré desgraciada por el resto de mi vida y no puedo hacer nada!

Quince

Tal como prometí a Tess que lo haría, al día siguiente abandoné la ciudad.

Antes de partir de Colorado Springs, y con toda intención, no hice el menor esfuerzo por ver otra vez a Tess o a Laverne, y tampoco hice nada por que supieran adónde me dirigía. Tuve que hacerme a la idea de que era muy improbable que volviera a ver a Tess después de lo ocurrido; pero, en cierto modo, no me parecía tan improbable que Laverne y yo volviéramos a encontrarnos otra vez en alguna parte. Además Laverne había dicho que sería capaz de encontrarme dondequiera que estuviese. Yo había conocido a otras chicas como Laverne, en otras ocasiones de mi vida, y generalmente, y por algún designio de la vida —quizás un mutuo y poderoso deseo por una amistad perdurable—, nos encontrábamos de vez en cuando a través de los años. Cuando viera a Laverne de nuevo, fuese donde fuese, sabía que me alegraría de que me hubiese encontrado.

Mientras esperaba la salida del avión en el aeropuerto puse un largo telegrama a Jack Bushmillion. Le explicaba cuanto había sucedido desde nuestra conversación telefónica y le decía al mismo tiempo que mi fracasado intento de alcanzar un final feliz no se debía necesariamente a un mal consejo suyo, sino probablemente a mi torpeza. Le comunicaba así mismo que iba a instalarme definitivamente en Santa Bárbara, donde empezaría a escribir mi nuevo libro a toda velocidad. De esa forma le decía también que no contara con el artículo sobre la luna de miel por caminos apartados. Rogaba a Jack que dijera a Harvey Farthing que, tal como me previno en Sarasota, una muchacha me había perturbado la vida durante varias semanas, y que prometía mantenerme alejado de ellas en Santa Bárbara hasta que la novela estuviese terminada.

No era la primera vez que iba a Santa Bárbara a planear y escribir una novela, y estaba ansioso por llegar y rodearme de la atmósfera de tranquilidad que siempre encontré allí en el pasado. Los pocos amigos íntimos que tenía en Santa Bárbara comprendían y respetaban mis costumbres y mi forma de trabajar, y muy rara vez me visitaban, exceptuando algún fin de semana para una cena o un coctel, y no era nada extraño en mí que evitara el ver a nadie conocido por intervalos que duraban una o dos semanas.

Siempre solía alquilar un departamento amueblado en un hotel residencial de Alturas de Montecito, un lugar que daba sobre el Pacífico. Daba instrucciones precisas para que me entregaran mi correspondencia sólo una vez por semana: los sábados, y además hacía que me desconectarán el teléfono. A la puesta del sol, cuando ya había desaparecido la neblina que prevalecía durante el día, podía contemplar desde el ancho ventanal que daba sobre el océano las azules aguas del mar, las rojas velas de los balandros y las islas montañosas que se alzaban a lo lejos, por el horizonte. Siempre recuperaba la serenidad y el contento en Santa Bárbara, y cada vez que volvía a trabajar en un nuevo libro tenía para mí mucho de un regreso

sentimental al hogar.

Mi partida de Colorado Springs aquella mañana había sido triste, porque era la primera vez desde hacía un mes que huía de Tess Dameron en lugar de marchar corriendo tras ella. Sin embargo ella me había convencido de que lo mejor que podía hacer era irme, y me di cuenta de que si permanecía allí o trataba de seguirla a otra parte sólo conseguiría que los dos nos llenáramos de amargura y resentimiento, y todo para no resolver nada. Y, una vez tomada la decisión, me animaba la seguridad de que por fin iba a comenzar la novela que, a pesar de no estar concebida, tantos sinsabores y disgustos me había causado.

Pasé mi primer día en Santa Bárbara sin abandonar ni una sola vez, hasta ya avanzada la tarde, el departamento de tres habitaciones que había alquilado. Estuve leyendo y seleccionando todas las notas y apuntes hechos durante los meses anteriores, guardando tan sólo aquello que me pareció interesante y arrojando el resto al cesto de los papeles. Sabía que a la mañana siguiente me habría formado un concepto mucho más claro de la trama que hacía meses bullía en mi mente.

Al salir al patio perfumado con el aroma de las flores, poco antes de la puesta del sol, dirigí la vista por encima de la cerca de arbustos y vi a Charlotte y a Harvey Farthing, que me observaban desde la puerta del departamento contiguo.

Conociendo a Harvey como le conocía, aquello no me sorprendió en lo más mínimo; por el contrario, me pareció la cosa más natural del mundo que estuvieran allí, y, por supuesto, me complació mucho verlos. Inmediatamente supuse lo sucedido. Jack Bushmillion leyó a Harvey el telegrama que le envié desde Colorado Springs, y Harvey decidió, en uno de sus impulsos característicos, efectuar una de sus rápidas escapadas a California. Y después, y con toda probabilidad, Charlotte había manifestado que aquélla era una gran oportunidad para que ella pudiera pasar un fin de semana en California, y, naturalmente, Harvey le habría dicho que fuera con él.

De momento nadie pronunció palabra ni hizo el menor ademán; permanecimos mirándonos el uno al otro, en contemplación sincera de nuestra amistad.

Pronto, sin embargo, Charlotte y Harvey, como dos niños traviosos, comenzaron a reír, y yo a hacerles coro. Era de esperar que Harvey hubiera sabido lo que tenía que hacer para lograr encontrarse en el preciso lugar en que estaba en aquel momento. Había conseguido alquilar el departamento contiguo al mío, y luego, como todo un comprensivo editor, había esperado pacientemente a que yo terminara mi trabajo por aquel día antes de dejarme saber que él y Charlotte estaban allí.

Charlotte, muy excitada, me hacía señas con la mano. Como de costumbre iba vestida con exquisito gusto, dando la impresión de que su llamativa ropa había sido diseñada exclusivamente para adornarla cuando estuviera —como en aquellos instantes— en un jardín de rosas rojas y amarillas, situado en una loma y a la puesta del sol. Acababa de cumplir treinta años, aunque aparentaba tener veinte, era de estatura mediana, de cabello negro, y poseía una cautivadora sonrisa. La forma del busto y la de las pantorrillas atraían las miradas, y toda ella era muy femenina. Noté

también que su tez estaba ligeramente tostada después de un día al sol.

—Rick, no pude resistir la tentación de venir —me dijo Charlotte tan pronto como me hubo saludado con un beso en la mejilla—. No se me presenta a menudo la oportunidad de atravesar todo el país para ver a un hombre. Cuando Harvey me anunció que venía a verte, yo también quise venir. No te importa, ¿verdad, Rick? Hace mucho tiempo que no te veo, y Harvey me contó que te había dicho que no fueras por Nueva York durante un año, o hasta que terminaras el nuevo libro. —Me volvió a besar—. ¡Y bien: ahora di que te alegras de verme!

—¡Pues claro que me alegro, Charlotte! —le aseguré—. De otra forma todo este plan de Harvey hubiera sido imperfecto.

—¿Quieres dar a entender con eso que todo lo demás es perfecto, Rick? —me preguntó Harvey, sacudiéndome la mano afectuosamente—. Tú sabes bien que no puedo tolerar las imperfecciones en la vida.

—Lo único que todavía nos falta es un *whisky* con soda —dije—. Con eso todo sería perfecto.

—Tus deseos han sido anticipados, Rick —repuso genialmente—: dentro nos espera. Apresurémonos a entrar para saborear las bebidas que celebrarán nuestro encuentro. Hace una hora que estamos vigilando tu puerta, y ya me duelen los pies. Ya estaba empezando a creer que ibas a trabajar toda la noche. Eso no me hubiera importado, pero se me habrían puesto los pies planos de tanto esperarte.

Entramos en su departamento, encendimos la luz y Charlotte preparó las bebidas para los tres. Muy previsora, ya había pedido una bandeja de bocadillos.

—¡Vaya con el tunante de Rick! —exclamó Harvey, con una expresión placentera en su largo y delgado rostro, al mismo tiempo que tomaba asiento y estiraba las piernas, adoptando una cómoda postura—. Éste es uno de los días más felices de mi vida, gracias al cielo. Mis días felices ocurren en dos ocasiones notables. Una de ellas es cuando acabas por encontrarte a ti mismo y te resuelves a empezar un nuevo libro. La otra ocasión es cuando lo terminas. Creo innecesario decirte que, dada la índole de mi negocio y de mi profesión, tengo que sufrir largas temporadas de días y noches llenos de angustia y preocupación. Una de esas temporadas horribles, que ha durado un mes, acaba de terminar, gracias a Dios. Es apropiado y simbólico que haya terminado con el fondo de un sol glorioso desapareciendo, allá a lo lejos, sobre el azul del Pacífico. ¿Por qué demonios te dejas enredar de esa manera cuando estás en el lapso entre un libro y otro, Rick? Ya conozco todos los detalles de esta última aventura: Jack Bushmillion me los contó. Esa joven, bonita o fea, con la que te enredaste últimamente ha sido la causante de una de mis peores temporadas. Puede que creas que estas aventuras periódicas tuyas sean premios que se te conceden por ser lo que eres, pero yo las considero como castigos. Una buena parte del pasado mes la he pasado exprimiéndome el cerebro y preocupándome de ti. No he podido dormir más de la mitad de mis horas normales, ¿verdad, Charlotte?

—¡Oh, Rick, ha sido horrible! —exclamó ella, con un exagerado fruncimiento de

ceño, mirándome acusadoramente—. Se pasaba la mayoría de las noches acostado en el suelo y lanzando quejidos como un perro enfermo, y, mientras, yo sola en la cama, sin nadie que me calentara los pies.

Riéndome de él le dije:

—Harvey, las horas de sueño que has perdido las recuperarás en diciembre. Como recordarás, es entonces cuando promediamos nuestra cuota normal de sueño de todo el año.

Charlotte se sentó a mi lado en el ancho sofá, doblando las piernas bajo la falda y apoyando la cabeza sobre mi hombro. Suspiró como esperando algo.

—Rick —dijo poco después, con encantadora candidez—, Rick, ¿cómo era esta última chica? Ya no puedo aguantar un segundo más sin preguntarte acerca de ella. ¿Era atractiva? ¿Bonita? ¿Inteligente? ¿Tenía buena figura? ¿De qué color tenía el cabello? ¿Qué edad tenía?

—Sí —le respondí, riendo.

Charlotte acurrucó su oscura cabeza contra mí, con un movimiento seductor de su cuerpo.

—¿Era siempre cariñosa, Rick, o era a veces dura y cruel?

—Sí.

—Ni siquiera te tomas la molestia de hablar con seriedad —me dijo, golpeándome el pecho con la mano.

—Está bien, Charlotte —le dije—: trataré de ser serio. Anda, pregúntame otra vez.

—¿Tuviste algo con ella, Rick?

—¿Qué es exactamente lo que insinúas?

—Ya lo sabes, exactamente. ¿Lo tuviste?

—En un sentido técnico, no. En un sentido no técnico, sí.

Ella apretó mi brazo comprensivamente.

—Lo siento, Rick —lamentóse.

—Yo también.

—¡Pobre Rick! —dijo lentamente—. ¡Te esfuerzas tanto y fracasas tan a menudo!

Nadie volvió a decir nada durante un rato. Harvey agitaba el hielo de su vaso, produciendo un alegre tintineo.

—Nunca aprenderás, ¿verdad, Rick? —exclamó Charlotte después, moviendo la cabeza un tanto tristemente.

—¿Aprender qué?

—Que no hay futuro en eso... para ti.

—¿No hay futuro en qué?

Harvey, evidentemente confuso por nuestra conversación, se inclinó hacia adelante para encender nuestros cigarrillos.

—No hay futuro en tus desesperados esfuerzos por encontrar la mujer ideal cuando estás descansando entre libro y libro. No existe tal criatura, Rick. Créeme: no

existe. El final será siempre igualmente insustancial; nunca podrás encontrarla, porque fuera de tu imaginación ella no existe. Casi todos los escritores padecen de la misma dolencia profesional, incluyéndote a ti. Caen en la costumbre de crear a las mujeres de sus novelas tan atractivas y deseables (cuando no despreciables y vulgares) que siempre se sentirán desilusionados con cuanta mujer puedan conocer en la vida real. Por eso terminarás sintiéndote frustrado y descontento.

—Pero yo no estaba descontento con Tess: era ella la descontenta.

—Eso es lo que te parece a ti, Rick, porque es eso lo que deseas creer. La escogiste entre no sé cuántos millones de mujeres de todo el mundo, y luego te dispusiste a probarte a ti mismo que ella podía ser, en la realidad, tan ideal como lo hubiera sido en ficción. Pues bien: la pobre chica no pudo cortarse en pedazos para luego volverse a juntar de modo que, aunque en forma remota, pudiera compararse a alguna de las devastadoras sirenas de tus novelas. Esta chica, como cualquier otra chica normal, vive en un mundo real. Tú vives en dos mundos: uno de ellos es, a ratos, realidad, y el otro es, a ratos, imaginación. No hay unión entre los dos. ¿No lo comprendes ahora? Por eso ella tuvo que pensar en una buena excusa para renunciar a ti y alejarte. No sé cuál sería su excusa, pero hubo alguna. Cualquier mujer medianamente honrada hubiera hecho lo mismo.

—¿Supongo que te refieres a que no supe hacerle el amor en la vida real?

—La forma de hacer el amor ha cambiado, Rick, y tú no te has dado cuenta. Ése es parte de tu problema. Te has abstraído tanto escribiendo sobre un mundo ficticio, que no ves los cambios que se han efectuado en este mundo real nuestro. Es lamentable que haya tantos hombres que se absorben de tal manera en sus negocios y asuntos profesionales que no ven la transformación que va teniendo lugar en lo que llamamos «el lado romántico de la vida». Las mujeres sí lo saben; los hombres, muy pocos. Hoy en día, por exigir la naturaleza que las cosas se hagan como Dios manda, la mujer está mucho más capacitada en el arte de hacer el amor que el hombre. Yo sé lo que digo, Rick. En tus próximas vacaciones tómate algún tiempo para comprobar por ti mismo lo atrasado que andas en estos asuntos.

—Si cuanto has dicho es cierto, ¿qué tengo, mientras tanto, que pueda hacerme feliz?

A modo de consuelo me dio unas palmaditas en la mano.

—¡Pobre Rick! —continuó después, en un tono de voz más bajo—. Cuanto más desgraciado eres, más feliz te sientes. Y siempre serás desgraciado. Casi todos los escritores lo son. Y eso te sucede porque estás tan acostumbrado a hacer que los personajes de tus libros vivan de acuerdo con tu deseo y voluntad, que no puedes comprender por qué no logras encontrar lo que no existe en la vida real. La gente normal, corriente; la gente y las cosas de todos los días, y, aún más, la gente y las cosas extraordinarias, nunca pueden proporcionarte la felicidad y satisfacción que te produce la ficción. Ése es el precio que tienen que pagar los escritores por ser escritores.

Harvey, moviendo la cabeza en señal de asentimiento, me ofreció, con gesto grave, otro *whisky* con soda.

—Ésta es la primera vez que me entero de que pertenezco a los que están en desventaja —les dije—. Y para empeorar la cosa habláis como si os alegraseis. —Miré directamente a Harvey y proseguí—: Me parece que el ingenioso discursito de Charlotte había sido cuidadosamente preparado y ensayado. Y creo que sé quién es el sabihondo que la amenazó con darle una paliza si no le salía bien.

—No es tan grave como todo eso, Rick —dijo Charlotte suavemente, al tiempo que me daba un beso en la mejilla. Tal vez me propasé un poco con mi pequeña charla filosófica, de corazón a corazón.

—Contrariamente a lo que sospechas —dijo Harvey, hablando al fin—, no ayudé a Charlotte a prepararse ni a ensayar, ni mucho menos la amenacé con darle una nalgada. Sin embargo estoy de acuerdo con lo que dijo. Cuando escribes un libro vives en un mundo distinto. Cuando lo terminas y sales a respirar el aire, e intentas tomar parte en la vida y vivirla de la misma manera que lo hacen las demás personas, te sientes perdido y falto de práctica. En consecuencia, durante los meses que dura tu descanso hasta que empiezas otro libro, te sientes infeliz y desgraciado. Entonces tratas desesperadamente de recapturar la vida que se te ha escapado durante uno o dos años. Te esfuerzas con virilidad e inteligencia, Rick, pero sin ningún resultado, porque esto no se ha hecho para ti; ésta no es tu clase de vida. Entonces te enredas en los anzuelos de las mujercitas atractivas o con las botellas de licor. Entonces, inevitablemente, o bien muerdes el anzuelo, o descorchas la botella. O ambas cosas. Luego, cuando te despiertas con un golpe y un chichón en la cabeza, te dices a ti mismo que ya has tenido suficiente, y echas a correr y vuelves a refugiarte en la escritura de otro libro, igual que el topo en su agujero. He visto ocurrir esto una vez y otra desde que te conozco, y seguirá ocurriendo una y otra vez. El patrón es siempre el mismo. Por eso eres la clase de escritor que eres, y yo, como editor, soy lo suficientemente egoísta como para alegrarme de que sea así.

—¡Caramba, pues nada de eso es muy alegre! —les dije muy tristemente—. Es una cosa muy lamentable.

—¡Pues claro que no es muy alegre! Pero sólo hasta que comienzas un nuevo libro. Entonces llegas a la sublimación, y todo el mundo real que te rodea se convierte en una cosa abstracta. No pagas tus cuentas, no asistes a las reuniones de tus amigos, no te cortas el pelo. Nada importa, excepto ese libro. Si tuvieses una esposa devota, le pegarías. Si tuvieses una novia encantadora, la abandonarías. Si tuvieses una amante antigua y fiel, la arrojarías de tu lado. Lo que te hace feliz es la sublimación. De ahí en adelante te molesta cualquier persona o cualquier cosa que se inmiscuya en tu labor. Las mujeres guapas, con anzuelos o sin ellos, no significan nada. Las botellas de *whisky*, con tapones o sin tapones, tampoco te interesan. Estás morando en aquel lejano reino donde los escritores reposan pletóricos de dicha, en un mullido lecho de sublimación, y escriben, y escriben, y escriben, encantadísimos de la vida.

Harvey dejó de hablar y me observó con fijeza durante un instante.

—Por eso Charlotte y yo nos marcharemos mañana temprano. Sé muy bien cuándo ha llegado el momento de quitarse de en medio. Cuando despiertes ya no estaremos aquí.

—Por mí podéis marcharos ahora mismo —le dije lisa y llanamente—. Mejor para mí.

Harvey se irguió en su asiento, con ojos que brillaban intensamente.

—¡Esa es la verdadera actitud, Rick! —exclamó, aumentando en su excitación el volumen de voz. Se golpeó la palma de la mano con el puño—. ¡Eso es lo que he estado esperando oír, gracias a Dios!

Charlotte, sonriéndome, me alargó un emparedado de atún y me dio otro beso en la mejilla.

—Siento que la muchacha de tu última aventura no te saliera mejor —observó benévola—. Pero la próxima vez que te tomes unas vacaciones entre libro y libro recuerda lo que te he dicho sobre el modo de hacer el amor, y puede que la cosa sea diferente. Piensa en eso, Rick.

—Vosotros parecéis muy parlanchines y muy contentos con mi mala suerte, o lo que sea, que me aflige y atormenta —les dije—. Y eso me parece muy egoísta por vuestra parte.

—Yo estoy contento porque el entreacto con la dama «no sé cuántos» ha terminado definitivamente y porque tú quieres ponerte a trabajar de nuevo —manifestó Harvey seriamente—. Eso quiere decir que estarás sano y salvo hasta que vuelvas a encontrarte entre un libro terminado y otro por empezar. Yo no me consideraría un buen editor si no me preocupara por tu bienestar, y ahora puedo regresar a Nueva York seguro de que todo va bien. Creo innecesario añadir, sin embargo, que escribiré un memorándum, dirigido a mí mismo y fechado para dentro de un año, que sirva para recordarme y prepararme para el próximo episodio «entre libros». Y, como digno colofón, todo esto significa que tendremos un nuevo romance histórico, por Roderick Sutter, para ser publicado dentro de un año y cuatro meses. Voy a colocarlo a la cabeza de nuestra lista de nuevas publicaciones para el otoño del año que viene.

Permanecí sentado y sin pronunciar una sola palabra, mientras Harvey acercaba más su silla a la mía.

—Rick —me dijo Harvey, con rostro resplandeciente—, Rick, en este momento estamos sentados en un lugar que hace mucho tiempo fue una tierra de embeleso, de encanto, llena de hechizo. Digamos que hace cien años la región que se extiende entre aquellas altas cumbres envueltas en la bruma y ese profundísimo océano azul ha sido una de las más románticas del mundo. A lo largo de esta costa florida todavía puedes ver por todas partes recuerdos de la vida pintoresca y emocionante que aquí existía cien años atrás. Había bandas de aventureros, exploradores, buhoneros, rateros, ladrones, sinvergüenzas, idealistas, vividores, valientes, clérigos, hombres

poseídos del espíritu de los pioneros, y, por supuesto, el contingente usual de damas de vida alegre. Día y noche y a todas horas surgían conflictos peligrosos, emocionantes, toscos, donde el bien trataba de aplastar el mal y viceversa. Era una época en que los ladrones robaban al honrado campesino, y los desalmados despojaban a las viudas y a los huérfanos de sus tierras y enseres, y en que los predicadores condenaban a sus rebaños de pecadores al fuego eterno de azufre, y la muchacha buena trataba de reformar al hombre malo, y la mala mujer atraía al hombre bueno a su perdición. De esos conflictos surgen excelentes y emocionantes novelas, especialmente cuando los personajes visten los trajes llamativos y vistosos de aquella época de hace cien años, y a todo lo largo de la florida costa tienes a tu disposición todo ese fondo exótico y estimulante para vivificar tu novela con el latido y el temblor de la vida. Evoca la grandeza de aquella época pasada, Rick. Evoca a aquellos centenares de bravos pioneros y despreciables mal nacidos que atravesaron el continente en ruidosos carrmatos, desafiando el ardiente calor del desierto, y crearon este inspirador escenario para que tú pudieras escribir, basándote en él, un romance histórico de los que ponen la piel de gallina. No les falles después de todo lo que hicieron por ti, Rick. ¡Bendito Dios, qué monumento tan apropiado para la humanidad va a ser tu nuevo libro!



ERSKINE CALDWELL (White Oak, Georgia, 1903 - Paradise Valley, Arizona, 1987), escritor estadounidense, hijo de un ministro de la Iglesia Presbiteriana, estudió en la Universidad de Virginia sin llegar a graduarse. En 1926 se trasladó a Maine y allí empezó a escribir para periódicos y revistas. En sus libros manifestó su preocupación por las miserables condiciones de vida de los campesinos sureños, a la vez que denunciaba el racismo, la violencia de género y los prejuicios de clase de aquella sociedad. En 1936 se casó con la fotógrafa Margaret Bourke-White. De sus obras, entre ellas *El camino del tabaco* (1932) y *La parcela de Dios* (1933), se habían vendido hacia 1940 más de dieciocho millones de ejemplares. En ellas se describen con humor y erotismo la miseria, la violencia y el racismo de los blancos pobres del Sur.

Notas

[1] «El Tiovivo». <<